



IMPEDIMENTA

MAVIS GALLANT

*Agua verde, cielo verde*

*Traducción de Miguel Ros González*



# AGUA VERDE, CIELO VERDE



MAVIS GALLANT

*Traducción del inglés a cargo de  
Miguel Ros González*



IMPEDIMENTA

*Un magistral retrato whartoniano de la pesadilla, el desarraigo y la locura, de la mano de una de las cuentistas norteamericanas más reconocidas del siglo XX.*

*“Mavis Gallant posee un don excepcional: una sólida imaginación”*

THE NEW YORKER

*A Diarmuid Russell*

*Sí, y más bobo yo por estar en Arden.  
Cuando estaba en palacio vivía en mejor sitio. Pero el viajero ha de  
amoldarse.*

WILLIAM SHAKESPEARE, *Como gustéis*, ACTO II

Salieron a pasar el día fuera y lo dejaron ahí de la forma más subrepticia y taimada que se pueda imaginar. Sin embargo, esa misma mañana, durante el desayuno, sentados con él en la terraza del hotel, a unos centímetros del Gran Canal, sus caras no habían delatado ni por asomo la traición que estaba por llegar. Si él hubiese tenido a mano algo lo bastante largo, una escoba, por ejemplo, podría haber removido la densa capa de suciedad matutina, las naranjas partidas, los melones pulposos, los trozos de lechuga podridos, negros bajo la superficie, verdes sobre ella. El agua desplazada por las góndolas bañaba los pies de la terraza; recordaría ese golpeteo suave y sordo toda su vida. En la mesa les había oído decir que nunca más regresarían allí en agosto. Le instaron a comer y lo invitaron a fijarse en los gondoleros, pero él rechazaba todo lo que le ofrecían. La mañana transcurrió como de costumbre, salvo porque, al cabo de unos minutos, acompañado de la tía Bonnie y Florence, se vio a bordo de un barco que traqueteaba rumbo al Lido. Flor y la tía Bonnie se abrieron paso hasta la proa y se sentaron juntas en un banco, y luego la tía Bonnie tiró del brazo de George para que se apoyase, precariamente, en su regazo. Era imposible sentarse con comodidad, pues su tía llevaba sobre los muslos una bolsa de playa repleta de toallas. De pronto, el viento levantó la larga cola de caballo de Flor, que golpeó la cara de George. El pelo de su prima tenía un olor cálido y cobrizo, como su color. No podía decir que se tratara de algo desagradable. En cualquier caso, aquello era un ultraje, y empezó a quejarse, preguntando «¿Dónde están?», aunque hacía tanto viento que nadie pudo

oír ni una sola palabra.

Estuvo en la playa buena parte de la mañana, hasta que se plantó frente a la tumbona de la tía Bonnie y volvió a preguntar: «¿Dónde han ido? ¿Van a volver?».

La tía Bonnie bajó el libro que estaba leyendo y miró a George con el ceño fruncido y una expresión de inquietud en la cara —una cara vieja y asustada, en su recuerdo—. La mujer estaba sentada bajo una serie de discos menguantes: primero la enorme sombrilla a rayas, luego su paraguas desteñido y, por fin, un sombrero de paja incoloro. Le dijo:

—A ver, Georgie, han salido a pasar el día fuera. Querían tener un ratito para ellos, no seas egoísta. Están viendo cuadros antiguos, nada más. Sabíamos que preferías la playa a los cuadros...

—Si por mí fuera, estaría viendo cuadros —la interrumpió George.

—... así que te hemos traído a la playa —terminó la tía Bonnie, sin ni siquiera prestarle atención—. No deberías ser siempre tan egoísta. Tu madre nunca dispone de tiempo libre. Para ella este viaje no tiene nada de divertido.

Se las habían apañado a la perfección. Primero salieron a la calurosa terraza y le ofrecieron gondoleros, y luego lo abandonaron completamente, dejándolo con la tía Bonnie y Flor.

Incluso años después, cuando hablaban de aquel día y sus padres se preguntaban cómo se les había ocurrido escabullirse así, sin previo aviso y sin dar ninguna explicación, incluso cuando reconocían que era lo peor que se le podía hacer a un hijo, incluso entonces, mostraban una irritante autocomplacencia por su actitud. Él había sido un chiquillo caprichoso, quejica y mimado, y algunos, como la tía Bonnie, sostenían que sus padres casi le tenían miedo. Sus primos de la familia Fairlie lo apodaban «el Monstruo», mientras que sus parientes por parte de madre, más serios y preocupados, solían comentar que no lo estaban preparando de forma adecuada para los sinsabores y los batacazos de la vida, y que no tendría nada que agradecer a sus padres en el futuro. Pero George, la verdad sea dicha, había salido bien. A los diecisiete años, personificaba la triunfante justificación de una etapa que fue infernal para sus padres. «Dios santo, a



los cinco años era un auténtico bicho», solía decir su madre, sonriendo y negando con la cabeza. «¡Y a los siete!» En aquella ocasión les fastidió las vacaciones en Venecia, aunque ellos siempre terminarían por asumir toda la responsabilidad: no deberían haber salido a pasar el día sin él, escabulléndose en cuanto les dio la espalda. Aquello podría haberlo marcado de por vida. Lo que constituía, sin duda, una posibilidad aterradora. Como suele ocurrir con los peligros evitados, les gustaba sacar el tema a colación. «George, ¿te acuerdas de aquel día en Venecia con Bonnie y Flor?»

¡Como para no acordarse! Aún conservaba seis pequeñas conchas que había recogido en el Lido. Se acordaba de las sombrillas brillantes, inclinadas por el viento cálido, y de su prima Flor, de catorce años, delgada y roja como un cangrejo, sentada bajo una sombra circular, muy erguida, cavando un hoyo en la arena con los dedos y escudriñando el mar sereno. Le habría importado un pimiento que George se ahogase. Él se dedicaba a corretear por la arena, de aquí para allá, solo. Tenía la piel rosácea y el pelo rubio, estaba un pelín entrado en carnes y se sentía profundamente herido. El mar estaba tan liso, tan tranquilo y tan denso por el calor que casi se podría caminar sobre las aguas. Recogió conchas negras, marrones, a franjas de color crema y rosa, de bordes levísimamente ondulados. La tía Bonnie se las metió en el bolsillo y se las llevó a Venecia para que no las perdiera, y George aún conservaba seis. Las guardaba en una caja de zapatos, junto con otras mil cosas de las que jamás se desharía. Guardaba otro recuerdo de Venecia: una cuenta de cristal. Era de un collar de Flor; su prima se lo había comprado ese mismo día en un puesto callejero, justo frente al muelle donde atracó el barco al volver del Lido. El reloj de la *piazza* dio las doce del mediodía, y el aire se llenó de palomas y del sonido del metal. Estaban bajando ordenadamente del barco cuando, de repente, Flor se alejó como un rayo y volvió con el collar. A la tía Bonnie ni siquiera le dio tiempo a acabar su frase: «¿Te gustan las cuentas de cristal, Flor? Porque, si es así, prefiero comprarte algo decente...». El hilo del collar se rompió en cuanto Flor intentó ponérselo. Las cuentas de cristal se esparcieron por todo el pavimento y las palomas las persiguieron, aleteando, confundiéndolas con granos de maíz. El collar roto y el viento cálido alteraron a Flor, que

comenzó a desenhebrar las cuentas que aún tenía en las manos para luego arrojarlas junto a las otras con un gesto violento.

—¡Estate quieta! —le gritó su madre, pues todo el mundo estaba mirando y Flor parecía un tanto desquiciada, con el cabello al viento y el vestido levantado por una ráfaga de aire que reveló sus enaguas almidonadas y sus muslos quemados.

El pequeño George se inquietó de pronto ante lo que pudieran pensar aquellos desconocidos, y echó a correr de un lado a otro, frenéticamente, para recoger de entre los pies de la gente las grandes cuentas con forma de gragea. Cuando se irguió, con las manos repletas de ese tesoro, vio que Florence parecía enfadada y, al mismo tiempo, divertida. Aún tenía las manos abiertas, como si estuviese dispuesta a darle un empujón a cualquiera. Aunque a lo mejor George solo se lo imaginó, pues unos segundos más tarde su prima caminaba tranquilamente a su lado, de vuelta al hotel, y le dijo, con voz sosegada, que podía quedarse con todas las cuentas.

Aún conservaba una, con la que solía jugar, poniéndosela en la palma de la mano, antes de los exámenes. Había otras ocasiones, muchas, en las que decía: «Dios, ayúdame esta vez y no volveré a importunarte», cuando en realidad se estaba encomendando a la cuenta de cristal, y quizá incluso dirigiéndose a ella. Era un poderoso talismán, el fragmento de un día, el recordatorio de que alguien, en una ocasión, le había deseado la muerte, y a pesar de todo seguía vivo.

Ah, no había duda de que Florence le había deseado la muerte. Aquel día, después del almuerzo, Flor y él se asomaron por una barandilla de madera desvencijada para observar un pequeño carguero en el que estaban embarcando lo que, en su recuerdo, parecían postes telefónicos, aunque debía de estar equivocado. Flor se inclinó hacia delante, apoyando los brazos delgados y morenos en la barandilla, colocando la cara casi a la misma altura que la de su primo. Entonces se giró y lo miró, esbozando una ligera sonrisa con los ojos entrecerrados, como se gira y mira la gente que está tomando el sol en la tórrida arena. Él le estaba devolviendo tímidamente la sonrisa cuando se cruzó con los ojos de su prima, verdes como el agua,

inflamados de aversión, y ella le dijo: «Estaría chupado empujar a alguien desde aquí. Podría empujarte». George recordaba el agua verde y densa, que se fundía con el cielo, y el peso de las nubes amontonadas en el horizonte, que se fueron acercando y cubrieron la laguna. En una ocasión, se había caído al estanque de la casa de su abuela —la abuela Fairlie que Florence y él compartían—. Estaba de pie en una barca cuando dio un paso en falso y cayó al agua, que se mantenía sucísima para deleite de las argentinas, peces amantes de la inmundicia que se alimentaban de mosquitos y chiflaban a su abuela —y que de adultos tenían el tamaño de los alevines de foxino—. Estos diminutos peces lo rodearon como flechas mientras flotaba en el estanque, inmóvil, y sintió en las mejillas el suave golpeteo de sus cabezas. La parte más agobiante del recuerdo era que él se había quedado ahí, pasivo, con aquella agua musgosa cubriéndole la boca. Debía de haber estado flotando boca arriba, pues recordaba el cielo. El jardinero oyó el plaf y lo sacó del agua. Estaba perfectamente, aunque no boca arriba, sino braceando y chapoteando boca abajo.

Aunque en Venecia no se le pasó por la cabeza nada de aquello. No fue hasta mucho más tarde cuando superpuso los dos recuerdos, un cristal sobre otro. En Venecia no respondió, pues no le dio tiempo. Ni siquiera hubo tiempo para la rabia o el miedo. La tía Bonnie los esperaba, acabada su siesta. Iban a reunirse con ella en la *piazza*, y darían de comer a las palomas y escucharían a la banda. Siguió a Flor apresuradamente con sus piernecitas rollizas, atravesando el calor como si fuera agua, con la cabeza gacha. Hicieron una parada para subirse a una báscula pública que les leyó la suerte, además del peso. Sus predicciones aparecieron en cartulinas rectangulares de colores. La de George rezaba: «No rechaces ninguna invitación esta noche», y la de Flor le instaba a cuidarse más el hígado y le decía que pronto se despediría de alguien que se marcharía en tren.

—Mamá nos está esperando —dijo Flor, tirando la cartulina que contenía su suerte.

Lo agarró del brazo y lo obligó a apretar el paso. Cuando llegaron a la mesa de la tía Bonnie, ocupada por un té y un platito de pastas, estaban jadeando, muertos de calor, pero ninguno de los dos se quejó. Actuaban al

unísono, aunque nadie se lo había pedido. Hacían todo lo posible por complacer a la tía Bonnie. George tuvo la sensación instintiva de que esa tía lo quería mucho. No porque fuese Georgie Fairlie y hubiera que quererlo, sino porque era un pariente, el hijo del hermano de la tía Bonnie. Comprendió que Flor debía conocer a sus primos, que no podía convertirse en una desconocida para ellos. George era consciente de la naturaleza de ese amor, que tenía una esencia familiar, no personal. Florence también estaba magnificándolo todo. Unas horas antes, mientras almorzaban en la terraza del hotel, cuando uno de ellos decía algo divertido, el otro se reía mucho más de lo que merecía la broma, y la tía Bonnie esbozaba una mueca de triste placer que dolía solo de verla. Su marido, el tío Stanley, la había tratado fatal y la había humillado hasta tal punto que ya le era imposible vivir en Estados Unidos, incapaz de ir con la cabeza alta. Estaba condenada, pues, a vivir en el extranjero y criar a Flor de forma perjudicial. Perjudicial para Flor, huelga decirlo. Eso fue lo que le contó la tía Bonnie, con tono desgraciado, mientras Flor la escuchaba, inclinada sobre su plato, mirando de refilón ora a su madre, ora a George, para ver cómo reaccionaba. Escuchaba la historia como si fuese la primera vez que la oía, aunque sería el pan de cada día para ella. Flor siempre se mostraba paciente, incluso con el tartamudeo de George. Él le planteaba acertijos larguísimos, tartamudeando mucho cuando sospechaba que algún camarero podía estar escuchándolo, y a su prima se le daba bien adivinar las respuestas, aunque a veces él omitiese alguna pista, o los contara al revés, desvelando desde el principio la solución. Esa risa y esa paciencia estaban dirigidas a la tía Bonnie. George nunca se había separado de sus padres y, de cuando en cuando, lo atribulaba el fugaz temor de que no volviesen, pero aun así comprendía lo de la tía Bonnie, aunque no se lo hubieran contado. Era la primera vez en su vida en la que esperaban que hiciese algo por alguien.

Para complacer a la tía Bonnie, se quedaron al borde de la *piazza*, no demasiado lejos, pues ella quería verlos divertirse. Lanzaban al aire los granos de maíz de los conos de periódico que tenían en las manos, y la tía Bonnie los observaba desde su mesa del café, asintiendo, sonriente.

Sin mirar a George, Flor le preguntó:

—Viste a Stanley, ¿verdad?

—Sí, subió al barco —respondió George.

—¿Ella estaba con él? —dijo Flor—. ¿Cómo es?

Él no eludió la respuesta, como quizá habría hecho alguien de más edad, preguntando «¿Cómo es quién?» o algo por el estilo. Adelantó un pie hacia una paloma rechoncha que comía maíz, poniéndose en posición.

—Nos trajo un montón de cosas —respondió George—. A mí me trajo caramelos.

—Ajá —dijo Flor—. Fueron a despedirse de vosotros. Muy leal por parte de tus padres... —Su primo no detectó el sarcasmo y siguió esparciendo maíz—. ¿Cuántos años tiene? —preguntó Flor al cabo de unos segundos.

—Treinta y tres o así —respondió con tono solemne George, para el que «cincuenta y ocho» y «treinta y uno» debían de ser esencialmente lo mismo. Había oído decir a su madre que tenía treinta y tres años.

—Ni siquiera podría ser mi madre —dijo Flor, desdeñosa—. Mamá tiene cuarenta.

—¡Cómo os estáis divirtiendo! —oyeron decir a la tía Bonnie, con su voz quejumbrosa.

Compraron más conos de maíz y los esparcieron como si se tratara de un rito reverencial, en silencio. Las palomas estaban demasiado gordas y eran demasiado perezosas para volar. Caminaban entre los pies de George, picoteando, riñendo y empujándose entre sí.

—Se lo tomó bien —dijo Flor de repente, retomando la conversación—, hasta que un imbécil le contó que la otra era más joven y más guapa. Al principio estaba bien. Llegó a decirme: «Tu padre va a vivir con otra persona. Estoy convencida de que es majísima». La verdad es que no podía quejarse —continuó Flor—: llevaba años viendo a otro hombre, a un doctor. Así que no podía quejarse. Solía llevarme a su consulta para un tratamiento de lámparas solares para la columna. Supongo que se pensaba que yo era sorda, muda y ciega. La enfermera que trabajaba con aquel doctor me enseñó a jugar al *gin rummy*. Stanley nunca dijo ni pío, hasta que, de repente, explotó y la echó. Nos echó, mejor dicho —apuntó Flor—. La echó de casa y ella me llevó consigo. —Pronunció esas palabras de forma un tanto

afectada, aunque sin duda esa no era la palabra que George habría usado a la sazón. Desconfiaba de los ademanes de su cabeza y de esos ojos que intentaban averiguar si estaba conmovido. Lo único que consiguió aquella historia fue aumentar la impasibilidad del pequeño, que seguía esparciendo los granos uno a uno, escogiendo bien a sus palomas—. Nadie nos fue leal — continuó Flor—. Los malditos Fairlie no sois leales, lo veis cada dos por tres. Pero ya da igual. Ahora mi madre es distinta, ya no mira a nadie. —Según el recuerdo de George, fue entonces cuando Flor gritó—: ¡Ya no volverá a hacer nada, nunca! Me encargaré de que siempre esté conmigo. —Esta vez no hubo afectación en sus palabras. No hubo ningún ademán de la cabeza ni giro de melena; solo esa extraña postura de las manos, como si estuvieran listas para empujar, en la que George se había fijado cuando se le rompió el collar. Eran palabras sinceras, no iban dirigidas a él. Era una promesa solemne, un grito de desesperación, amor y resentimiento, emociones tan entrelazadas que ni siquiera Flor podía distinguirlas.

Los conos de papel volvían a estar vacíos, pero ahora los tiraron y regresaron a la mesa de la tía Bonnie. Había llegado el momento de escuchar a la banda. Flor corrió hacia su madre y ahí, delante de todo el mundo, de todos los desconocidos y los camareros, rodeó con sus brazos morenos el cuello de la tía Bonnie, gritando:

—¡Ay, pareces cansadísima! ¡Parece que estás harta! ¿Odias este sitio?

—Cariño —le dijo la tía Bonnie, que había estado llorando—, es por ti, nada más. Por verte ahí tan guapa y tan cariñosa con Georgie. Estoy segura de que me odias. Algún día me odiarás. Estoy convencida de que debería criarte de otra forma. Esto no se me da muy bien.

—Nunca te odiaré. Te querré siempre —dijo Florence, con rabia—. Odio a Stanley, odio a George, odio a todo el mundo, pero a ti te quiero.

Estaban sentadas muy juntas, mejilla contra mejilla, y de repente las dos empezaron a hablar a la vez, y se echaron a reír y a llorar, mostrando con naturalidad sus sentimientos, como si lo hicieran a menudo. Les daban absolutamente igual los camareros y se habían olvidado de George, que aguardaba apartado, con un remolino de palomas alrededor de los pies. Detestó a su prima y a su tía. Su actitud lo abochornaba, tenía ganas de

abalanzarse sobre ellas y darles un puñetazo para que parasen. Estaba solo, haciendo el ridículo con todas esas palomas. Sus padres habían salido a pasar el día sin él, se habían escabullido sin despedirse. De repente lo invadió la sensación de vacío del abandono, la rabia de que lo tomaran por tonto. Bajó los brazos, abrió la boca y soltó un alarido, y luego otro. Tenía los ojos entrecerrados, formando dos medialunas, y su boca era una cueva enorme. Ya era muy mayor para llorar así.

—Lo he asustado —dijo Florence, sin separarse de su madre—. Le he dicho una tontería, en broma.

Sin embargo, George no pensaba darle esa satisfacción a su prima, así que cerró la boca y volvió a abrirla para decir, con voz entrecortada, «No has... sido... tú», ya en brazos de su tía, que se había apresurado a sacarlo del corro de camareros. Flor pensó que estaba siendo honrado, un chiquillo honrado, y lo miró con auténtica rabia y desdén antes de darle la espalda. No volvería a mirarlo de verdad hasta muchos años después, cuando ambos crecieron. Esa mirada bastó para que George dejase de llorar. Esperó hasta la tarde, al regreso de sus padres, que se sentían culpables e inquietos, para repetir el numerito, ahora seguro de cuál sería la respuesta.

—Me habéis dejado solo —gimoteó.

A lo que la tía Bonnie replicó, también con voz lastimera:

—Se ha portado como un sol, palabra de honor.

Mientras, su madre, meciéndolo en brazos, les respondía a ambos con un tono suave:

—Ya lo sé, ya lo sé.

Flor ya estaba vestida para la cena, con un vestido azul oscuro. Llevaba los brazos al descubierto y la cola de caballo cobriza, bien cepillada, sobre un hombro. La madre de George, embobada con su hijo, dejó de contemplarlo para admirar durante unos segundos a su prima. (El numerito en cuestión tuvo lugar en el bar del hotel, en público; George estaba empezando a cogerle el tranquillo a eso de llamar la atención de la gente y luego no hacerle ningún caso, aunque no se le daba tan bien como a Flor.) La madre de George exclamó:

—Flor, cariño, tienes que hacer de tu vida algo extraordinario. Eres

demasiado hermosa como para echarle a perder.

—Pase lo que pase —respondió Flor, muy serena—, jamás me casaré con un Fairlie. Ya estoy harta de esta familia. Nada en el mundo me convencería para casarme con un Fairlie ni para casarme con George.

A George se le escapaba por qué esa frase hizo desternillarse de risa a todo el mundo, pero se convirtió en una expresión familiar que se repitió, a lo largo de los años, cada vez que George y Florence se encontraban. Se veían en verano, cada dos o tres años, de modo que siempre era como conocer a otra persona. Florence no le hacía ningún caso y nunca hablaban, aunque sus padres no parecían percatarse.

—Flor es muy cariñosa —dijo la madre de George en una ocasión—, pero ya no es una niña. Es demasiado mayor. Ojalá Bonnie la mandase a una universidad de por aquí.

—Ya no encajaría —respondió su padre—. Y, de todas formas, ¿a santo de qué iba a volver aquí? No quiere casarse con un Fairlie.

Esa frase le hizo acordarse de Venecia y sonrió. George estaba enamorado de la hija de un mecánico de la zona donde pasaban los veranos. Sus padres no habían empezado a preocuparse por Barbara Sim; todavía no. Aún les parecía un asunto infantil, conmovedor y divertido; infantil y divertido como la respuesta de George a Florence en el bar del hotel veneciano: «Preferiría quedarme diecinueve navidades seguidas sin regalos a casarme contigo».

Se veían en verano. Hubo un encuentro irreal en la cálida Nueva York, un año en que Bonnie decidió echarle valor y resultó que, como era agosto, no había nadie por allí. En otra ocasión, se reunieron en un hotel de Inglaterra, y luego en otro sitio, en una playa de arena azotada por el viento. Siempre hacía calor, y ahora la tía Bonnie tenía algo más: jaqueca. Luego se produjo su último encuentro, cuando Flor se casó con Bob Harris, al que había conocido en Cannes, y regresaron a Nueva York, esta vez sin ningún sigilo, sino con gran pompa y estruendo.

Se vieron en un apartamento que alguien les había dejado a los recién casados, repleto de madera oscura y lienzos de barcos.

—Estas cosas no son simplemente viejas —comentó Bob Harris—. Son de



época.

George no oyó esas palabras, sino que se las repitieron más adelante. Como la tía Bonnie no soportaba el aire acondicionado, las ventanas estaban abiertas, y el calor y el ruido conferían a la sala una atmósfera densa. La mayoría de los presentes eran Fairlie. George contó once personas, incluido él, que lucían todos los rasgos Fairlie: pelo rubio, pestañas rubias, mejillas rubicundas y, en el caso de los menos afortunados, grandes paletas. Habían llegado de todos los rincones del mundo para ver a la novia. Una vez que entrabas en la familia, te quedabas en ella para siempre: la muerte, el divorcio, el escándalo... Nada funcionaba, no había forma de salir. A partir de ese momento, Bob Harris también estaría dentro. Acabaría encajando, se tamizaría y encontraría su sitio. Ahora que formaba parte de la familia, no habría críticas, ni un mal gesto, ni una mirada de más. Nadie recordaría que Bonnie había escrito desde Cannes: «La verdad es que no sé qué va a pasar ahora, pero Florence se ha casado con un judío». Cuando la madre de George leyó esa frase en voz alta, imitó el tono quejumbroso de Bonnie y puso el sacrosanto acento Fairlie, alargando las palabras. Nunca volvería a repetirse algo así. No sobrevivió nada de aquello, salvo la forma en que todos siguieron diciendo «Bob Harris», como si se tratara de una sola palabra.

No había ningún Harris en la habitación, aunque se sabía que los Harris existían. Harris *père* le hizo a Florence un precioso regalo de bodas, y alguien había visto su nombre, con letras majestuosas, en un anuncio de su empresa de importación de vinos. Bob Harris dirigía la parte francesa del negocio y vivía en París. Tenía la edad de Florence, veinticuatro años. Se entregarían a la buena vida. George lo escuchaba todo y comprendía. Él mismo formaba parte de su propia familia, así que comprendía las indirectas, las alusiones, las palabras enfatizadas, aunque no dijeran nada importante. Lo habían dispuesto todo de antemano para él: sus inclinaciones y su mentalidad ya estaban decididas desde antes de su nacimiento. George empezó a sudar, quizá porque la sala estaba abarrotada y hacía un calor de mil demonios. Sintió cómo el sudor rezumaba por la espalda y las axilas, convencido de que se notaría a través de la ropa. Sin embargo, nadie le

prestó atención. Estaban demasiado concentrados en Florence, que ahora era una auténtica hermosura, bien recta y sosegada, con su precioso pelo cobrizo recogido en un moño. Bonnie les había dicho a todos, por separado, como si fuera un secreto, que a Florence le pasaba algo, que no podría tener hijos, que no estaba bien. Había un gran alboroto en la sala, y la voz de Bonnie destacaba por encima del resto. George y sus padres habían llegado en coche desde el campo, con cierto retraso. Todo el mundo, menos Florence, estaba borracho y vociferando. Al cabo de un rato, George dejó de preocuparse por lo que la gente pensara de él y se puso a observar discretamente a su prima, con sus ojos de pestañas blanquecinas, en busca de indicios de enfermedad, indicios de amor. Aquel verano tenía diecisiete años y no paraba de buscar cosas. Estaba sentado en una silla colocada en ángulo recto respecto al sofá donde descansaban Florence y su madre, agarradas de la mano. Notó que, cada vez que el marido de Flor se le acercaba, le acariciaba la piel con el dorso de la mano, y que, aunque Flor nunca lo mirase, era consciente de la leve caricia de esa mano ajena y masculina. Era como si una proyección de ellos dos, de la pareja, estuviese muy lejos de allí, en otra habitación, o como si directamente fuera invisible.

«Ya no volverá a hacer nada, nunca. Me encargaré de que siempre esté conmigo.» La voz, arrojada desde el pasado sin previo aviso, le llegó a George con la violencia del cálido pelo de su prima siendo azotado por el viento y golpeándole la cara.

—Georgie —dijo Florence, inclinándose hacia él, hablándole por primera vez desde hacía años—, ¿te acuerdas del calor que hacía en Venecia aquella vez, cuando éramos pequeños? Se lo estaba recordando ahora mismo a mamá. ¿Te acuerdas?

—Pero si en Nueva York hace muchísimo calor... —dijo la tía Bonnie, como si fuera culpa de alguien.

—¿Te acuerdas de lo verde que era todo? —le preguntó Flor—. Todo estaba despejado y verde. El agua era verde, incluso el cielo me parecía verde.

Había estado observando detenidamente a su prima, pero ahora se cruzó sin querer con sus ojos de pestañas negras, verdes como aquella laguna, y creyó acordarse. Fue incapaz de responder. Bob Harris iba de aquí para allá,

mostrándose muy hospitalario, haciendo de todo, o al menos eso le pareció a George, que prestaba atención a cómo la gente hacía las cosas. Quería que Bob Harris fuese intachable.

—Eras un chiquillo endiablado —le dijo Flor, sonriente. Se inclinó hacia él, sin soltar la mano de su madre. Le habían hablado tantas veces de su infancia mimada que ya no le afectaba—. Querías toda la atención para ti —continuó Flor—. Creo que no se me daba bien hacer de canguro.

—Solo fue un día —dijo él, con cierta rigidez en la voz.

—¡Pero qué día! —respondió ella, aún sonriente, aún amable—. Correteabas de aquí para allá como un ratoncito. Nos las vimos y nos las deseamos para seguirte el ritmo.

—No me acuerdo de nada de eso. —Su tartamudeo, ya superado, regresó—: Me acuerdo de que me eché a llorar en la plaza.

—Creo que te echaste a llorar varias veces —dijo Flor.

—Solo una.

El diálogo flaqueó, pero sus cuerpos seguían en actitud de conversación, como si estuvieran posando.

—George debería venir a visitarnos a París el año que viene —oyeron decir a la tía Bonnie.

—Por supuesto, tiene que venir —intervino Bob Harris—. Por supuestísimo.

—¿Sabes que no puedo tener hijos? —dijo Florence, mirando fijamente a George, que a duras penas balbuceó una respuesta—. Fue todo un detalle por su parte querer casarse conmigo de todas formas.

—Flor —respondió George—, mira, tengo una cuenta. Es un talismán... Ten, quédatelo... Trae suerte, te lo juro... —Se la sacó del bolsillo y la sostuvo en la sudorosa palma de su mano: el tesoro de Venecia, transparente y desportillado.

Flor observó a su primo y esbozó una ligera sonrisa, con las cejas arqueadas.

—¿Qué es eso, George? —preguntó con voz nítida, como si estuviera intentando que el joven dejase de tartamudear.

Él habría dado cualquier cosa por no haber dado pie a esa situación.

—¿No te acuerdas de que compraste un collar de cuentas? ¿Y de que se te

rompió? Cuando volvimos de la playa, ¿no te acuerdas? Compraste un collar de cuentas y lo rompiste...

—Yo no suelo romper cosas —respondió Flor—. No me acuerdo.

—Que sí. Bajamos del barco —explicó George— y fuiste como un rayo a una especie de puesto callejero.

—Solo digo que yo no suelo romper cosas —repitió Flor—. Claro que, si tú dices que ocurrió, será verdad. No tengo muy buena memoria.

—Creía que lo habías roto a propósito, o algo por el estilo —añadió él.

—Ay, George —dijo Flor, negando con la cabeza—, ahora sí que estoy segura de que no puede ser. Yo no soy así, ni mucho menos. Eso no ocurrió.

Él había conservado la cuenta durante diez años. Le bastaba con girarla en la palma de la mano o mirar fijamente el cristal transparente y desportillado para que el aire se llenase de palomas y de campanas, y para ver el gesto de Flor rompiendo algo porque quería romperlo, sin más, o quizá porque iba a pasar el resto de su vida con la tía Bonnie. A veces era como si Flor nunca hubiese salido de sus recuerdos, aunque George no pensara en ella nunca. Su prima era el motivo por el que las imágenes gemelas, amor y resentimiento, estaban siempre ahí, reflejándose la una en la otra, como el agua bajo el cielo. Todo había ocurrido según lo recordaba. Ese día había existido, George lo había vivido. Cerró la mano porque pensó que parecería un tontaina, ahí sentado, con una gragea de cristal en la palma. Por supuesto que había ocurrido. Y allí estaba toda aquella gente, enmarañada, todos los Fairlie y Flor y Bonnie, y ahora también Bob Harris. ¿Y qué pasaba con sus padres? Tras aquel día en Venecia, le juraron que no volverían a dejarlo nunca, jamás, bajo ningún concepto, y cumplieron su palabra, de modo que su amor hacia George era una estructura dentro de la que él se refugiaba. Puede que eso les hubiese molestado alguna vez. Al propio George le había molestado alguna que otra vez. Pero ahora iba a empezar la universidad y los abandonaría, y quizá al año siguiente iría a París, aceptando la invitación, y esa inevitable deslealtad, esa infidelidad, ese abandono lo hacía sentirse como si ya estuviese lejos de ellos, arrepentido, mirando atrás.

Flor observó el puño de su primo.

—¿Por qué la gente guarda las cosas? —preguntó.

—No lo sé —respondió George—. Supongo que demuestran que uno ha estado en un sitio.

—Yo tengo la sensación de que nosotros dos nunca hemos estado en el mismo sitio.

—¡George! —gritó su madre desde el otro lado de la sala—. ¿Te acuerdas de cuando estuvimos en Venecia con Bonnie y Flor?

—¿Lo quieres? —le preguntó rápidamente a su prima—. En realidad es tuyo.

—No me ayudaría nada —respondió Florence—. Nunca hemos estado en el mismo sitio. No necesitamos la suerte de la misma forma. No recordamos las mismas cosas.

Bonnie McCarthy abrió un cajón de su tocador y cogió el sombrero que su cuñada le había enviado desde Nueva York. Era un sombrero de verano, fabricado con un material suave y sedoso de un bonito color azul. El tipo de bombín que su cuñada había empezado a llevar a los quince años y siguió llevando, con diferentes colores y texturas, hasta encanecer. Ese bombín en concreto había sido diseñado para viajar, pues podía plegarse y ocupar el mismo espacio que un abanico cerrado en la maleta. Bonnie apretó los labios, haciendo un puchero. Sostenía el sombrero entre el pulgar y el índice, estudiándolo. Se lo puso, calándoselo con las dos manos. El ceño fruncido, los labios apretados y los gestos obstinados recordaban a una chiquilla. Se trataba de una actuación deliberada y novedosa, pues, tras muchos años esforzándose por ser adulta en un mundo de gente madura, había llegado a la conclusión de que era poco fructífero, y ahora, en sus momentos de intimidad, se concedía el dichoso deleite de ser otra persona.

Ese sombrero era un fiasco. Bajo su casta visera azul, parecía algo desquiciada, como una universitaria que hubiera envejecido de la noche a la mañana. Tras pasar un buen rato mirándose en el espejo triple, Bonnie dijo en voz alta:

—Este no es un sombrero normal y punto.

Lo dejó en la mesa, entre las fotos enmarcadas y los tarros de crema. Ahora ninguna de las prendas llegadas de Estados Unidos le parecía normal, pues ya no pertenecían a un mundo que ella conociese. Se había marchado de su país entre el final de la guerra y el auge del *new look* —así era como la

historia había quedado grabada en su memoria— y, aunque había vuelto varias veces de visita, el paisaje estadounidense de su recuerdo estaba lleno de chicas con faldas cortas y abrigos con hombreras —la «silueta de la guerra», o comoquiera que la denominasen—. Recordaba esos detalles a la perfección, pero no habría sabido decir con qué presidente se había firmado la paz. La imagen del país en guerra apenas formaba parte de sus recuerdos; la Nueva York de Bonnie, la auténtica Nueva York, era una ciudad lejana que resplandecía en una década perdida, donde también existía una Bonnie perdida, preciosa y vivaz, profusamente admirada. Esa era la Bonnie que intentaba imitar cada vez que se miraba al espejo: la Bonnie de ojos tiernos, borrosa bajo la luz de una tarde que se apaga; la Bonnie vestida de novia, con una inocencia auténtica y una corona de rosas en miniatura sobre la frente. Con el paso del tiempo —ahora tenía cincuenta y dos años—, había surgido una «Superbonnie». La nueva Bonnie era una mujer madura, clásica y encantadora. Bien podría estar sacada de una obra de Kipling, como una especie de señora Hauksbee estadounidense, ingeniosa y esbelta, con unos enormes e intensos ojos azul violáceo. Cuando estaba irritada o pasaba una mala noche, se daba cuenta de que eso no era cierto, y de que había dejado de ser la tierna Bonnie sin llegar a alcanzar la seguridad de la señora Hauksbee. Entonces pensaba en la mujer que podría haber sido si no le hubiesen destrozado la vida. Y cuando pasaba más tiempo de la cuenta dándole vueltas a esa cuestión, se rendía y se consolaba jugando a ser una chiquilla.

Bonnie aún no había cumplido los cuarenta años cuando su marido se enteró de que tenía una aventura —una soberana estupidez, pues no amaba, ni mucho menos, a su amante— y pidió el divorcio, con lo que su concepción de ella misma había quedado fragmentada, irreparable. Estaban Bonnie, con esa cara dulce enmarcada por rosas en miniatura; la taimada señora Hauksbee, manzana de la discordia de un regimiento fronterizo, y, algo más cerca de la realidad, una Bonnie perdida, cetrina y asustada, que deambulaba por Europa, de ciudad en ciudad, agarrando a su hija de la mano. El tocador estaba repleto de esas Bonnies y de fotos de Florence, su hija. Ahí estaba Flor, recién nacida, sujetando una pelotita con esas manos

tan parecidas a estrellas de mar; y Flor en su poni, y Flor en Venecia, con los ojos entrecerrados, muriéndose de aburrimiento. A un lado, apartados de todo lo demás, había dos pequeños retratos que hacían una curiosa pareja. Uno era una imagen de Teresa del Niño Jesús. (A Bonnie no le gustaban los mártires oscuros, y santa Teresita, que agradaba a la mayoría de los católicos, también le agradaba a ella.) La santa no tenía ningún cometido en la vida de Bonnie, salvo el de representar un tímido faro para su noción del infinito, que se hinchaba por momentos. El segundo retrato era de Bob Harris, el yerno de Bonnie. Se lo habían hecho en la playa de Cannes, hacía dos veranos. Llevaba un bañador de tartán y todo el equipo para practicar pesca submarina —aletas, arpón, gafas de bucear y tubo—, con lo que parecía un monstruo.

Tras dejar el sombrero, Bonnie se humedeció los dedos índices y se los pasó por las cejas. Se tiró de la piel de las cejas, separándolas, y contó hasta veinte, pero, cuando las soltó, la línea entre sus ojos volvió a aparecer.

—*La première ride* —dijo con tono triste.

Entonces se dibujó en su rostro una expresión burlona e irónica, como la de una señora Hauksbee que acepta el paso del tiempo. Se levantó del tocador y cruzó la habitación sin mudar de expresión, aunque ya tenía la cabeza en otra cosa. Se sentó a un escritorio muy parecido al tocador que acababa de abandonar. Ambos eran lo que su yerno definía como «piezas importantes»: tenían una superficie de mármol verde, patas arqueadas y cajones abombados como senos, acabados en latón. Le recordaban a los variopintos objetos, adornados con jarrones llenos de flores marchitas, que abarrotan los escaparates de las tiendas de antigüedades en el margen izquierdo del Sena.

Resultaba fácil herir a Bonnie, aunque ella mostraba, eso sí, un instinto incisivo y malicioso para enfrentarse a los demás. Rara vez atacaba de frente, pues temía el contraataque directo. El desorden baladí de su tocador, con ese cúmulo ordinario de frascos y retratos, era una puñalada indirecta a Bob Harris, dueño del apartamento, al que, como él mismo le había contado una vez a Bonnie, le gustaba que las cosas estuvieran ordenadas.

Estiró el brazo para coger una hoja de papel con su dirección de París



impresa en la parte superior, y escribió la fecha, 15 de julio, para luego continuar:

«Queridos Polly y Stu: ante todo, mil gracias por el sombrero, ¡ha sido un detallazo! Me lo he puesto por primera vez hoy, pues el auténtico verano no había empezado hasta ahora. Iba toda ufana por la calle, diciendo que era un regalo de parte de mi hermano y su mujer, de Nueva York. Siento mucho lo de George, la verdad es que es la primera vez que oigo hablar de un caso de tos ferina a su edad; entiendo perfectamente que no le dejaseis venir a París en junio. Hace ya dos años que no vemos al jovencito. Flor me pregunta por él todos los días. Ya sabéis que, cuando eran pequeños, se lo pasaban de fábula juntos, y es una pena que Flor sea siete años mayor que él y no al revés. Al menos así seguiríamos formando parte de la misma familia y sabríamos con quién casábamos a nuestros hijos. En fin, no se hable más.»

Hasta ahí, su carta era prácticamente ilegible. Juntaba la última letra de cada palabra con el comienzo de la siguiente. Todas las vocales, así como las enes y las emes, parecían úes. Había hileras de letras que bien podrían decir «nununu». Sin embargo, ahora su caligrafía se tornó elegante y nítida, como la voz de alguien que cambia de acento:

«El problema de que venga en agosto es que se quedaría solo con Florence. El padre de Bob Harris va a venir este año, y Bob Harris visitará con él la región de Beaujolais y la región de Champaña, y no sé cuántas regiones más, por negocios, y pasarán en esas regiones todo el mes de agosto. En cuanto a mí, una buena amiga me ha invitado a pasar el mes en Deauville. Como sabéis, Flor está yendo al psiquiatra y se niega a marcharse de París. Georgie se aburriría como una ostra, porque Flor nunca sale y, aunque lo hiciese, no sabría dónde ir. En mi opinión, es mejor que Georgie vaya primero a Inglaterra —porque quiere ir, en cualquier caso— y luego venga aquí hacia finales de agosto, cuando yo ya haya regresado y Bob también haya vuelto, para que podamos llevarnos a Georgie por ahí. Hacedlo como prefiráis, queridos, pero esto

parece lo mejor.»

Bonnie tenía la costumbre de introducir trocitos de papel en las cartas para su cuñada. En esos papelititos, del tamaño de una tarjeta de visita, escribía mensajes minuciosamente garabateados, que reflejaban lo que quería decir de verdad y el motivo por el que se había tomado la molestia de escribir una carta. Cortó un pequeño rectángulo de un folio y escribió, en letra diminuta:

«Polly, Flor se está volviendo rarísima, es como si no la conociera. Me da miedo dejarla sola en agosto, pero si le digo que me quedo coge tal berrinche que me estoy dando por vencida. No permitas que Georgie venga, el pobre lo pasaría muy mal. Ahora mismo Flor está en la consulta, y ni siquiera me gusta la doctora.»

Eran las tres de la tarde y Florence avanzaba a pasos cautelosos por el Boulevard des Capucines cuando la acera se levantó frente a ella. Era como un terremoto, pero sabía que allí no había terremotos. Era como estar borracha, pero ya nunca bebía. Era un trastorno silencioso, pero le había pasado más de una vez. Nadie se percató de su agitación, ni siquiera cuando se detuvo en seco. Quizá se hubiese vuelto invisible. No la habría sorprendido lo más mínimo. De hecho, el temor a que eso ocurriera la había llevado a comprar, ese verano, varios vestidos de falda de campana llenos de colores brillantes, con los que, según Bonnie, parecía una pitonisa de un restaurante. Pero para Bonnie era muy fácil decirlo, pues ella tenía la certeza de existir de negro; ella no necesitaba mirar furtivamente los escaparates para ver su reflejo ni reivindicar su existencia con tonos coral y rojos.

A esa hora, en esa época del año, la muchedumbre que rodeaba el Café de la Paix solía ser estadounidense. Era una muchedumbre tan ajena a Flor que podría tratarse perfectamente de una invasión de extranjeros que hablaban siamés, recién llegados a la ciudad. Sin embargo, no eran siameses. Eran su gente y hablaban la lengua que ella mejor conocía, con las palabras que le enseñaron a usar cuando, hacía ya muchos años, vio formas y sintió deseos

a los que había que dar nombre.

«... Sobre una playa junto al mar océano...»

No dijo esas palabras. Sus labios no se movieron, pero en su interior resonó un eco perfecto, como si las hubiera oído al ser pronunciadas por su propia voz. Eran palabras llegadas del pasado, de cuando aún podía leer y vincular cada frase con la que la precedía. Una imagen de una costa menguante y un mar invasivo, nítida como el reflejo en un espejo, era lo único que quedaba, lo único que recordaba de sus lecturas, del gran depósito de frases almacenadas, de los barriles llenos de palabras líquidas: una costa menguante, un mar agitado; eso era todo. ¡Pero cuánto había leído! Había leído en habitaciones de hotel, despatarrada en la cama —drogada, borracha—, mientras al otro lado de la ventana oscura llovía sobre calles extranjeras. Había leído en autobuses y trenes y salas de espera de doctores y modistas, esperando a Bonnie. Había leído sentada a la mesa, frente a su marido, y en la cama, a su lado. (Estaba leyendo un libro en un café, sola, cuando se le acercó por primera vez. A él nunca se le olvidaría.) Se había pasado toda su juventud leyendo, y ni siquiera el amor había sustituido a la lectura; solo en ocasiones puntuales.

Si Bonnie hubiera sido capaz de darle algún sentido a su desordenada vida; si no hubiese desarraigado a Flor para traérsela a vivir a este continente —decisión extraordinariamente errada entre un centenar de indecisiones—, ahora Flor no tendría miedo del movimiento del suelo bajo sus pies ni se buscaría en los escaparates para cerciorarse de que seguía ahí. No imaginaría la vida como un escenario profusamente iluminado, en el que ella era una mera espectadora. Dependería menos de las palabras, formaría parte de la vida.

—Siempre ha sido culpa tuya, desde el principio —le dijo a una Bonnie imaginaria—. Podría haber sido una persona, pero tú me convertiste en una extranjera. Siempre ha sido así, incluso en casa, en Estados Unidos. Yo era la única niña católica en la clase de la señorita Downland. Aquello también era ser extranjera.

—¿Qué me dices de las niñas católicas mexicanas? —preguntó Bonnie, saliendo de entre la multitud reunida frente al quiosco de periódicos donde

Flor se había detenido para echar un vistazo, con la mirada perdida, a la portada del *Times*.

Las niñas mexicanas del colegio, una maniobra de distracción típica de Bonnie que ni siquiera merecía una respuesta. No obstante, el hallazgo de que siempre había sido así era digno de destacar. Representaba otro claro entre los matorrales, la imagen favorita de la doctora Linnetti. Representaba otro sendero despejado, otra valla derribada, una luz que se abría paso. Hurgó en su bolso en busca del cuaderno verde en el que anotaba aquellos hallazgos y se sentó en una silla vacía en la terraza del café.

Su mesa estaba pegada a la de al lado; la habían movido para que un grupo de cuatro turistas tuviese espacio de sobra para sus copas, paquetes y teteras. Una de ellos incluso había acercado otra silla para apoyar sus pies doloridos. Florence dejó su cuaderno al borde de la mesa y apartó un cenicero. El *vertige* que había sentido en la calle estaba empezando a remitir. Según su lenguaje interior, «el animalito se había dormido». ¿De qué servía una expresión como la de la doctora Linnetti: «Vértigo experimentado al ver líneas nítidas y sus correspondientes objetos»? El esfuerzo de las líneas para cambiar de forma —la acera temblorosa—, las náuseas que sentía al ver dos hileras de casas converger en el horizonte, el triunfo del pequeño zorro habían empezado a atormentarla cuando tenía doce años y se marchó a vivir al extranjero. En su momento, Bonnie lo había achacado a un problema de la vista, originado por un hígado enfermo, y le había recetado nata montada. Ahora que ya era demasiado tarde, Florence recordó y reconoció el asedio inicial, cuando el invasor había debilitado sus fuerzas para apoderarse de ella.

Una vez aceptado aquello, dejó de creer en los árboles y en los claros bañados por el sol de la doctora Linnetti. Estaba asediada, retenida. Nada podía ayudarla, salvo la noche y los sueños que experimentaba en ese terreno gris entre la vida y el olvido, la tierra de las casas y las colinas grises, de donde la arrancaban y la alejaban abruptamente. Entrar en ese paisaje era lo más difícil, pues ellos —la doctora, su madre, su marido— se oponían. Necesitaba unas condiciones determinadas, que no tardarían en llegar: dentro de dos semanas sería agosto y se quedaría sola. Entre ese día y

agosto había un lapso de tiempo abarrotado de peligros: su madre, titubeante y quisquillosa; su marido, que quería que hablasen. (Ya ni siquiera intentaba hacer el amor con ella. Parecía tener la firme convicción de que algún día la doctora Linnetti le devolvería a una nueva Flor, curiosamente madura, más fascinante que nunca.) Una vez superado ese lapso, se imaginaba en el profundo silencio de agosto. Se veía tumbada en su cama, sumida en el silencio de una tarde de agosto. La luz que se colaba por las rendijas de los postigos le diría, al atenuarse, cuándo era de noche. Y, dando las gracias por esa bendición, pensaría: «Ahora puedo dormir tranquila».

—Hay gente a la que le da absolutamente igual.

—Pregúntale qué quiere beber.

—A lo mejor le gustas, Ed Broadfoot, ja, ja.

Hablaban tres de las cuatro personas junto a las que se había sentado Flor. Creían que era francesa o, en cualquier caso, extranjera, pero no estadounidense. Apartó la mirada del cuaderno en el que aún no había empezado a escribir y les dijo:

—Entiendo todo lo que dicen.

Un camarero se detuvo a su lado y, con tono despectivo, le preguntó:

—*Madame désire?*

Ella, asustada, garabateó «Las chicas mexicanas no se bañaban» antes de levantarse y entrar, perfectamente visible, en el oscuro café. Una vez dentro, procuró buscar una mesa solitaria. Ahora era la viva imagen de la prudencia, y observaba los movimientos de sus manos y la dirección de sus pies. Se sentó en el banco afelpado con tanta delicadeza que, de pronto, vio con claridad lo tonta que debía de parecer y le dieron ganas de reírse. Abrió el cuaderno y empezó a escribir la carta para la doctora Linnetti, usando un bolígrafo barato que había comprado ex profeso. La misiva era larga y cambiaba de tono con frecuencia: ora seco y formal, cuando explicaba los motivos económicos por los que interrumpía las sesiones, ora tímido y lisonjero, para que la doctora Linnetti no se lo tomara mal. A veces la carta rayaba en lo afectuoso, pues había momentos en que se le olvidaba que la doctora Linnetti era una mujer y estaba dispuesta a perdonarla. Sin

embargo, luego recordaba que esa embustera era de una calaña que Flor conocía muy bien, una calaña sometida a las mismas humillaciones, a los mismos achaques, y que fundamentalmente practicaba los mismos engaños. ¡Y encima la muy impostora creía que la ayudaba! La doctora Linnetti tenía el encanto de un hipopótamo, la elegancia de la esposa de un funcionario soviético, las emociones de un caracol y la inteligencia de... «Ah —pensó Flor—, ahí nos ha pillado. Nunca lo sabremos. No hay pistas.»

«¿Cómo puede ayudarme? —escribió—. Más de una vez me he sentido asqueada por el olor de sus vestidos y sus dientes podridos. Si en seis meses no ha sido capaz de llevar su ropa a la tintorería o de ir a un dentista, ¿cómo va a ayudarme? ¿Puede convencerme de que no me va a atropellar un coche cuando me baje del bordillo? ¿Puede convencerme de que en la acera estaré sana y salva? Se lo voy a plantear con otras palabras —escribió Flor, con arrogancia, mientras en su cara se dibujaba una expresión a todas luces desdeñosa—: ¿Tan perfecta es su vida? ¿Es feliz su marido? ¿Sus hijos la quieren y son educados? ¿Es tan feliz que...? —No sabía cómo acabar la frase y volvió a empezar—: ¿Qué soy yo para usted? Cuando vuelve a casa con su marido y sus hijos, ¿piensa en mí? ¿Somos amigas? Entonces, ¿por qué se preocupa por mí?» Había llegado a la última página de su cuaderno. Arrancó las hojas y envió la carta desde el puesto de correos del café. Tiró al suelo el instrumento de la ruptura —el letal bolígrafo— y lo alejó de su vista de una patada. Aún era muy temprano para volver a casa. Intuirían que había faltado a su sesión. Lo único que podía hacer era caminar por los tres lados del triángulo conocido —Boulevard des Capucines, Rue Scribe y Rue Auber, hogar de los sin hogar— hasta que llegase la hora de llamar a un taxi y regresar a casa.

El marido de Florence salió temprano de la oficina. El movimiento de París se iba ralentizando. Las avenidas estaban blancas y polvorientas, llenas de banderas ondeando al viento, papeles y carteles arrancados; bajo las señales de tráfico había gente ocupada que transitaba sin rumbo, con los pies doloridos, vestida para el calor, intentando decidir si cruzar o no esa calle,

preguntándose si París sería mejor al cruzar esa calle. El minuterero de la ciudad había empezado a frenarse, y en agosto se detendría por completo. A Bob Harris le encantaba estar en París, aunque en realidad le encantaba estar en cualquier sitio. Nunca en su vida había sentido nostalgia por su país, pues llevaba su nacionalidad consigo allá donde iba. Cruzó el fresco patio interior del antiguo edificio de apartamentos en el que vivía —el último sitio del mundo donde uno se imaginaría a un niño ensayando canciones de Czerny una tarde de verano—, saludó a la conserje, metida en su garita acristalada, subió en el peligroso ascensor, que tenía puertas de vaivén, propias de un salón del oeste, y entró en el piso. Aunque «entró» es demasiado suave. Más bien irrumpió, como lo hizo en la vida de Flor y Bonnie. Era un chico de Nueva York, a mucha honra, y ahora estaba muy moreno. «Como un *café liégeois*», dijo Bonnie en el desayuno —cuando él no podía escucharla, huelga decirlo, porque tonta no era—. El anticuado y espacioso apartamento parisino, la aldaba pulida —una anilla en la boca de un león—, las puertas pesadas y los techos altos de color crema reflejaban su idea de lo que debería ser Europa. Las vacilantes notas del piano del chiquillo, que lo siguieron hasta que cerró la puerta principal, formaban parte de la decoración. Tuvo la sensación pasajera de que el pasado y el presente se fundían; una deshilachada y manida corazonada de que lo mejor está fuera de nuestro alcance, o aún por llegar. Sabía que esas sensaciones, que únicamente se apoderaban de él cuando estaba solo y le llegaban sonidos chirriantes, lúgubres o fantasmagóricos desde las escaleras y el hueco del ascensor, fundiéndose en un todo con las paredes, las cortinas y la luz gris del patio, solo eran el humo restante de la nostalgia adolescente, de ese anhelo infructuoso e informe de quién sabe qué. Él no aspiraba a un estado mental. Su oficina, situada al lado de los Campos Elíseos, en un edificio de los años treinta con forma de tarta, era rabiosamente nueva, como la sala de espera de un resplandeciente aeropuerto italiano a escala reducida. Las personas con las que coincidía en sus reuniones de negocios eran hábiles con los números, aunque sabían adoptar una actitud de dedicación monacal por el mero hecho de comerciar con vino en vez de, pongamos, con bolsas de papel. Bob, en cambio, no tenía absolutamente

nada monacal: sabía de vino —es decir, conocía el mercado del vino— y también sabía de dinero.

Para un europeo no hay nada más reconfortante que la persona que cumple con los estereotipos nacionales: el francés irascible, el holandés alegre, el suizo cortante o el rumano ladino. Todos y cada uno de estos amantes de la guita encuentran su nicho. Para los franceses, Bob Harris encajaba superficialmente con el patrón de hombre estadounidense —«*un grand gosse*»— y a él le iba de fábula. Sería la última persona del mundo en dar problemas. Además de ser locuaz y animado, le traía bastante sin cuidado qué hacían o cómo eran los demás, siempre y cuando también fuesen buena gente. Era un parroquiano habitual de los bares forrados de rojo del VIII Distrito, a los que iba con sus alegres amigos; solían ser estadounidenses que intentaban recaudar dinero para fundar un periódico en las Islas Canarias y aspirantes a actrices de pechos rubicundos y pelo rosa plateado. Todo el mundo quería algo de él, y a todos les caía genial. La familia de Florence, infatigable acuñadora de motes, lo apodaba «la Foca», y hay que reconocer que tenía el pelo brillante y los ojos bonachones de ese animal, amén de un aire circense de buscar aplausos alegremente. Cuanto mejor caía y cuanto más se aprovechaban de él, más en su salsa se sentía. Solo cuando entraba en su habitación en penumbra tenía que improvisar una forma artificial de pensar y comportarse.

La nueva costumbre de su mujer de tumbarse en la cama con las cortinas corridas en los días más luminosos ya no le suponía una vaga preocupación: ahora le parecía algo maligno. Si alguna vez hubiese pensado en la naturaleza del pecado, habría tenido esa forma: la exclusión de la luz. Flor había dejado de ser alegre; era lo mínimo que se podía decir. Sus sueños constituían un viaje cada vez más largo, cada vez más distante. La había querido, y su tendencia intrínseca a la exageración lo llevaba a creer que la había adorado. Su mujer podría haberse alejado de él por otro camino: a través de la bebida, o de una religión estrambótica, o jugando al *bridge*. La traición habría sido idéntica. Él era la única persona en quien ella había confiado. El único viaje que podría hacer, cualquiera que fuese la dirección que tomase, sería para alejarse de él. Los sentimientos le llegaban en



bloques, compactos. Cuando se aferraba a una emoción, no había sitio para las demás. Había querido a Flor y ella lo había abandonado. Fue todo muy rápido, pues su mujer ni siquiera dio la voz de alarma. Él aceptó lo que le dijeron —que Flor estaba enferma y se pondría bien—, pero no podía ahuyentar la sensación de que la huida de su mujer era deliberada, de que podría detenerse y dar media vuelta si lo intentaba.

Ahora podría aprovechar su ausencia para hurgar en sus cajones, en busca de drogas, diarios o cartas; de algún indicio que justificara ese cambio. Sin embargo, no tocó nada de esa habitación silenciosa que no era suya. Ya no quedaba nada de la persona que había visto a lo lejos, sentada en aquel oscuro café de Cannes, con los codos sobre la mesa, leyendo un libro. Ella había levantado la mirada y, antes de percatarse de que un hombre la observaba, la expresión de su rostro en la penumbra le había mostrado todo lo que él estaba dispuesto a perseguir: pasión, disciplina, oscuridad. Ella le había revelado sus secretos a la doctora Linnetti —«una cerda disfrazada de persona entrañable», como la definía Bonnie, que la conocía—, y él se había sentido vagamente engañado. No en vano, ahora los secretos también lo concernían a él. Nunca le perdonaría que hubiese aireado sus intimidades. Incluso el físico de Flor se había transformado. Él apreciaba su belleza, cualidad que la convertía en un objeto tan valioso como el más caro que pudiese comprar. En los museos, se había cruzado más de una vez con cuadros de mujeres —las luminosas mujeres de los impresionistas— en los que algún detalle le recordaba a Flor —la melena espesa, la piel, la mirada esquiva—, lo que había aumentado su instinto de posesión y su amor. Sin embargo, ella había destruido esa belleza, alegre y concienzudamente, como si quisiera obligarlo a apreciarla ateniéndose a sus condiciones. El destrozo fue en vano, un acto de vandalismo sin causa. Jamás lo entendería, y tampoco estaba convencido de que debiera intentarlo.

Su suegra se encontraba en el salón, aguardando a que la hallase. Debía de haberlo oído entrar y, mientras él se duchaba y se cambiaba de ropa, había preparado su escena. La luz de la tarde, atenuada por las finas cortinas, era idónea. Bonnie estaba peinada, maquillada, encorsetada y lista para un millar de ojos. Su vestido no tenía ni una arruga. Estaba preparada para

proyectar su presencia y crear un estado de ánimo con tan solo pronunciar una frase inteligente. Había practicado acentos coloridos, pensando en azul, en violeta o en verde, según la ocasión. Tenía las manos separadas y abiertas sobre un cuenco de ásteres que formaba parte de la puesta en escena que se le acababa de ocurrir.

Si Bonnie no fuera la madre de Flor, si no fuera culpable de cientos de agresiones hacia su generosidad y su orgullo varonil, podría haberle gustado. Resultaba ridícula y conmovedora, consciente de que estaba interpretando un papel. Sin embargo, era imposible que entre ellos se estableciese una relación natural. Se había insinuado y dicho demasiado. Ella lo había herido en lo más profundo de su ser. Y, probablemente, él también la hubiese herido a ella. La mujer saludó al joven como si su presencia en su propio apartamento fuera una alegre sorpresa, y él respondió con su clásica reverencia imperturbable, como un chino ante un venerable ancestro; aunque, al mismo tiempo, era incapaz de borrarse la sonrisa de la cara.

El efecto del hallazgo quedó deslucido. Bonnie se había vestido, había sonreído y había hablado en vano. Ni siquiera la iluminación perfecta sirvió de nada; por lo que a ella concernía, el sol podía ponerse ya. Solo intentaba parecer atractiva y crear un ambiente civilizado y agradable para todos, pero nadie cooperaba. Él comprobó que su suegra había vuelto a ofenderse, y lo lamentó. Le ofreció una copa, que ella rechazó para después explicarle con voz dolida que estaba esperando el té.

—¿Dónde está Flor?

—Ya lo sabes... —respondió Bonnie. Ambos coincidían de plano en su opinión sobre la doctora Linnetti.

El hombre se sentó y abrió el periódico que había traído a casa. Bonnie dio un toquecito final a las flores y también tomó asiento, no demasiado lejos, para no parecer ridícula, pero dejando la distancia suficiente para darle a entender que de ninguna manera esperaba que le hablase. Él se puso a leer su periódico y Bonnie se quedó pensando en sus cosas mientras llegaba el té. Casi podría decirse que estaba satisfecha: era un clima de aceptación mutua que tenía cierto halo acogedor. Quizá podrían tolerarse durante

muchos años. La sala parecía abarrotada de los típicos muebles heredados de los que nadie sabe cómo deshacerse. Sin embargo, habían entrado a vivir al apartamento tal y como estaba: arrastraban el bagaje de un pasado fabricado. Es probable que los muebles reflejaran la necesidad de Bob de disfrutar de una suerte de comodidad lisonjera, mientras que los colores y las texturas plasmaban el gusto ligeramente señorial de Bonnie, que se basaba en seda tornasolada, porcelana nacarada y verde pavo real. Sobre las mesas pulidas flotaban los *souvenirs* con los que Bonnie había ido haciéndose en sus viajes, figuritas de plata y cristal. Había una televisión escondida con remilgo dentro de un armario laqueado, y de las paredes colgaban los cuadros que Bob había comprado. No era un salón perfecto, pero, como solía decirle Bonnie a su cuñada en las cartas, podría haber sido mucho peor. En él no había nada de Flor.

Cuando Flor llegó unos minutos después, iba acompañada de una joven alta, de cara redonda y pelo rubio, cuyo vestido, voz, acento y gestos eran tan homogéneos que, durante mucho tiempo, permaneció en el recuerdo de Bob como «la Estadounidense», como si ser estadounidense fuera algo excepcional o exclusivo. Flor se quedó en el umbral. La visita entró al salón, sonriente:

—Soy Doris Fischer. Vivo abajo. Es maravilloso encontrar a otros estadounidenses por aquí.

—Nos hemos conocido en las escaleras —dijo Flor, con seriedad.

—¿Que os habéis conocido en las escaleras, Flor? ¿En las escaleras? — Bonnie hablaba con voz nerviosa y reprimida, como si fuese a gritar de un momento a otro. Flor nunca charlaba con desconocidos y, desde primavera, había dejado de lado incluso a sus mejores amigas. Las dos jóvenes parecían a punto de revelar algo. A Bonnie se le pasó por la cabeza la descabellada idea de que una de ellas se había visto implicada en un accidente mortal y la otra se disponía a explicarlo. Así se volvía una, de tanto vivir con Flor. De golpe, de su mente brotaron imágenes inverosímiles e ilógicas que se quedaron ahí, resplandeciendo con más brillo y nitidez que los hechos obvios. Más tarde caería en la cuenta de que esa expectativa del desastre se debía a la actitud de la recién llegada. Doris Fischer era tan resuelta, tan

alegre y cuerda, que solía adoptar los gestos temperamentales de una actriz irlandesa que está a punto de revelar que su padre era un borracho, su hermano un anarquista, su madre una santa, etcétera. De ahí que su presencia diera una primera impresión errónea, pues, por lo general, cualquier exceso de vehemencia se debe a un despiste o a la incomodidad social, aunque quizá lo ocurrido fuese lo bastante grave.

—Estábamos las dos esperando al ascensor —dijo Doris, con su habitual tono amistoso—. Se había quedado atascado. Ya saben que en este edificio nunca funciona...

Empezaron a subir juntas las escaleras y Doris le habló a Flor. Así, sin más. Fue algo bastante ordinario, la verdad sea dicha.

Sin embargo, para Flor ese encuentro era extraordinario en el sentido más absoluto de la palabra. Que alguien la abordase para hablar con ella adquiriría unas proporciones fatídicas. La habían escogido, la habían buscado y se le habían acercado. Presa del asombro, Flor llegó a una conclusión que no iba muy desencaminada: Doris Fischer la había estado observando. Se había pasado varios días vigilando las idas y venidas de aquella gente, y se había enterado, gracias a la conserje, de que eran estadounidenses. Aunque la idea de presentarse en su puerta sin más se le había pasado por la cabeza, la descartó; e hizo bien, pues Bonnie no lo habría tolerado. Este papel arácnido iba en contra de la naturaleza de Doris: se había quedado observando, aunque quería conocerlos, y había guardado silencio, aunque todo la impulsaba a gritar «¡Aceptadme!». Era una compatriota que estaba sola, y quizá la acogiesen por eso, pero Flor no iba del todo desencaminada. Doris era como una carta sacada de la baraja: «Cuídate de la mujer de cabello rubio. Se pega como una lapa a su roca». Los quería a todos, con todos sus secretos. Llenaría la banalidad de sus días con las historias de aquella familia. También les confesaría sus secretos, tejiendo y ciñendo una telaraña alrededor de sus cabezas.

Todo el mundo se quedó de pie. Ese suceso social, bastante prosaico —la vecina de abajo que sube a saludar—, constituía un auténtico acontecimiento. Doris Fischer vio al marido y a la madre recortados contra la cálida luz del verano. Tenía los ojos encandilados por los colores del

salón. El candelabro lanzaba rayos de luz sobre las paredes verde pavo real y las cortinas de seda azul, ora abombadas, ora hundidas. A Doris le pareció un salón espantoso. Sus gustos iban desde los muebles de madera clara exportados de la higiénica Suecia hasta los objetos de hierro forjado en diferentes formas, pasando por las plantas trepadoras que prosperan en las habitaciones con calefacción central pero mueren al sol. Nada de su pasado o su experiencia podría hacerla reaccionar ante aquellos valiosos objetos o la profundidad de la oscura madera pulida. Vio que había cuadros modernos en las paredes, y eso supuso un alivio para ella, pues no le gustaba el pasado. Ahora, rezumando confianza, avanzó varios pasos y señaló la pared que había al otro lado del salón, acusando algo que había allí colgado.

—¡Qué interesante! —dijo, con una voz agradable, pero ligeramente agresiva—. ¿Qué es? ¿De quién es, vaya?

—Es de un australiano que aún no ha obtenido el debido reconocimiento en su país —respondió Bob. A veces hablaba con ese tono formal, sin alargar ni una sola palabra, sobre todo cuando acababa de conocer a alguien. El hombre observó los sencillos zapatos de Doris, marrones y blancos; su sencillo vestido camisero, de algodón a franjas azules; su pelo corto y esponjado. Los observó sin un ápice de agresividad, sonriendo.

Todos se giraron hacia el cuadro. Bonnie veía colores intensos en una luminosa pared, y Doris veía algo que podría haber hecho perfectamente un chiquillo de seis años. Flor veía en esas formas que estallaban sin que nadie pudiese contenerlas la prueba definitiva de que el universo se estaba desintegrando y de que era inútil pedir ayuda. Bob veía una inversión al alza que, al mismo tiempo, le proporcionaba placer estético: he ahí la forma de abrazar la vida, de sacar lo mejor de cada cosa. Sin inmutarse, le dijo lo que había pagado por el cuadro hacía un año y lo que valdría ahora que el artista estaba empezando a hacerse famoso. No fue por presumir, sino para demostrar que el gusto por la belleza era rentable, o algo por el estilo.

Una aflicción rayana en el horror cubrió el rostro de las tres mujeres, como un velo que, de repente, les confirió un parecido superficial. El de Florence reflejaba el miedo habitual, la expresión con la que se levantaba de la cama cada día. A Bonnie le dolió sobremanera la patada que su yerno le

había dado al buen gusto. Doris, la más sincera, pensó en cuántos niños famélicos, que vivían en lugares abarrotados e indefinidos, podrían alimentarse con todo ese dinero. Doris se quedó a tomar el té, y también la invitaron a cenar. Era de Pensilvania, pero había vivido en Nueva York. No tenía conocidos en común con Bonnie, y a Bob la pregunta de su suegra le pareció de lo más retorcida, como era típico de ella. Todos estaban en un territorio desconocido, fuera de contexto. Las divisiones podían reconocerse, no hacía falta subrayarlas. Doris les explicó que su marido era cámara. A veces decía «cámara», otras «técnico cinematográfico» o «asesor especial». Estaba en Roma por trabajo y pasaría allí todo el verano. Doris había decidido quedarse en París y conocer la ciudad. Cuando Frank estaba trabajando, ella era poco más que un estorbo. Se mostró imprecisa al hablar del encargo romano, y una idea revoloteó cual insecto por el salón: miente. «Se ha ido con otra», pensó Bonnie. «Están en la ruina y se ha ido a buscar trabajo», se dijo Bob. Doris era torpe y evasiva, carecía de encanto, imaginación y estilo, pero insistieron en que se quedara. A Flor le vendría bien una amiga estadounidense.

Para hacer honor a la cena, Doris bajó a su casa y volvió con un atuendo más elegante. A Bonnie le pareció una trabajadora social vestida para ir al cine con una amiga, pero las opiniones injustas siempre despertaban su lado amable, y solo le faltó coger a Doris en brazos. A Doris le sorprendió la cena, escasa y sosa. Estaba acostumbrada a la comida de su infancia, a las montañas de puré de patata y a la salsa *gravy* preparada con nata. La dieta bohemia no le era ajena: espaguetis, vino y botellas vacías conservadas para usar a modo de candelero. No sabría decir si esa gente adinerada era ascética o, sencillamente, rúcana. Flor apenas probó bocado. Doris la observaba desde el otro lado de la mesa y veía un rostro sin cuerpo entre las velas, una cara delgada con una melena espesa y sin brillo. Habían encendido las velas sin correr las cortinas y, como la noche estival aún no había caído sobre la ciudad, el comedor no estaba ni oscuro ni iluminado, algo que, quién sabe por qué, a Doris le resultó un tanto inquietante. Era un comedor de estilo chino, y se pasó toda la cena sintiéndose observada por monstruos, una sensación más que suficiente para desalentar a cualquiera.

Bonnie parloteaba y hacía sonar la campanilla con gestitos nerviosos. Bob era pura indiferencia y amabilidad. No podía dejar de mostrarse amable con la gente, era un acto reflejo. Sin embargo, eso no significaba gran cosa y, de hecho, Doris no le hacía ni fu ni fa. Ella se percató, y se dijo que ojalá hubiese podido devolvérsela. Se habría mostrado distante y misteriosa, pero ya era tarde, pues les había contado demasiadas cosas sobre sí misma. Se lo había revelado todo desde el primer momento. Bajo las bromas que se intercambiaban fluía un río de entendimiento. Bonnie los escuchaba esbozando una sonrisa y se sumió en la melancolía, preguntándose si se vería obligada a pasar el resto de su vida con gente moral, mental, social y emocionalmente inferior. Pensó que los dos eran tal para cual. De hecho, eran iguales, pero no de una forma que pudiese hacerlos sentirse atraídos. Ni Bob ni Doris parecían ser muy conscientes de la importancia del tiempo. A ambos se los podría persuadir de que el mundo empezó el día de su nacimiento. Pero eso no bastaba para cimentar una amistad y, en cualquier caso, Doris había decidido que quien realmente le interesaba era Flor. Un día le preguntaría a Flor si Bob la quería de verdad, y si tenía algún interés intelectual aparte de la pintura, y de qué hablaban cuando estaban a solas, y si era bueno en la cama. Ese era el tipo de relación al que estaba acostumbrada y que tanto echaba de menos: cálida, femenina, con un profuso intercambio de secretos conyugales. Le sonrió a Flor, pero Bonnie interceptó la sonrisa y la redirigió hacia sí misma.

—Florence va a pasar agosto en París —dijo Bonnie, con voz sonriente y coralina—. Los auténticos parisinos prefieren la ciudad durante ese mes.

Bob Harris miró a su suegra, conteniendo visiblemente el impulso de soltar una carcajada. Su suegra dejó de ser la señora Hauksbee y lo fulminó con la mirada. A Doris le pareció un comentario simpático, aunque un tanto esnob. También se preguntó si Flor estaría encinta y si por eso hablaría tan poco.

Esa noche, Bonnie sacó la invitación a Deauville de la última bandeja de su

joyero, donde guardaba las cartas, las recetas y las llaves de baúles perdidos y olvidados. Apenas conocía a la mujer que se la había enviado. Coincidieron en una fiesta. La firma evocaba una imagen fugitiva: delicada, oscura, sarcástica, francesa. «Casi no conozco a Gabrielle, pero fue un caso de afinidad a primera vista», se repetía una y otra vez.

Gabrielle, la francesa, había alquilado una villa en Deauville. Iba a invitar a un par de personas a pasar el mes de agosto y en su carta detallaba a cuánto ascendía lo que Bonnie tendría que pagar. Ella no se ofendió. Probablemente eso fuera lo que siempre había querido. Se sentó a su tocador, con su combinación de encaje y raso, y leyó la carta. Llevaba unas gafas de carey que conferían a su rostro un tamaño inesperado. Cuando levantó la mirada, el espejo la reflejó en tres direcciones. Tenía la nariz puntiaguda y bajo el mentón le colgaba una discreta papada. Comprendió con claridad qué era Gabrielle, y a quién más habría invitado, y también que la habían elegido a ella para pagar. Comprendió que ya no era una jovencita y que, en la faceta económica, dependía casi por completo de un yerno al que se había opuesto y al que despreciaba. Cerró los ojos y mordisqueó el borde de la carta. Vacío su mente como quien vacía una botella, y esperó la llegada de la inspiración. La inspiración llegó, calentita como la leche, y le dijo que era una Fairlie de pura cepa, que su marido la había tratado fatal, que su hija estaba casada con un hombre inferior y tenía un corazón más duro que la nuez moscada, mientras que el de Bonnie era una almohadilla grande y blanda en la que sus seres queridos se clavaban para siempre como alfileres e imperdibles. Ahora, esa hija era portadora del virus de un cólera moral que amenazaba con contagiarlos a todos. La inspiración le aconsejó huir y le dijo que sus sórdidas aspiraciones podrían salvarla. Abrió los ojos, pero no se miró en el espejo, pues ya no sabía a qué Bonnie esperaba ver. Habló en voz alta, con un tonillo más tonto de la cuenta: «En fin, todos nos merecemos un poco de diversión».

Más tarde, le explicó a Flor:

—Ahora que te has hecho amiga de esa chica tan agradable, no me sentiré tan mal por dejarte sola.

Procuró que sonase como un comentario trivial.



Flor, taimada cual asesina, no mostró emoción alguna. «Si parezco demasiado contenta, se sentirá ofendida y no habrá forma de que se vaya», se dijo para sus adentros. Se imaginaba el vestíbulo lleno de maletas y a alguien subiendo por las escaleras para llevárselas.

Flor le había dicho a su madre que pasaría agosto en París porque la doctora Linnetti lo consideraba fundamental. Además, tendrían que pagar las tres sesiones semanales en cualquier caso, incluso si Flor también se marchaba. Le había contado la historia, firmemente arraigada en la mitología moderna, de los pacientes del doctor Freud: todos se iban a esquiar en la misma época todos los años y todos se rompían la pierna sin previo aviso. En consecuencia, debido a sus problemas económicos invernales, el psicoanalista estableció la tradición de seguir cobrando en vacaciones. Si dejaba en la estacada a la doctora Linnetti, podría ofenderse y, entonces, ¿qué sería de ellos? «No me parece nada ético», comentó Bob, que incluso amenazó con ir a hablar con la doctora, aunque Flor sabía que no lo haría. Su marido se había empeñado en tratar ese tema como si fuera irrelevante, confiando en que terminase siéndolo, y no llevaría a cabo ninguna acción activa al respecto. Entonces Bonnie empezó a hablar del agosto que Flor pasaría en París con mucha ligereza, como si ya estuviese decidido, y Bob se quedó sin aliados. Estaba perplejo. Solo faltaban unos días para que su padre llegase desde Nueva York, pero no podía dejar a su mujer sola en París, no podía llevársela en aquel largo viaje de negocios y tampoco quería que su padre viese en qué se había convertido Flor, o su matrimonio. Dependía de Bonnie, cuya influencia rara vez fallaba. Después de un tiempo comprendió lo de Deauville. Bonnie supo que lo comprendía. La mujer recordó la filosofía de la abnegación que había predicado y que permanecía agazapada en un rincón de sus vidas como un pajarillo que muda las plumas. De ser capaz, Bonnie reprimiría esa vieja proyección de sí misma, que seguía ahí, indestructible como el animal que presencia y narra una fábula. Ahora Bob la ignoraba. Le había dado la espalda y estaba mostrándole a Flor imágenes de vacaciones con un entusiasmo acelerado: España, Portugal, Portofino, Lausana y Escocia, estridentes como los carteles e igual de insustanciales, pasaban ante sus ojos y desaparecían. «Tengo que

quedarme aquí», dijo ella. Fueron las únicas palabras que le arrancó.

Ante la insistencia de Bob, Bonnie se vio invadida por la aterradora idea de que Flor acabase decidiendo no quedarse sola y la obligara a llevársela a Deauville, algo completamente inviable, habida cuenta de lo rara que se había vuelto: a saber lo que podría decir o hacer. Siempre había sido una chica temperamental, de carácter impredecible, pero esa era la personalidad que se correspondía con su cabello cobrizo. Además, había sido guapa, y una chica guapa suele salirse con la suya. Sin embargo, desde primavera, su hija se le había empezado a ir de las manos: se vestía de forma rara y parecía un espectro. Si hiciese algo estrambótico delante de la gente de Deauville, Bonnie se sentiría tan abochornada que querría que se la tragara la tierra. Si Flor y Doris Fischer hacían buenas amigas, quizá su hija se quedase de mejor gana en París, ocupada en todo tipo de cosas sensatas: charlar con la doctora Linnetti, visitar sastres con Doris, tomar almuerzos ligeros a base de tortilla y fruta, etcétera. La dieta tenía una importancia capital en el equilibrio mental, pues uno es lo que come. «La amistad es importante», decía Bonnie, sin perder de vista a Doris. Amistad, descanso, buena comida y libros relajantes. En otoño, Flor sería otra.

Flor la escuchó y pensó: «Y yo que antes creía que mi madre era Dios».

Quedaban cinco días. Bonnie iba con el agua al cuello con los preparativos y su semblante expresaba auténtica desesperación. Había dejado para el final algunas cuestiones fundamentales, como el pelo, las uñas y los masajes, y apenas podía lidiar con el ajetreo. No obstante, en aras de cultivar la importante amistad entre Flor y Doris, un día aceptó la sugerencia de la chica para ir a dar un paseo las tres juntas. A Doris le gustaba deambular por París, pero, cuando iba sola, le daba la sensación de que los magrebíes la perseguían. Y, la verdad fuera dicha, sería como ganar la lotería: podrían sujetarla, drogarla, enviarla a Casablanca y obligarla a trabajar en un burdel. Incluso en Nueva York, nunca había cogido un taxi sin antes comprobar que la ventanilla podía bajarse. Excepto por aquel entrañable temor, era una mujer bastante sensata.

Una tarde, las tres mujeres fueron en taxi a la Place de la Concorde y caminaron hasta el Pont Neuf. Pasaron al margen izquierdo del río cruzando

por la punta de la Île de la Cité. Era un día caluroso y transparente, típico de la adormilada París estival, con un cielo blanquecino contra el que se recortaban los puentes y los árboles trémulos. Flor se había soltado la larga melena y llevaba sandalias. Parecía salvaje y a la vez urbana; falsamente artificial, como una gitana en un musical. Bonnie, la más baja de las tres, caminaba entre las dos jóvenes. Solo era consciente de ser más baja que Flor. Es curioso comprobar de repente que se es más bajo que la persona sobre la que se ha tenido un control absoluto. Bonnie caminaba con ligereza, procurando mostrar una actitud juvenil. A Doris, alta y rubia, su cara le parecía picuda y delgada, como la de un pájaro. «Un pajarillo malvado», se corrigió mentalmente, pues Bonnie tenía algo que no le gustaba un pelo. Doris llevaba el vestido camisero, estándar e impoluto, que madre e hija habían empezado a considerar su uniforme del día a día. A Bonnie se le ocurrió que su sombrerito azul le quedaría bien, y se preguntó cómo ofrecérselo. De cuando en cuando, Doris comentaba que hacía un día precioso y que se lo estaba pasando la mar de bien. Le costaba creerse que estaba viva y en París. Era como esa sensación que se tiene después de comer como Dios manda, explicó, sincera, pues deleitarse con una buena comida superaba todos los placeres que había conocido hasta el momento. Aunque ni Flor ni su madre respondieron, Bonnie supo al instante, sin necesidad de cruzar una mirada o apretar la mano de su hija, que ambas habían reaccionado igual a las palabras de Doris. Años más tarde, aquel sería uno de sus recuerdos más angustiosos. Olvidó cuándo, dónde y con quién estaban; solo recordaba que un día indeterminado, mientras cruzaban un puente, tuvo un momento de comunión con su hija amada y perdida.

Flor se estaba permitiendo observar en relieve, cambiando continuamente el enfoque de sus ojos, aunque sabía que era peligroso. El ingenio humano mantenía oculta la decadencia de París. La hiedra bajo Notre Dame se había abierto paso a través de la capa de pintura de los edificios; era el frágil revestimiento de las ruinas de una ciudad. La invasión de extranjeros recordaba a los autobuses turísticos que llegaban a Pompeya, desorientados y fuera de lugar, haciendo fotos con sus cámaras, intentando, en vez de vivir el día, fijar en el recuerdo un día que no era suyo. Aquello tenía tan poca

relación con el presente que Flor comprendió con claridad algo que ya había empezado a sospechar: allí no había presente, y aquellos desconocidos hacían bien en grabar, en mirar fijamente, en soltar risitas nerviosas, con la incomodidad propia de la persona sana que visita un hospital, con ese miedo impreciso de que surja una enfermedad latente que lo obligue a quedarse. El corazón se le había salido del pecho y le latía a flor de piel. El olor de sus manos le resultaba nauseabundo. Nadie lo sabía.

Cuando llegaron a la otra orilla, Bonnie decidió que ya habían caminado suficiente y se puso a buscar un taxi, pero Flor dijo que quería continuar. Las otras la siguieron; tres mujeres paseando junto al Sena un día de verano.

—Por aquí hay un escaparate por el que se asoma un caballo —dijo Florence con seriedad—. Quiero verlo.

Bonnie rezó para que Doris no la hubiese oído. Ya no podía hacer nada. Los ojos de su hija estaban abiertos como platos y reflejaban claramente su angustia. Sus labios se movían. Bonnie siguió caminando entre las dos jóvenes para que cualquier conversación pasara por ella, por así decirlo.

—¿No paseamos por aquí cuando era niña? —preguntó Flor.

Flor nunca hablaba del pasado. Que empezase justo entonces resultaba inquietante. También estaba la cuestión del sitio y la hora: eran las cuatro y Bonnie tenía cita con la modista a las cinco.

—Cariño, cuando vinimos a París ya eras mayor, ya lo sabes —respondió.

—Estaba convencida de que solíamos venir por aquí a ver el caballo.

La situación era realmente extraña, pero aun así Bonnie no pudo evitar lanzarle a Doris una mirada nerviosa y patética, como si dijera: «Antes solíamos hacer cosas juntas, antes éramos amigas». Seguían caminando por el Quai de Montebello cuando Flor las obligó a cruzar la calle y las llevó junto a un gran escaparate que hacía esquina. En efecto, había un caballo, un caballo disecado. Al parecer, Flor no estaba tan loca.

Una mujer estadounidense, vestida al estilo de Doris, se encontraba frente al escaparate, agarrando a un niño de la mano. El marido estaba en cuclillas en la acera, armado con su cámara, intentando encuadrarlos a todos — mujer, niño y caballo—. El crío llevaba una camisa estampada a juego con la de su padre, y sus gafas de carey eran idénticas, aunque más pequeñas.

Parecía una reproducción en miniatura de aquel hombre. Los ojos entusiasmados de Doris revelaban que aquello era divertido, pero Bonnie estaba demasiado preocupada por Flor, que miraba fijamente, aterrorizada, ora al niño, ora al caballo. Había empalidecido y una capa de sudor le cubría las mejillas.

—¿Qué hace ahí el caballo? —preguntó el niño.

—No lo sé. Está muerto —respondió la madre, con voz monótona y aburrida.

—Eso no es verdad —dijo Flor con brusquedad—. Está protegiendo la tienda. Por la noche sale y galopa junto al río, engalanado con arneses blancos y rojos. De madrugada se lo ve por los parques, cuando cierran las puertas.

Doris, sumándose a lo que creía el juego de una mente fantasiosa, preguntó:

—Pero si las puertas están cerradas, ¿cómo puedes entrar para verlo?

—¡Buena pregunta! —gritó Bonnie en tono alegre.

Ni siquiera sabía lo que estaba diciendo. Su único objetivo era alejar a Flor de allí, o hacer que los tres turistas boquiabiertos se alejasen de ella.

—Sí que vinimos aquí cuando era niña —dijo Flor, llorando y aplaudiendo—. Me acuerdo de este caballo, estoy segurísima. Incluso cuando jugaba en el jardín de casa, me acordaba de que estaba aquí. —Vio los frondosos túneles de las Tullerías en un día de otoño, y el caballo al galope, pero no fue capaz de verbalizar esa imagen de tormento, nostalgia y dolor insoportable.

—Ay, cariño —dijo su madre, y también se echó a llorar.

Había algo en esa escena que recordaba a los viejos tiempos, cuando su relación era emocional y muy estrecha. Sin embargo, aquella cercanía acabó convirtiéndose en una trampa, y ahora ambas pensaban: «De no ser por ti, mi vida habría sido diferente. Ojalá hubieras salido de mi vida en el momento oportuno».

Doris pensó que era una niña mimada, que montaba un numerito a la mínima. También se dijo: «Soy como una hermana, parte de la familia. Dicen cualquier cosa delante de mí».

Quizá estuviera en lo cierto, porque pareció totalmente natural que Doris llamase a un taxi, las llevara a casa y metiera a Flor en la cama. Incluso pidió una buena taza de café para cada una, desempeñando ante la cocinera el inofensivo papel de muchacha eficaz. Solo habían pasado unos pocos días, pero era como si las conociese desde hacía años. Llegó a sus vidas arrastrando su existencia como un abrigo empapado, y nadie hizo el más mínimo gesto para mantenerla a raya. Las tuteaba, estaba al tanto de las preocupaciones de

Bonnie y le había comentado por encima muchas de las suyas. Bob la apodaba «Cara de Luna» por la redondez de su rostro y de sus ojos marrones. Aquella primera impresión de frescura estadounidense se había esfumado. Parecía que unos ratones hubiesen estado trasteando en su pelo. Llevaba los vestidos camiseros sujetos con alfileres y los dobladillos cosidos con hilos de colores que no conjuntaban. Llevaba ridículos bolsos de paja con flores falsas entrelazadas en el asa y parecía escoger su ropa con tres objetivos en mente: no debía costar más de la cuenta, debía parecer que cualquiera podría llevarla y debía ser apropiada para una chica de dieciséis años. Doris no encajaba en sus vidas ni en el verano parisino. Parecía sacada de una ciudad anónima y anodina, repleta de concesionarios de coches de segunda mano. Se sentó junto a la cama de Flor, inclinada hacia delante, rodeándose las rodillas con los brazos.

—Sé cómo te sientes, en cierto sentido —le dijo—. A veces estoy tan deprimida que, francamente, ni siquiera tengo ganas de salir a la calle. Me siento como si llevase escrito en la frente que me pasa algo. Me da la sensación de que la gente se pondrá a criticarme de un momento a otro, y me apartará porque soy infeliz y la infelicidad es contagiosa.

Mientras decía eso, parecía afable y animada. Acababa de llegar desde un mundo distinto, en el que quizá las penurias generalizadas se daban por sentado. Bob sostenía que Cara de Luna era idiota, y Flor, a falta de opinión propia, estaba de acuerdo. Sin embargo, ¿acaso era ella superior? Habría dado cualquier cosa por ser una triunfadora, por formar parte de esa gente apabullante y crítica.

Flor no tenía mucho que ofrecer, así que Doris se concentró en Bonnie. Lo

intentaría con todos los miembros de la familia y solo el fracaso más absoluto la ahuyentaría. Al menos, dentro de esa familia, por muy penosa y pobre que fuese su condición, sentía que estaba en algún sitio. Había tenido miedo de no llegar a conocer a nadie en París. Hablaba muy poco francés y nunca había querido irse a vivir al extranjero. Sin embargo, no tardó mucho en comprender que, aunque ellos llevaban ya años allí e incluso usaban de vez en cuando palabras en francés en sus conversaciones familiares, no tenían contacto con la vida francesa. Al parecer, Bob y Bonnie salían por ahí, pero no llevaban un estilo de vida como el que Doris —tan sincera, tan interesada en la faceta social— habría querido. No obstante, disfrutaba de aquella nueva intimidad que había surgido entre Bonnie y ella. Aprovechó los pocos días que quedaban hasta su marcha para tomar el té con ella cada tarde, mientras la mujer preparaba el equipaje sin tregua. Se encerraban en la habitación de color ostra —Bonnie solía estar en enaguas porque el vestido le parecía un obstáculo psicológico cuando tenía algo que hacer— y cotilleaban mientras hacía las maletas. Doris se sentaba en el suelo, pues las sillas estaban repletas de vestidos que Bonnie quizá se llevase a Deauville, o quizá no. La mujer se cuidó muy mucho de que se le escapara el nombre de su anfitriona, movida por una suerte de desdén inverso hacia Doris, que se percató *ipso facto*. Aquello no le sorprendió. Se imaginaba todo tipo de títulos y tratamientos de cortesía, y pensó que Bonnie habría sido una persona más agradable y franca si hubiese aprovechado sus oportunidades para trabar amistad con profesores universitarios y sus esposas.

A Bonnie no le importaba un bledo lo que Doris pensara de ella. Todo le parecía insignificante en comparación con la creciente extravagancia de Flor y con su huida precipitada y cobarde. Le habló de Flor y de cómo su hija magnificaba sus fracasos, los de Bonnie, en las sesiones con la doctora Linnetti.

—Todos los hijos odian a sus padres —respondió Doris, encogiéndose de hombros ante ese cliché. Estaba cosiendo las asas de las maletas de Bonnie y cortó un hilo de un mordisco. Había temas en los que se permitía adquirir cierto tono de superioridad. Aquella gente tenía posibles, pero era hartamente ignorante. Solo Bob se había graduado. Por lo que Doris pudo intuir, Flor

apenas había llegado al instituto. Ella, en cambio, estaba orgullosa de su educación, del bagaje de conceptos con los que iba toda ufana por la vida, como con un cochecito con gemelos. No sabía que la distancia más corta entre dos puntos es la línea recta, pero tenía muy claro que «hostilidad» es la palabra fundamental en las relaciones humanas y que un hombre con un absceso dental solo se está castigando a sí mismo.

—Pues yo adoraba a mi madre —replicó Bonnie—. Así te lo digo.

—No te has enfrentado al tema. O eso o no te acuerdas.

Bonnie se acordaba de otras cosas: se acordaba de sí misma, de Bonnie, con treinta y siete años, con su nombre enfangado, prometiéndole a Flor que no volvería a mirar a un hombre, jurándole que podría contar con ella durante toda su vida. En su fuero interno sabía que era una promesa temporal, y se dijo: «Aún me quedan cinco años buenos». A los cuarenta y dos pensó: «Mi vida aún no ha acabado. Aún me quedan cinco años buenos». Y así fue posponiendo su felicidad, de cinco en cinco años, hasta que Flor se casó y empezó a llevar una vida de ensueño. Y ahora tenía cincuenta y dos. Quería que Flor se aguantase, que se portara bien y no la necesitase justo ahora, justo en ese momento. La zarandeaban las dudas: ora ansiaba su seguridad, ora la atribulaban el remordimiento y la turbulenta idea de haber fracasado. Dejó a Doris sentada en el suelo y fue a la habitación de su hija. Flor estaba tumbada en la cama, con los ojos abiertos como platos y una revista al lado. Siempre tenía una revista a mano para poder fingir que estaba leyendo si alguien entraba. A nadie le gustaba su costumbre de quedarse tumbada, inmóvil en la penumbra.

Bonnie se sentó en el borde de la cama. Habría querido decirle: «Flor, he tenido una vida de perros. Tu padre era católico. Me obligó a hacerme católica y a creer en un montón de cosas, y luego él dejó de serlo y se divorció de mí. Y ahí no acaba la cosa, eso es solo una parte». Pero lo que le dijo fue:

—Cariño, no voy a sugerirte que veas a un cura, porque sé que no lo harás. Pero coincido con Bob y creo que la doctora Linnetti no te ayuda en nada. Si de todas formas vas a quedarte aquí en agosto, deberías ver a otro especialista. Mira, yo conocía a un doctor...



—Ya lo sé —dijo Flor, con la aversión avivada.

Sin embargo, Bonnie no se refería a esa antigua y calamitosa aventura. Hablaba de un profesional muy serio que ejercía en Neuilly. Los ojos de Flor la alarmaron. Pasó la yema de los dedos por la revista que las separaba y pensó en el otro doctor, en su amante, preguntándose cuánto habría visto Flor en aquella época, con once o doce años. Se diría que había estado mirando fijamente al sol de lo oscura que le parecía ahora la habitación.

—Mira —le dijo Flor—, estoy perfectamente y no necesito a un cura. Escúchame, mamá, estoy bien. Tengo un poco de anemia, por eso estoy pálida. ¿Es que no te acuerdas de que siempre he tenido un poco de anemia?

Flor había dicho lo que Bonnie quería que dijese.

—Ah, es verdad —respondió la madre de Flor con entusiasmo—. ¡Sí que me acuerdo! Ay, corderito mío, ¿te acuerdas de ese asqueroso hígado picado que tenías que comer de pequeña? Tenías anemia. Ya me acuerdo.

—Por eso me canso —dijo Flor con suavidad—. Luego está la doctora Linnetti, tres veces por semana. Eso también resulta agotador, me desgasta. Así que me tumbo en la cama. Quedarme sola en agosto será fantástico. Me pasaré todo el rato tumbada. Es solo que tengo anemia, mamá, ya lo sabes. Bonnie miró a su hija con ojos dulces y entusiastas. De haber tenido el valor, le habría gritado: «Sí, repítemelo, haz que me lo crea».

Esa era la faceta encantadora de Flor. Sabía ser muy sensata y explicarlo todo como si hablase con un memo. Sonreía, diciendo «No te preocupes por mí», y tú pensabas «Flor sabe lo que se hace. Está bien».

«En cualquier caso», pensó Bonnie, «era una pena que solo tuviera veintiséis años y ya no estuviese tan guapa».

Bob Harris lo tenía clarísimo y se mantenía en sus trece. Quería que Flor se marchara de París durante las próximas cuatro semanas. A veces hablaba de Cannes, porque a ella le gustaba el mar. Mencionó Deauville de pasada, pero Bonnie puso mala cara. Él sabía que no se trataba solo de pasar el mes de agosto, pero no les quedaba tiempo para más. Su padre había llegado de Nueva York. Era un anciano apacible que tampoco había deseado aquel

matrimonio. Pareció no ocupar ningún espacio en el apartamento y trajo regalos generosos para todo el mundo. Bonnie hizo todo lo posible por agradarlo, pero fue en vano. Intentó tratarlo de igual a igual, como a un padre que compartiera con ella la responsabilidad de cuidar a unos hijos jóvenes y necios, pero eso también falló, y acabó rindiéndose. Sentía que la desaprobación de esa pareja era un privilegio reservado para su familia, y que los Harris se estaban extralimitando. El anciano vio a Flor, su silencio, su expresión ausente, y pensó que tenía un amante y que su palidez se debía al sentimiento de culpa. Esos jóvenes llevaban solo un par de años casados; le parecía una historia triste y miserable. No tenían hijos ni conversación. «Ya se lo advertí», se dijo, pero no se obcecó, pues no quería que su único hijo se distanciara de él. Su tristeza apacible los afectó a todos. Se mostraba levemente respetuoso y tenía mala cara: su piel había adquirido esa transparencia azulada propia de la leche desnatada. A Bonnie le daban ganas de gritarle: «¡Yo no quería a su hijo!». Se preguntaba por qué el anciano se empeñaba en ser tan puñeteramente elegante. En la cabeza de Bonnie no había ninguna diferencia social entre un comerciante de vino judío y el viejo contrabandista que trataba con su exmarido treinta años atrás.

Bonnie y su yerno se aliaron para evitar que el anciano se percatase de la auténtica situación. Ella siempre se mostraba dispuesta a aunar fuerzas cuando su existencia común se veía amenazada. Deploraba aquel matrimonio y creía que Flor podría haberse casado con alguien mejor, pero la mayor parte del tiempo, en su fuero interno, estaba agradecida. Adoraba el dinero de los Harris y habría estado dispuesta a lavar los pies de todos los Harris, a diario, si hubiese formado parte del acuerdo. Siempre hubo un pacto tácito y antagónico con Bob, algo que Flor nunca había entendido. La joven no se explicaba por qué Bob era tan amable con su madre. Al principio, cuando aún sentía curiosidad e intentaba comprender las cosas, supuso que el respeto por los padres formaba parte de la idiosincrasia judía. Sin embargo, aquel era un tema que su marido siempre evitaba. La evasión estaba grabada a fuego en su personalidad. Cuando una conversación tomaba un cariz que no le gustaba, hacía un característico ademán evasivo

con la cabeza y el cuerpo. Ese era otro de los motivos por los que lo habían apodado la Foca.

La fachada que mostraban ahora era prácticamente impecable; era posible que hasta consiguiesen engañar al anciano. Para llegar a ese nivel, se habían visto obligados a mirarse a la cara, y esos momentos, rayanos en el horror, rayanos en la perfección, no estaban ensayados. Arrastraban a una reticente Flor a fiestas, a restaurantes o al teatro. En ocasiones, Bob y Bonnie llegaban a creerse la situación fingida, y se decían, sorprendidos: «¿Ves? ¿A que la vida puede estar muy bien?». Flor parecía bastante normal; solía quejarse de que estaba cansada, pero muchas mujeres son así. Un día, fueron de excursión a Montparnasse. Bob compró postales y conocieron a un joven artista que Bonnie había descubierto. Dijo que era polaco, pura genialidad. La salida acabó mal, pues Bob se irritó al enterarse de que Bonnie había prometido ayudar al joven sin consultárselo. Su estudio era como muchos otros en París: había una estufa de leña llena de la ceniza de todo un año, y los cuadros que les enseñó eran fríos y anodinos. También vieron un dibujo halagador de Bonnie clavado en la pared. El pintor hablaba como si debiese su dicción a un minucioso estudio de las antiguas películas de Charles Boyer. Tenía una voz de pera madura y acento francés.

—No me gusta un pelo —dijo Bob, mientras regresaban a casa—. Es un mindundi, pinta como una niña. Y, en cualquier caso, es un farsante. ¿A qué viene ese acento? No es más que un chaval de Nueva York.

—Lleva muchos años viviendo aquí —respondió Bonnie, encrespándose como un ave que protege a sus polluelos.

—Por muchos años que viva aquí, mi voz no va a cambiar —replicó Bob—. Está asustado, le aterra ser lo que realmente es. Si hablase con naturalidad, no sería Michel Colbert. Colbert, Colbert. ¿Qué es eso?

—¿Y qué es Harris? —preguntó Bonnie, temblando.

No se dijo nada más, ni una palabra. El silencio los zarandeaba como olas. El ascensor del edificio tampoco funcionaba ese día, y Bonnie se agarró a Flor para subir las escaleras.

—¿Es que he hecho algo malo? —susurró con voz entrecortada, pellizcando el brazo de su hija.

Flor no llevaba ni un minuto tumbada cuando su marido entró en la habitación y cerró de un portazo. Se detuvo junto a ella y le preguntó:

—¿Se puede saber por qué no me has defendido?

—No estaba escuchando —respondió Flor, aterrorizada— y no he dicho nada.

—Eso es precisamente a lo que me refiero. ¿Qué crees que pensaré mi padre?

Sin embargo, lo dejó ahí; ya le habían arrebatado demasiado y no quería estropear lo que le quedaba. Flor parecía asustada, mirándolo desde abajo, acurrucada en la cama como una chiquilla, y él sintió una compasión inmensa por ella y por todos ellos. La habían arrancado de la cama para hacer esa visita inútil al estudio y ahora él tenía que sacarla otra vez. Era una chica enferma, no debía olvidarlo. Se sentó en el colchón, ligeramente girado hacia ella, y le dijo con voz suave:

—Mira, tenemos que salir a cenar.

—Ah, no, no.

—Es con mi padre y varios amigos suyos —dijo—. Sabes de sobra que tengo que ir. Nos han invitado. Bonnie viene. —Con eso quería decir que Bonnie comprendía las obligaciones de la vida.

—Prefiero no ir.

Estaba cansadísimo, y eso que no había sentido cansancio en su vida. «No deberías tener que suplicarle a tu mujer cosas tan sencillas», pensó. Pero lo que dijo fue:

—Te vendrá bien.

—Ya he ido al estudio —respondió ella, con tono quejumbroso.

—La gente va muchas veces a dos sitios distintos en un mismo día —dijo él—. No es tarde, es verano y aún hace sol. Si abrieses los postigos lo verías. — Estaba convencido de que a ella le daba miedo la oscuridad. Sin embargo, la luz y la oscuridad no entraban en el ámbito de sus miedos. Flor movió la cabeza, incapaz de hablar. Él le habría tomado la mano, pero ya nunca la tocaba. En primavera había empezado a rogarle que la dejase dormir. Se comportaba como una prisionera a la que despertaban para un interrogatorio. Le prometía que al día siguiente, o por la mañana. En

cualquier otro momento, menos en ese. Un día la despertó al amanecer y se sintió humillado al comprobar en lo que se habían convertido, acordándose de Cannes y del verano en que se conocieron. No era algo de lo que pudiese hablarle, así que no la volvió a tocar. Ahora ya ni siquiera la podía mirar. Su pelo, desparramado sobre la almohada, era una parodia de lo que fue Cannes. Al igual que las ventanas cerradas.

Flor sintió su presencia. Aunque había cerrado los ojos, retenía su imagen bajo los párpados. Su cuerpo ligeramente girado. La espalda y la silueta de la cabeza recortándose contra la tenue luz estival que se colaba por las rendijas de los postigos. Él tenía una mano apoyada en la cama, y evocó el recuerdo de sus manos, muy pegadas sobre la arena caliente. Cuando Bob movió la suya para posarla sobre la de Flor, la marca de la palma se había quedado en la arena y, como ambos eran supersticiosos, la habían borrado instintivamente.

—¿De verdad estás tan cansada? —preguntó él, con una voz tan abatida que a ella le dieron ganas de ayudarlo.

—Ya te lo he dicho —respondió—. Tengo miedo.

Ya le había hablado sobre su miedo a los coches, pero él no acababa de creérselo. Él nunca había conocido el miedo: era la foca de circo a la que siempre habían aplaudido y aprobado. Intentó pensar en algunos de los motivos más sensatos por los que tener miedo.

—¿Te da miedo la próxima guerra? Es decir, ¿piensas en las bombas y todo eso?

Flor negó con la cabeza sobre la almohada.

—No tiene nada que ver con eso. No pienso en la guerra, estoy acostumbrada a la idea, como todo el mundo. —Flor volvió a intentarlo—: ¿Te acuerdas de aquella vez que íbamos paseando y, al pasar bajo el puente, vimos a aquel joven cosiendo a patadas a un hombre? El tipo estaba tirado boca abajo.

—¿De qué sirve pensar en eso? —preguntó él—. Siempre habrá personas que cosan a patadas a otras. No puedes responsabilizarte de todo.

—¿Por qué no se levantó, al menos? Tenía los ojos abiertos.

Bob temía que preguntase: «¿Por qué no lo ayudamos?». La trifulca

parecía igualada y grotesca mientras la presenciaban desde lejos. Además, cuando vives en un país extranjero, aprendes a no meterte en asuntos ajenos. Sin embargo, todo ese razonamiento se quedó en el aire. Bob sabía que ella estaba haciendo un esfuerzo titánico para rehusar la invitación a salir, y dijo algo en lo que no había pensado hasta ese momento y que parecía irrefutable:

—No sabemos qué le había hecho el hombre. —Quizá ella aceptó su respuesta, pues se quedó en silencio—. Me alegro de que hables conmigo —dijo él con tono humilde, aunque sentía que Flor le estaba echando la culpa.

—Me dan miedo ese tipo de cosas —dijo ella.

—Nadie te va a arrastrar debajo de un puente para coserte a patadas. —La miró con curiosidad, pues Flor había puesto una voz falsa, aunque no de la misma forma que Bonnie. En cualquier caso, parecía que alguien estaba hablando por ella.

—A veces, cuando quiero hablar —dijo con esa misma voz—, algo se interpone entre mis pensamientos y las palabras. —En aquel momento se aborreció a sí misma. Estaba segura de que desprendía un olor repugnante. Era la pelirroja enferma, el pequeño zorro tembloroso y moribundo—. Es por la anemia —soltó con brusquedad—. La sangre no me llega bien al cerebro.

Él, siguiendo un impulso más fuerte que el orgullo, ya la había tomado de la mano. Era una mano caliente y seca, la mano de alguien que él conocía. Cuánto la había querido. Intentó reconstruir su pasado en común, no desde el punto de vista sentimental, sino como una estructura viva compuesta de pelo, piel y aliento. El esfuerzo superó su imaginación y terminó por resultar repugnante. Le pareció enfermizo, nocivo. Y sin embargo, al recordar, le dijo «Yo te quiero», aunque estaba pensando en el verano cálido y borroso de Cannes, y en las paredes blancas de su habitación cerrada en una tarde abrasadora, a su regreso de la playa con Flor. Vio la marca de sus dedos en el hombro moreno de ella, y pensó que sabrían a sal. De repente, le entraron ganas de vomitar. Tenía la boca llena de saliva. «Voy a volverme loco», pensó. Lo horrorizaba la sensibilidad de la herida; recordó lo que se sentía al estar perdidamente enamorado.

—Será mejor que vengas —le dijo—, te sentará bien. Ya verás como no hay

nada que temer. —Con esas palabras les permitió retomar sus nuevos papeles: la mujer tediosa y el marido paciente.

Nunca había insistido tanto hasta entonces, pero el retiro de su mujer le había arrebatado demasiado, y él, inconscientemente, había estado construyendo sobre lo que quedaba: su dinero y su encanto. Era incapaz de dejar de cautivar a las personas. La conserje tardaba varios minutos en reponerse de su saludo diario. Esos elementos —la importancia de los negocios, su poder de atracción— se retiraban como el mar, dejándolo varado y sin mujer.

La crisis de Flor había pasado. El animalito de hocico puntiagudo que habitaba en su interior se había dormido. Miró a su marido y comprendió que, en ese momento, lo que quiera que lo protegiese lo había abandonado; le pareció que estaba en un estado lamentable, sin ninguna confianza. Ella podría haber dicho «Perdóname» o incluso «Ayúdame», y la situación entre ellos habría sido distinta, acaso mejor, pero Bonnie entró. Llamó a la puerta y debió de parecerle oír una respuesta. Ni Bob ni Flor escucharon con claridad lo que dijo. El presente entró en tromba, con gran estruendo, pues Bonnie abrió de par en par los postigos, profiriendo una exclamación de enfado, y el amor pasado, ese frágil cáliz, se hizo añicos en el acto.

Bob se puso de pie, y entre Bonnie y él, enemigos que volvían a aunar fuerzas, sacaron a Flor de la cama. «No te lo perdonaré jamás», dijo ella, pero se levantó, se dio un baño y se arregló el pelo. El sentimiento que compartían —Bob y ella— era el alivio: a fin de cuentas, no servía de nada sufrir demasiado. Ningún horror del presente podría compararse con el sufrimiento potencial del pasado. Revivir el pasado, siendo plenamente conscientes de lo que les esperaba, era una prueba demasiado dura para ellos. Habría sido durísimo para cualquiera, pues no contaban con ningún tipo de magia; eran meros seres humanos.

Dos días después, el 4 de agosto, se marcharon todos salvo Flor. La cocinera y la criada ya habían puesto rumbo a la Bretaña, cada cual con su maleta voluminosa y raída. Bob y su padre se fueron en coche por la mañana. Al

despedirse de ella, Bob se mostró expresivo, vulgar y un tanto distraído. Le dio una palmadita en el culo y un beso en la boca. Ocurrió en plena calle, pues ella había bajado a verlos cargar las maletas, como haría cualquier joven al despedirse de unos familiares que se van de vacaciones. Se rodeaba el cuerpo con los brazos, como si hiciese frío. El anciano, ya totalmente convencido de que Flor tenía un amante en París, ni siquiera la miró a la cara. Por la tarde, Bonnie partió desde la estación de Saint-Lazare y Flor también la acompañó. La estación estaba tan abarrotada que solo con gran esfuerzo consiguieron abrirse paso hasta el tren. A juzgar por la actitud de Bonnie, se diría que todo iba como la seda, pura rutina sacada de las páginas de un libro titulado *Quehaceres de la gente cosmopolita*, donde se describía cómo la señora de Robert Harris se despedía de su madre, que se marchaba a veranear a Deauville. Bonnie estaba guapísima. Llevaba puesta una sonrisa pública y le dio a su hija un beso femenino, abrazando el aire.

Flor vio alejarse el tren. Regresó a casa, se quitó la ropa de calle y se puso un camisón con estampado de mariposas. Le había dejado un mensaje a la limpiadora diciéndole que no hacía falta que viniese. Luego fue de habitación en habitación, cerrando los postigos, y se metió en la cama.

Durmió de un tirón hasta la mañana siguiente, cuando sonó el timbre. Doris Fischer estaba en la puerta. Tenía la piel resplandeciente y quemada, y dijo que había pillado una infección de garganta en la piscina del Sena. Representaba la dura y soleada realidad, la antítesis de los sueños. Se sentó junto a la cama de Flor y se puso a hablar, a base de frases inconexas, sobre personas de Estados Unidos a las que Flor no conocía. A mediodía se dirigió a la cocina y calentó un poco de sopa que luego se bebieron en tazas. Después se marchó. Flor se quedó tumbada. Recordó los nombres de las calles en las que había vivido y las habitaciones de hotel en las que había pernoctado. Se incorporó en la cama, apoyándose en el codo, y sacó su cuaderno de la mesita de noche. Parecía el gesto de una inválida que sostiene a duras penas, con una mano pálida, un objeto mágico. No había páginas en blanco. Las había gastado todas con la carta. Miró una página en la que se leía:

«Criadas bailando en la cocina de la tía Dottie Fairlie.»



«Padre Doyle: si miras fijamente al espejo durante mucho tiempo, se te aparece el demonio.»

«El jardinero de la abuela.»

«B. H.: lo único que me gusta de Jesucristo es cuando resucita a la niñita de entre los muertos y pide que le lleven algo de comer.»

Pasó las páginas. Ninguno de esos fragmentos remitía a nada de lo escrito antes o después, y muchos de ellos ni siquiera evocaban una imagen concreta. No se podría añadir nada, aunque hubiese espacio. El principal hallazgo lo había hecho aquella tarde de julio frente al Café de la Paix, y las palabras «siempre ha sido así» representaban la solución plena. Era algo que incluso la doctora Linnetti admitiría.

No podía conciliar el sueño a menos que tuviese los somníferos a la vista, así que colocó la cajita circular sobre el cuaderno y volvió a dormirse. Al día siguiente, Doris regresó. Se sentó junto a la cama de Flor porque Bonnie se había marchado y no quedaba nadie más en casa. El tráfico, atenuado, sonaba como el crujido de un pañuelo de papel, y la habitación estaba verde oscura.

—¿Qué son esas pastillas? —preguntó Doris.

—Aspirinas —respondió Flor—. Me duelen las muelas. Es algo que solo me pasa en Francia, se llama *rage de dents*.

—Yo tengo los dientes bien grandes y nunca me han tenido que poner un empaste —dijo Doris, mostrándoselos—. Eso me viene de mi parte alemana. Es que soy medio irlandesa y medio alemana. Florence, ¿por qué no sales de la cama? Si te quedas aquí tumbada pensando que estás enferma, acabarás por estarlo.

—Sé perfectamente que no estoy enferma —respondió Flor.

Doris supo que había dado con algo.

—Sabes de sobra, huelga decirlo —continuó, mirando a Flor con ojos severos—, que esto es un retiro de la vida.

Por primera vez desde que Doris la conocía, Flor soltó una carcajada. Siguió riéndose hasta que Doris se sumó, con actitud afable, pero un tanto irritada, pues sospechaba que se estaba burlando de ella.

—Tú no te preocupes por mí —le dijo Flor, con toda la lucidez del mundo—.

Soy una heroína victoriana.

—Tu problema —dijo Doris— es que nunca has tenido que enfrentarte a un problema concreto. Como el mío. Como... —Y empezó a desembuchar, aireando los asuntos a los que, hasta entonces, solamente había aludido.

Su marido la había dejado, pero solo durante el verano. Su intención era regresar, y ella sabía que volvería a acogerlo, con lo que ahí debería acabar la cosa. Sin embargo, ahí estaba el quid de la cuestión: Doris no podía dejar de darle vueltas. Ante esa situación se agolpaban recuerdos e impulsos con los que no lograba identificarse, pero que tampoco sabía controlar. Intentando poner orden a través del discurso, se sentó junto a la cama de Flor y le habló de su vida en pareja en Nueva York, que había sido muy distinta. Surgieron nombres: Beth y Howard, Peter y Jan, Bernie y Madge, Lina, inteligentísima, y Wolff y Louis, que siempre los visitaban los domingos y que vivían en un establo, un garaje o algo por el estilo. Eran de una izquierda prudente y tenían trato con varios músicos de *jazz*. Entre sus amigos había chinos, javaneses, peruanos y sirios, y llevaban una vida fantástica. Sin embargo, durante ese año en el extranjero habían ocurrido ciertas cosas y, mientras rodaba un documental para televisión, su marido había conocido a una mujer que estudiaba Egiptología en la Escuela del Louvre.

—No te rías —le dijo Doris, con voz triste, aunque Flor no se había reído en ningún momento.

¿Por qué ocurrían esas cosas? ¿Por qué Doris, que no se había quedado sola en su vida, estaba sola en París? ¿Por qué no seguían en la universidad, o en Nueva York? ¿Por qué, a sus casi treinta años, estaba en el extranjero y todo era un auténtico lío?

—A ver, dime por qué —le exigía Doris.

Flor no tenía respuestas. Yacía en la cama, con su camisón con estampado de mariposas, hasta que Doris llamaba al timbre, haciendo añicos sus sueños.

Doris ocupaba la silla junto a la cama, como si tuviese algún derecho. No había día que no se presentara. Iba a la cocina y abría latas de sopa, pero nunca fregaba la sartén ni las tazas. Siempre sacaba platos limpios del

armario, como si aquello fuese la casa del Sombrerero Loco. E incluso allí llegaría un momento en el que sería imposible moverse. Pero aquí también acabarían gastándose los platos, y entonces Doris tendría que hacer algo: volver a casa, o seguir a su marido, quisiera él o no, o quedarse y fregar. Flor no distinguía con claridad entre el día y la noche, pero sabía que Doris solía ir por las tardes. Le explicaba a Flor que siempre se despertaba bastante optimista, pero que la tarde era un desierto y no podía atravesarlo sola.

Entonces ocurrió un desastre: los somníferos de Flor desaparecieron. Desarmó la cama y enrolló la alfombra, y Doris le echó una mano, guardando un insólito silencio. Era un desastre porque, sin los somníferos en la habitación, sería incapaz de conciliar el sueño. Su anhelo de dormir y soñar adoptó la forma de un bote. Cada día se alejaba de la costa, pero se veía obligado a regresar. Flor había dejado la llave debajo del felpudo para que Doris pudiese entrar a su antojo tras llamar una vez al timbre a modo de aviso. Un buen día, madrugó y metió la llave en casa. Oyó el timbre, pero no respondió. Luego volvió a sonar, y la propia Doris también llamó a la puerta, pero Flor permaneció tumbada, con los ojos cerrados. En una ocasión, el imperativo timbre la sorprendió en la cocina, mientras buscaba distraídamente algo de comer. Había latas vacías por doquier —Doris las habría abierto sin consultarle—, y tazas sucias y un paquete de galletitas abierto y con su contenido desparramado. Encontró una caja de copos de maíz, una jarra con un culín de leche cortada y un paquete pegajoso de dátiles. En un armario de la despensa había más latas. Abrió una de champiñones, se los comió con los dedos y volvió a la cama. Aquello parecía la escena de un robo. Era mediodía, pero la luz estaba encendida y los postigos de la cocina, como en las demás habitaciones, cerrados. La búsqueda de comida de Flor era furtiva y titubeante, entre otras cosas porque la cocina no era su territorio y rara vez entraba. Cuando Doris llamó, se quedó de piedra, inmóvil en su camisón, con la cabeza inclinada hacia atrás y el corazón latiéndole con golpes lentos, contundentes y dolorosos. Por un instante temió que Doris tuviese una llave mágica y pudiera entrar a su antojo. Sintió el peso y el calor de su melena espesa; tenía el cuello empapado de miedo.

El timbre dejó de sonar. Pasó esa tarde entre el sueño profundo y el duermevela, y tuvo su primer sueño de verdad, en el que flotaba y navegaba, alejándose. Fue agradable, luminoso y levemente erótico. Aparecía el rostro de un ruso con el que, en una ocasión, su madre y ella habían charlado en un hotel. Recordó que al ver un torbellino hay que desafiar a Satanás y persignarse. Abrió los ojos con interés y asombro. Había acompañado a alguien mientras iba exorcizando una habitación tras otra. No estaba asustada, ni mucho menos, pero tenía medio cuerpo fuera de la cama.

Ahora el edificio estaba vacío. Oía a la conserje fregar las escaleras y durante el día la luz se colaba por las rendijas de los postigos. Por las noches se ponía más contenta, pero sus planes se frustraron con la desaparición de los somníferos. En una ocasión, su marido llamó por teléfono y ella le habló con gran cordura, aunque luego no se acordaba de lo que le había dicho. Revolvió de nuevo toda la habitación y no encontró ni rastro de las pastillas. Pero bueno, acabarían apareciendo. En cualquier caso, tenía quehaceres pendientes, como cerrar armarios, ordenar cajones y guardar medias. Sabía de sobra que sería incapaz de estar en paz consigo misma hasta dejarlo todo ordenado, y agosto iba avanzando. Cada día se encargaba de una cosa útil. Estaban las sandalias doradas que Bonnie quería llevar al zapatero y que había dejado sobre un baúl del vestíbulo para que Flor las viese al salir de casa. El vestíbulo no era su sitio, y la necesidad de encontrar un lugar idóneo para las sandalias rotas la tuvo alejada de la cama durante toda la tarde. Llevó las sandalias de acá para allá, por todo el apartamento, de una habitación cerrada a otra. No llegaba ningún ruido de la calle, y al entrar en la habitación de su madre se le olvidó qué hacía ahí y dejó las sandalias en una silla. Así fue como Bonnie las encontró, una en la silla, la otra en el suelo, con la correa rota cual ramita, unos centímetros más allá.

Una vez le había dicho a la doctora Linnetti que su marido era el amante de su madre. Había descrito, con voz sosegada, la escena del descubrimiento. Una noche él volvió a casa de madrugada y, en vez de dirigirse a su habitación, fue a la de Bonnie. Sabía que era él porque reconocía sus pasos y porque las palabras que aquel hombre usó eran las suyas. Oyó a su madre susurrar y reír.

—Luego —le explicó Flor— intentó estar conmigo, pero me negué. No, nunca más.

Un mes más tarde, le dijo:

—Aquello no era verdad, lo de Bob y mi madre.

—Ya lo sé —respondió la doctora Linnetti.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Flor, temblando en la habitación de Bonnie—. ¿Cómo lo sabe?

Se vio reflejada en un espejo alargado, con su largo y holgado camisón con estampado de mariposas. Parecía una modelo de piel pálida y rosada sacada de la portada de una revista de moda, una elegante y dulce figurita de porcelana que sugería que bastaba con

ser deseable, que el sueño del amor es preferible al amor de la vida real.

—Podrías cortarte el pelo —dijo Bonnie.

—Sí —respondió Flor—. Te encantaría, ¿eh?

Las ventanas de Bonnie estaban cerradas, y las cortinas de seda color ostra, con flecos, echadas. Sin embargo, aún se filtraba en la habitación la luz lechosa de agosto, en la que Flor, la soñadora, flotaba como una semilla. Bonnie no se había marchado por completo a Deauville, pues su olor —esa fragancia de criada española, que se compraba en botellas carísimas y que ponía los pelos de punta a Flor— impregnaba la habitación. La joven salió del ángulo de visión del espejo para evitar sentirse observada. Tras abrir un armario a prueba de polillas, miró los vestidos, sin tocarlos, y luego se fijó en la cajita de hojalata con bombones de chocolate, comprada en Holanda. Paseó una mirada distraída por la habitación, en busca de sus somníferos, pero al cabo de un rato se le olvidó lo que estaba haciendo allí y regresó a la cama.

Sabía que el tiempo iba pasando y la ciudad se vaciaba, pero aún no había alcanzado los sueños que anhelaba. Un día abrió los postigos de su habitación y la tarde estival bañó su rostro blanco y su pelo enmarañado. Tuvo la sensación de que el verano estaba tocando a su fin: ya había alcanzado su punto álgido y ahora se iría desvaneciendo. La nostalgia inundó la habitación. Nostalgia por el pasado, por el declive del día, por una sombra a través de la persiana, por el miedo al otoño. La estación, más que

concluida, parecía desgastada, como un amor sobre el que se ha hablado demasiado, o un deseo pospuesto. Una acumulación de sombras y estaciones decadentes la transportó a una escena: ¿criadas bailando en la cocina de la tía Dottie? Sostuvo los postigos abiertos con ambas manos, congelada, como si pidiese ayuda; pero no acudió nadie, así que retiró sus brazos delgados y cerró los postigos.

La interrumpió la conserje, que trajo el correo y le preguntó:

—¿Aún no se ha recuperado?

Dejó cerradas las cartas que le había enviado su marido, pues sabía que no tendría nada que decirle, y abrió todas las de la doctora Linnetti: las que iban dirigidas a ella, pero también las que eran para su madre y su marido. Hacía mucho tiempo, había interceptado y hecho añicos la primera carta para Bob: «Su hostilidad hacia mí era de esperar —ah, ¡no tenía un ápice de orgullo!—, pero necesita ayuda». Le sugería el nombre de otro doctor y lo advertía de que era un hombre.

Flor no tenía tiempo para doctores, pues estaba cosiéndose un vestido. Se volvió dinámica y diligente, y decidió hacerse un vestido uniendo el corpiño de uno a la falda de otro. Se pasó dos días cosiéndolo, y en uno más lo descosió, puntada a puntada, dejando las partes en el suelo. Estaba bastante contenta y tarareaba al recordar el título de alguna canción. Entró distraídamente en la habitación de Bonnie. El armario a prueba de polillas seguía abierto, tal y como lo había dejado. Sacó un vestido de cóctel con un exuberante brocado y, con las tijeras de uñas de Bonnie, empezó a cortar las costuras, formando un montoncito de hilos sobre el parqué —habían quitado la moqueta—. Cuando se metió en la cama, logró conciliar el sueño, pero durmió de forma intermitente. No soñó con nada. Habían pasado varios días desde que había mirado el cuaderno. Las plantas se estaban muriendo por falta de agua y la luz de la cocina se quedaba encendida durante todo el día. Por primera vez desde que tenía memoria, le daba miedo la oscuridad. Se despertaba en el corazón de la noche, en un mundo oscuro y vertiginoso, y sentía miedo. Entonces se acordó de que Bonnie había guardado la receta de los somníferos y no tardó en encontrarla en la bandeja inferior del joyero.

Se vistió y bajó las escaleras, temblorosa como una inválida, agarrándose

al pasamanos curvado. La conserje le entregó varias cartas y le dijo algo que Flor no oyó. Salió a la ciudad vacía: el barrio estaba completamente desierto y no había ni un alma en el parque. Se dio cuenta, por cómo le quedaba el vestido, de que había perdido varios kilos. Era el último domingo de agosto e incluso la farmacia a la que fue resultó estar cerrada. El aire estaba cargado e inmóvil, y el color del cielo era invariable. Podrían ser tanto las nueve de la mañana como las cuatro de la tarde. La ciudad había perecido, y todos sus habitantes estaban muertos o lejos de allí. Ya se había percatado de ello un día de julio, mientras cruzaba el Pont Neuf: no habían sido imaginaciones suyas, sino que era cierto. Sin embargo, las ruinas estaban incompletas. Las calles carecían de las grietas por las que despuntarían el eléboro, las lagartijas, las amapolas, la hiedra y los pájaros con sus nidos. Encaramado a una ventana alta había un geranio rojo, el único color de esa calle gris. Había florecido abandonado en su cornisa, como las amapolas y las primulas que surgen en lo más alto de las ruinas gracias al viento y los pájaros que transportan sus semillas hasta allí.

No pasaba ni un coche y pudo cruzar tranquilamente cada calle. La única amenaza posible la representaba una de las cartas que la conserje le había puesto en la mano. Llegó a un café lleno de gente, apiñada en medio de la avenida silenciosa. Se sentó y abrió la carta. Era casi ilegible, pero una frase destacaba con nitidez:

«Voy a escribirle a la doctora Linnetti y decirle que me parece, cuando menos, muy poco profesional por su parte.»

También leyó otra página de principio a fin:

«Quiero que este hombre te vea. Hace algo completamente nuevo. Todo lo que nos parece mental se origina en diferentes partes del cuerpo, y solo hay que ir controlándolas. Cariño, siempre has tenido una gran determinación, estoy segura de que te resultará pan comido. Y no es ese suizo, ni ese ruso, sino alguien revolucionario que ha ayudado a miles de personas. Cuando entró en la sala, todos nos pusimos en pie, como si una fuerza invisible nos impeliese a hacerlo, y,

aunque dijo muy pocas palabras, todas tenían su peso. Es muy atractivo, cariño, aunque eso, por supuesto, es lo de menos. Le pregunté qué opinión le merecía la Caja y me dijo que era un auténtico disparate, así que ya ves, cariño, que no es un impostor. Cuando le hablé de la Caja y le expliqué que pones una gota de sangre en un trocito de papel secante y la Caja te da un diagnóstico, se quedó escandalizado, así que ya ves, cariño, que no es un impostor, ni muchísimo menos. Recuerdo tu desdén cuando la Caja me diagnosticó la disfunción hepática —que todos los doctores creían que era del corazón—, y seguro que te parecerá una garantía que él tampoco crea en esas cosas. Se mostró interesadísimo en conocer tu caso, cariño. Voy a preguntarle a la doctora Linnetti por qué hay que pagar aunque no estés en la ciudad y por qué tiene que haber sesiones en agosto. Este hombre va a ir a París, os tenéis que conocer. No tiene tarifa ni un horario fijo: simplemente vas a verlo cuando lo necesitas y donas lo que puedas a su Fundación.»

La joven percibió algo, una especie de sonido en el tejido de un sueño. Florence apartó los ojos de la carta de Bonnie y comprobó que el sonido era real. En una de las mesas del café, una pareja se reía a carcajadas mientras fingía entregarle una niña a un policía. El agente interpretaba muy bien su papel, haciendo ondear su capa y fingiendo ferocidad.

—Es un bicho —dijo la madre cuando logró contener la risa lo suficiente para hablar—. Me parece que la cárcel es la mejor solución.

Todos los clientes del café se rieron, excepto Flor. Todos abrieron la boca de la misma forma, con los ojos clavados en el policía y la chiquilla. La niña prometió entre gritos que se portaría bien, pero la gente estaba demasiado entretenida para hacerle caso. Aseguró una vez más que sería buena y, de pronto, se puso pálida y rígida, aún en brazos del policía. El agente se la devolvió a sus padres, que la sentaron en una silla.

—De ahora en adelante se portará bien —afirmó el policía.

El rostro fruncido de París se relajó. Así era París; así era Francia. Pero no solo ocurría en Francia. El jardinero de la madre de su madre había desnucado a varios jilgueros. «Si cuentas lo que has visto, te partirá un



rayo», la había amenazado.

—Por cosas como esta —dijo Florence con voz seria, volviendo sobre sus pasos rumbo a casa— no me dan miedo las bombas.

Abrió la puerta del apartamento vacío, y salió a su encuentro esa sensación que reconoció y que necesitaba, pero que había eludido hasta ese momento, y entonces supo que seguía siendo agosto, que seguía estando sola y que aún quedaba tiempo.

—Lo único que necesito es dormir un buen rato —le dijo a la casa vacía.

Metió las cartas cerradas de Bob en el baúl del vestíbulo. Al avanzar unos pasos golpeó con el pie algo que había en el suelo, una carta doblada y pisoteada que alguien había introducido por debajo de la puerta. Estaba sucia, con manchas de suelas y del polvo de la ciudad. Se paseó por el piso con esa carta en la mano; eran tres folios doblados. Cerró todas las puertas, salvo la de la cocina y la de su habitación. El pasillo era un embudo. Su anhelado sueño había sido un viaje en el que se alejaba cada vez más de la costa. Se tumbó en la cama, no sin antes quitarse los zapatos. La carta le hablaba con una caligrafía puntiaguda, pero no tenía la menor idea de quién se la remitía. La mano punzante decía así:

«Tengo ideas de lo más tontas, y tú, que eres preciosa e inteligente, haces bien en no querer relacionarte conmigo.»

La humillación se prolongaba por varias líneas. ¿Quién es la remitente de esta carta? Su marido la ama, pero se ha marchado con otra mujer.

«La chica sabe que yo lo sé, y la cosa no funciona, todos somos infelices. Él tiene su trabajo, pero yo no puedo vivir mi vida sin más, como él sugiere. Creía que me ayudarías, pero ¿por qué ibas a hacerlo? Haces bien en no permitir que nadie se te pegue como una lapa. Lo importante es que he tomado una decisión, porque cuando no me abriste la puerta comprendí que lo que necesito no es sufrir lentamente, ni pegarme a nadie, sino una solución. Ese día salí a la calle y tuve ganas de morirme porque no me habías abierto la puerta, pero comprendí que había una solución para mí y que dicha solución

consistía en tomar una decisión, así que me vuelvo a casa. No me marchó, sino que regreso a mi hogar. Él puede seguirme o quedarse, puede hacer lo que quiera, pero yo he tomado una decisión y le he enviado un telegrama a mi padre, que va a mandarme dinero para que pueda volver a casa. Me marchó el 16, pero te estaré esperando cada tarde. Baja si te apetece despedirte. No volveré a molestarte. Lo único que quiero decirte es que escondí tus somníferos, pero ahora entiendo que no tenía ningún derecho a hacerlo, pues cada cual debe tomar sus propias decisiones. Sé que fui una tonta, porque eres joven y guapa, tienes toda la vida por delante y jamás harías lo que yo temía que hicieras. Ni siquiera puedo escribir la palabra. A lo mejor has echado en falta las pastillas, te pido disculpas. Están en la cocina, dentro de la cajita blanca de hojalata donde pone "Recetas". Espero que no te haya molestado mi intromisión y, por favor, Florence, pasa a despedirte. Otra cosa, Florence: todos, no sé por qué, nos vengamos de alguien. Si tú eres tan mala con tu madre como ella dice que eres es porque te estás vengando de ella. Pero ten presente, Florence, que tu madre podría darse la vuelta y decir "Sí, pero mira a mis padres", y ellos podrían hacer y decir lo mismo. Comprenderás, pues, lo inútil que resulta repartir culpas. Creo que mi marido se está vengando de mí, aunque no sé por qué. Todos nos vengamos de alguien, y todos pagamos por los problemas ajenos. Todos los hijos acaban vengándose de sus padres, una y otra vez. Así es como lo veo ahora, pero quizá cambie de opinión cuando los hijos sean los míos. Florence, pasa algún día, aunque solo sea para despedirte.»

No tenía ni tiempo ni ganas de decir: «Me he vengado». A orillas del mar, el Zorro se marchó. Vio la cabeza del animal zambullirse en el agua y las pequeñas olas con forma de abanico desvanecerse en la arena. Dio media vuelta y dejó atrás el mar. Por fin iba en la dirección correcta. Cabalgaba a Jefe, su poni, por un sendero flanqueado por árboles. Jefe era un diablo: no se atrevía a desbocarse, ni a encabritarse, pero a veces intentaba aplastar la pierna de Flor contra un árbol. Unos metros más allá, alguien sonrió. Flor se

irguió en la silla. Iba perfecta. Ahora todos sonreían, satisfechos. Emergió triunfante de la arboleda y bajó de Jefe, su poni, para pasar a los brazos de su padre.

Los sueños caóticos eran el fuerte de Wishart. Estaba orgulloso de su variedad y de su pericia para escapar indemne del peligro mortal. El más mínimo cambio de ritmo le provocaba pesadillas, así que no se sorprendió cuando, al quedarse dormido en su compartimento unos segundos antes de que el tren llegara a Cannes, tuvo un sueño que duró horas sobre el hundimiento de un ferri junto al puerto. Había millones de víctimas lánguidas que las olas arrastraban con elegancia hacia la orilla; el agua resbalaba por su piel y cabello. También había unos cuantos supervivientes, pero ni ellos ni los oficiales llegados a toda prisa parecían saber qué hacer a continuación. Deambulaban por la costa pedregosa, pálidos y titubeantes. Incluso las víctimas, más que muertos, parecían borrachos. Wishart, ataviado con un bañador, atravesó con paso firme aquella deplorable confusión. Negó con la cabeza, mostrando seriedad, que no lástima, y se alejó. Como de costumbre, había previsto el desastre, pero no había avisado a nadie. Las explicaciones se iban sucediendo en su mente dormida: «Yo nunca me entrometo. Les correspondía a ellos preguntarme. Sabían que estaba ahí». Sin embargo, esa actitud triunfante se limitaba al plano moral, pues no tenía ni rastro de vanidad física. Observó con desapego su bañador empapado, sus piernas enjutas, sus manos blancas y pecosas, su flequillo entrecano y despeinado. Nada de aquello lo avergonzaba, pues su cuerpo nunca lo había preocupado demasiado.

Se sentía satisfecho con el sueño. Nadie estaba dotado de un subconsciente como el de Wishart, infatigablemente creativo, autor sin esfuerzo de un

sinfín de pequeños poemas visuales de gusto exquisito. Decidió que ese podría ser un *ballet* o, mejor aún, habida cuenta de los bultos blancos y negros y de la luz fija, una película experimental, con el sencillo y críptico título de *El sueño de Wishart*. Podía usar ese nombre sin arrogancia alguna, pues no era el suyo. Es decir, no era el nombre que, de forma totalmente irreflexiva, sus padres habían adherido a su personalidad cuarenta y pocos años atrás. «Wishart» había sido escogido cuidadosamente, como todas las piezas de su vida fabricada. Incluso su forma de mirar era artificial y cuando, en sus días malos, no parecía más que un actor fracasado atribulado por sus sueños, aceptaba el parecido y lo achacaba al cansancio artístico. No se consideraba un fracasado en ningún sentido. El éxito solo puede medirse según la distancia recorrida y, en el caso de Wishart, había sido una larga huida. No era de extrañar que pareciese exhausto, pensaba al ver su rostro demacrado en el cristal. Había interpretado uno de los papeles más extenuantes de la sociedad: el de aquel que huye de un suburbio inglés. Había sido un chico enérgico y visionario —de ahí su vena literaria—; en su frente debería llevar tatuado «Gorronear, trepar, subsistir» y de su cabeza deberían salir globos que rezasen «Gran talento para los acentos» y «Un genio a la hora de desembarazarse de su pasado». Tenía otros atributos, claro está, pero no hacía falta saturar la imagen.

El viaje de Wishart no había sido, ni muchísimo menos, algo insólito, pero podría decirse que le había ido mejor que a nadie. La mayoría de los gorriones y trepas arrastran consigo su estructura heredada, disimulándola o camuflándola como buenamente pueden, pero Wishart había derrumbado la suya: había escogido un nombre, unos padres y una clase social. Ahora, a sus cuarenta y dos años, se hacía pasar por un caballero británico en Estados Unidos, donde vivía, y por un estadounidense harto decente cuando viajaba a Inglaterra. Tenía poco sentido del humor cuando se trataba de sus negocios, no más del que podría mostrar un diseñador de postales cómicas al referirse a su arte. No obstante, a veces le parecía una broma a la vida que sus excentricidades y caprichos hubiesen nacido de un pasado imaginario. Tras escoger como padre a un imponente hacendado al que le chiflaban los caballos y los perros, Wishart fingió primero, y sintió sinceramente después,

aversión y miedo hacia esos animales. El padre fantasma también era un adicto al brandy, y por ende Wishart no bebía. De hecho, el hacendado creado por su hijo —también fantasma— era de buena cuna, pero un tanto bruto, y no había sido precisamente amable con Wishart, un niño larguirucho y temperamental. Wishart solía lamentarse de no haber superado nunca la poderosa figura del Padre; en hombría, claro está, pues en cerebro lo superaba con creces. Eso era lo que les contaba a sus amigos, y ellos, que veían clarísimamente el problema, lo instaban a librarse de la alargada sombra del Padre, a lo que Wishart prometía que lo intentaría. Durante un tiempo lo intentó, como si aquel hacendado de botas enormes hubiese vivido de verdad, como si hubiera existido un Wishart soñador que leía a Keats en el desván. Aquello era sin duda una broma, o lo habría sido, de haber tenido a alguien a quien contársela. Pero Wishart no tenía testigos. La única persona de su pasado real a quien recordaba sin sentir repulsión era una hermana, Glad, que empezó a trabajar de criada a los once años y le había enseñado a comer con cuchillo y tenedor. Así pues, la broma era inescrutable y Wishart estaba a salvo. Tenía una confianza ingenua en que su pasado, una vez amputado, no sobreviviría por su cuenta.

Al principio, en los viejos tiempos, antes de haber sido lo bastante inteligente para conformarse con el hacendado, cuando aspiraba a algo más majestuoso, solía ser víctima de temores repentinos: algún detalle, oculto y amenazador, burbujaba bajo sus pies, y él sentía calentarse las suelas de sus zapatos, pues así de fina y frágil era la capa que cubría su pobre mundo. Ahora se movía por un ambiente gaseoso, hecho de amabilidad y falsos éxitos. Parecía invulnerable. Los desconocidos a los que lo presentaban solían pensar que debía de ser famoso, y se preguntaban por qué nunca habían oído hablar de él. Pero es que no había ningún motivo para conocerlo. Era profesor de Arte Dramático en un instituto, y cuando descubrían esto y la mediocridad del instituto en cuestión, Wishart se veía obligado a recurrir a sus dotes más hipnóticas, a su monólogo más persuasivo, para conservar su halo personal. Como profesor no valía mucho y, de haber sido estadounidense, su instituto estadounidense lo habría despedido. Era su personalidad británica —sarcástica y seca— lo que

sustituía su aptitud e incluso su ambición. En su fuero interno creía que en un mundo de hombres y niños se desperdiciaba su persona, con lo que nunca se molestó en mostrarles a Wishart, su creación, en todo su esplendor; lo reservaba para un mundo de mujeres. Como otros muchos hombres rencorosos, esnobs y quisquillosos, o como cierto tipo de asesinos, Wishart escogía para sus amistades a mujeres solitarias y maduras, viudas o divorciadas que vivían en lugares que a él le gustaba visitar. Todos los veranos, al salir del caparazón de su vida laboral, un Wishart resplandeciente se ponía rumbo a Europa, donde pasaba el verano posándose aquí y allá, según la topografía de sus invitaciones. Vivía a costa de sus anfitrionas, sin pudor alguno. Lo necesitaban y él les gustaba, con lo que las invitaciones empezaban a llegar en Navidad. Sabía que esas mujeres a las que les dolería desperdiciar el último trozo de jabón, un sello roto o un billete de vuelta sin usar, pagarían sin rechistar por la compañía de un hombre. Sin embargo, Wishart no era un acompañante por contrato, encargado de llevar los abrigos y las aspirinas y pasear a los perros salchicha. A él le parecía más que suficiente estar ahí, surtiéndolas de cotilleos y ofreciéndoles una oreja atenta. A menudo, las amigas de Wishart daban por sentado que era homosexual: miel sobre hojuelas. Era el juglar escogido, el hombre simbólico que nunca daría «problemas». Él lo sabía y eso lo mortificaba, pero nunca había logrado corregir esa percepción. Ya tenía bastante faena manteniendo a raya su personalidad para que no se dejase ver o se desmoronase, aunque fuera en sueños. Jamás había sacado tiempo para una actividad tan exasperante como demostrar su virilidad, algo que no solo lo desviaría del rumbo de su objetivo, sino que, por si fuera poco, podría llevarle toda la vida. Tenía lo que quería y le bastaba. Nunca había deseado ser propietario de una flota de petroleros; ser aceptado aquí y allá era más que suficiente. Es probable que su vida fuera más sencilla si no se viese obligado a ser alguien especial en dos continentes, pero ahora se sentía forzado a regresar a Inglaterra todos los años para que lo aceptasen. Y lo aceptaban como a un estadounidense, pero eso formaba parte de la broma oculta. En ocasiones se atrevía a correr algún riesgo con frases como «Éramos espantosamente pobres cuando yo era pequeño», pero sabía que

aún no había adquirido el acento adecuado. Las imposturas más creíbles están basadas en la realidad, pero ¿cómo de pobre es quien es «pobre» y cuánto debería acercarse a esa abrasadora verdad? —sobre todo en Inglaterra, donde todo su personaje podría venirse abajo por culpa de una vocal mal pronunciada—. Esas eran las pruebas que atormentaban al pobre Wishart y que a veces lo hacían parecer un actor fracasado que había tenido una pesadilla.

Bajó del tren con su maleta deliberadamente abollada y vio, a la sombra de la estación, a la señora Bonnie McCarthy, su mejor amiga estadounidense. Ella era su posta al sur de Francia, una pausa entre la escultora gangosa de Londres, su primera anfitriona de la temporada, y una tal señora Sebastian de Venecia. En ese momento, a Wishart le habría encantado convocar a un observador del pasado para que comprobase lo lejos que había llegado. ¿Y si una de las pobladas olas de su sueño hubiera arrastrado a su hermana Glad hacia la orilla? La vio, vio a aquella niñita taciturna con su cofia y su delantal, observando cómo su hermano era recibido por aquella mujer que, de haberlos conocido en los viejos tiempos, no se habría dignado siquiera escupir en su dirección. Al pensarlo sintió una ligera conmoción, como el rumor de un terremoto que tiene lugar a cierta distancia. Sin embargo, sabía que no había nada que temer, que el origen de su miedo estaba en sus propios errores. Había sido un error recordar a Glad.

—Wishart —dijo su amiga con tono serio, sin alterar su pose.

Apoyada en un paraguas cerrado color melocotón, parecía estar viviendo un minuto de serenidad en medio de una turbulenta existencia social. Lo miró con esos ojos amables y miopes que tantos habían admirado cuando era pequeña. Llevaba un corte de pelo a la última, una especie de peonía invertida, y a Wishart le pareció que su vestido era precioso. Bien podría haber estado esperando a alguien que no fuese Wishart, a algo más que un amigo, llegado de un elegante paraíso que él ni siquiera podía imaginarse, no digamos ya alcanzar. Su admiración hacia ella —carisma, riqueza, aspiraciones— se convirtió de manera natural en admiración hacia sí mismo: a fin de cuentas, había logrado trabar amistad con ella. Esa autocomplacencia lo llevó al borde de las lágrimas, y se le olvidaron todas



las veces que Bonnie y él habían discutido. Su beso amistoso, a la salida de la estación, fue sincero.

—¿Recibiste mi telegrama? —preguntó él, comenzando con las observaciones nerviosas que precedían y sucedían a todos sus viajes.

Había preparado su llegada con un mensaje: «Muy deprimido Londres como rollo viejo papel secante anhelando sol playa tú». Había firmado el telegrama como Baronesa de Putbus. (No había dirección de remite, de forma que Bonnie no pudo enviarle una respuesta fulgurante que habría firmado como Lisístrata.)

—Me moría de ganas —dijo Bonnie, con ojos serios y húmedos—. Estoy verdaderamente encantada, así de sencillo.

Tras la escultora gangosa de acento fino, el tono arrastrado de Bonnie fue música para sus oídos. Seguía mirándolo, contenta, sin mover un músculo, y él empezó a sentir cierta incomodidad ante tantas expectativas. De repente, pensó: «Dios santo, ¿se habrá enamorado?». Y añadió, en letra mucho más pequeña: «¿De mí?». No sería la primera vez que ocurría un accidente por el estilo. La cuestión es que Wishart usaba su personalidad con discreción, así que, cuando estaba indeciso o sencillamente en reposo, se convertía en una especie de espejo. Al verse reflejada, Bonnie McCarthy comprobó que seguía siendo guapa y elegante. ¡Bendito Wishart! El hombre también reflejaba la expectación de Bonnie, con lo que ambos pensaron que el otro acababa de recibir una noticia fantástica. Wishart no sintió envidia, pues sabía que la estela de la fortuna ajena puede ser hartamente agradable, y esperaba a que Bonnie le revelase las buenas nuevas. Quizá había alquilado una villa, con lo que él no tendría que quedarse en un hotel. Eso estaría genial.

—El hotel no queda lejos —dijo Bonnie, poniéndose en marcha al fin—. ¿Te apetece caminar un rato, Wishart? Hace un día precioso.

Nada de villas, pues. Además, si el hotel estaba cerca, no tenía sentido pagar a un porteador. Cargando con su maleta, Wishart la siguió por la estación hasta desembocar en el calor repentino del día mediterráneo. Más tarde acabaría odiando esas calles y a la muchedumbre que iba y venía, sudorosa, roja como un cangrejo. Y pasaría a toda prisa junto a los cafés que olían a leche cortada, tapándose la nariz con la mano. Pero ahora, a primera

vista, Cannes era igualita a como sonaba cuando pronunciaba la palabra en Londres, una imagen nítida de blancos, azules y amarillos tiza. Todo estaba intensamente sombreado o intensamente iluminado; duro y amarillo en las calles, oscuro como el terciopelo en los bares. Bonnie parecía estar conduciéndolo a algún sitio, y él supuso que tendría algo que ver con su sorpresa.

—Espero que no te moleste que Florence no esté aquí —dijo Bonnie—. Se moría de ganas por venir a la estación, pero a la pobre se le ha metido algo en el ojo, un grano de arena, y ha tenido que ir al oculista a que se lo sacaran. Te va a encantar, Wishart. Ya va teniendo su estilo, ¿sabes? Todo el mundo la mira. Alguien, un perfecto desconocido, me dijo en la playa: «Su hija es como una tanagra».

—De las que hay un montón de falsificaciones.

Como les ocurre a muchas personas demasiado concentradas en sí mismas, a veces Wishart creía que era invisible, que no podían oírlo. No tenía a su amiga por una persona muy inteligente y puede que también creyese que la aquejaba una ligera sordera. Había sido desconsiderado por su parte mencionar a Flor, justo ahora que Wishart estaba tan a gusto. Desde el principio, su amistad se había visto empañada por la hija de Bonnie, una chiquilla mimada y mohína a la que había intentado admirar en vano. La recordaba como una engreída, siempre agitando la cabeza, ¡con esa larga coleta de zanahoria! En otro recuerdo hiriente, ella estaba en la playa, posando, y ponía cara de haber mordido un limón cada vez que Wishart abría la boca. Tenía una forma de hablar errática y resentida, con un odioso acento estadounidense. A Wishart se le daban de fábula las imitaciones, y estaba dispuesto a sacrificar a cualquiera, salvo a sí mismo, por el bien de una historia. Imitada por Wishart, Bonnie sonaba como ZaSu Pitts. «Por no hablar de la hija —decía luego—. Cuando separa esos labios sublimes, ¡ay! — Y cerraba los ojos ante el doloroso recuerdo—. Aunque, por lo demás, es perfecta. ¿Qué necesidad de hablar tiene Afrodita?» Esa conclusión era uno de sus pocos errores, pues Wishart no tenía ninguna certeza respecto a su perfección, ya que sabía de ella por boca de otros. Además, incluso como pose, la frase sonaba anticuada.

—Hay literalmente millones de hombres detrás de Flor —dijo Bonnie—. Nunca he visto nada igual. Cada vez que vamos a la playa o al casino...

Wishart cayó en la cuenta, con hastío —era como si le metiesen una galleta en la boca a la fuerza—, de que iban a hablar de Venus Flor.

—Me adora —solía decirle Bonnie—. La chiquilla me adora, no tiene vuelta de hoja. —Sin embargo, a Wishart siempre le había parecido que era Flor quien estaba en el altar y su madre, a sus pies.

—Me sorprende que no te haya ofrecido un yerno —le dijo, sabedor de que esa alabanza a Flor daría pie a una queja—. Supongo que aún es demasiado joven.

—Pues no; no, señor —se lamentó Bonnie, deteniéndose en seco—. Wishart, la chiquilla tiene ya veinticuatro años. No sé lo que los hombres quieren de las mujeres hoy día. Ni siquiera sé lo que quiere Flor. Llevamos aquí desde el 10 de junio y ¿sabes a quién ha elegido? A un enano de Turquía. No llega al metro sesenta, te lo juro. Cuando salimos los tres juntos querría que me tragase la tierra. No entiendo por qué solo le gustan los malos partidos. ¿He dicho «solo le gustan»? Debería decir «solo atrae». Son penosos, ni siquiera le piden matrimonio. Aún no ha podido darse el gusto de rechazarlos. No lo entiendo, qué quieres que te diga. Dios santo, yo tuve literalmente cientos de pedidas de mano, y no de enanos turcos. Yo me ceñía a los de mi clase.

Wishart habría querido responder: «Sí, pero es que tú te rodeabas de los de tu clase, y la chiquilla es una nómada, como yo». Comprendió que la decepción de Bonnie hacia lo que definía como «su clase» había afectado a sus deseos para Flor. Como ya le dijo en otra ocasión, su clase la había traicionado, por eso vivía en Europa. Fuera de su clase, sin embargo, había una inmensa población de hombres en tirantes, trinchanto el asado dominical. Con eso despachaba a los estadounidenses. Siguieron caminando lentamente. Pasaron junto a un escaparate que reveló la expresión demacrada y deshidratada de Wishart, una expresión que le echaba varios años encima, pero que le ahorraba la competición y el calvario. Tuvo tiempo de admirar la imagen, pero lo consoló aún más la sorprendente frase de Bonnie:

—Alguien como tú, Wishart, le vendría muy bien a Flor. Me refiero a alguien mayor, alguien en quien pueda confiar. Ya me entiendes: un inglés que haya vivido en Estados Unidos, que tenga lo mejor de cada lado.

Sabía que era imposible que lo estuviese proponiendo a él como marido de Florence, pero le agradecería eternamente que le hubiera corroborado que era ese caballero entrevistado en el escaparate: el británico sarcástico en Estados Unidos, el estadounidense harto decente en Inglaterra. Pasó la mano por debajo del codo de la mujer, haciéndole una caricia. Llegaron a la Croisette, cruzaron al paseo marítimo y Bonnie abrió su paraguas. El buen humor que henchía a Wishart se quedó suspendido cuando vio las playas, las hileras de tumbonas y los cuerpos como larvas. Cada playa contaba con una impronta social propia, nítida como las tiras de banderas grasientas, la arena rastrillada y abarrotada, la pequeña y escuálida barra de la playa de los estudiantes y las marquesinas malvas y amarillas, con colchonetas de plástico, de la playa donde se reunían los homosexuales parisinos. Los indiferentes ojos de Wishart estaban a punto de apartarse de esa playa cuando Bonnie lo detuvo y le dijo: «En esta es donde nos bañamos, querido». Wishart giró la cabeza de forma tan repentina que el paraguas le dio en el ojo, lo que le recordó la falaz excusa de Flor y el grano de arena. Ahora observaba con auténtico recelo la arena traicionera, probablemente repleta de botellas rotas, y el mar, que, por muy azul y resplandeciente que pareciese, estaría lleno de gérmenes. Ni siquiera el cielo se libraba de ser mancillado, pues una avioneta le rayaba la cara con el nombre de una bebida.

«Así que Bonnie ha caído —pensó—: Abeja Reina en una corte de mariposones.»

—Ay, Dios mío —dijo Bonnie, ajena a las ajetreadas reflexiones de Wishart. Se quedó quieta, agarrándolo del brazo, y volvió a decir—: Dios mío, ahí está. Ahí está Flor, pero ese no es el turco de Turquía. Parece que quiere darle una sorpresa a su madre, Wishart. Está con uno nuevo. Ay, Dios mío, Wishart, ¿de dónde los saca?

—Sospecho que los conoce en los trenes.

A pesar de la distancia, podía admirar a la hija de Bonnie, esbelta e

inmóvil, de piel morena y pelo cobrizo. Tenía las manos apoyadas en el parapeto y los brazos rígidos, mientras miraba al mar, tensa, como si la elección de la playa fuera a determinar el curso de su vida.

—Tiene un color extraordinario —comentó Wishart, haciendo acopio de toda su generosidad.

—Lo ha heredado de mí —respondió Bonnie, tajante, como si nunca se hubiese dado cuenta de que su pelo era castaño.

El hombre que acompañaba a Florence era bajo, fornido y moreno. Llevaba zapatillas de lona, un bañador holgado de tartán, un reloj de oro sumergible, una cadena con un medallón dorado y una gorra de una universidad sueca varias tallas más pequeña. También llevaba una bolsa de malla con todo el equipo de pesca submarina y el pecho desnudo.

—No me lo explico —dijo Bonnie—. Es que no me lo explico.

Los dos jóvenes acordaron tácitamente rechazar la playa, se giraron y se dirigieron hacia Bonnie. La sensación que transmitían era tan tosca y poco poética como ese día. El sol había quemado cualquier expresión facial, y sus caras eran suaves máscaras marrones donde los ojos, castaños los de él, verdes los de ella, resplandecían como vidrios de colores. Aunque nunca había osado concederse una relación íntima, Wishart fue muy consciente de la que había entre ellos. Era capaz de detectar la intimidad en una mirada, en un silencio. Se trataba de uno de sus muchos dones, aunque habría prescindido de él de buena gana. Impelido por unas fuerzas que no había invocado ni inventado, en su cara se esbozó la expresión de una víctima: perpleja, herida, pálida, tosca. La distancia entre las dos parejas se estrechó. Bonnie había adoptado una expresión encantadora y vacía: no tenía ninguna intención de ayudar.

—Este es Bob Harris —dijo Florence—. Es de Nueva York.

—Me lo imaginaba —respondió Bonnie.

Wishart vio con meridiana claridad que ese hombre, que ahora estrechaba manos por doquier y con sinceridad, no tenía ni idea de que la señora McCarthy podría querer destruirlo. Quizá le parecía procedente, casi apropiado, conocer ya a la madre de Flor. La acongojada sospecha de Wishart resultó acertada: tras varios días de una persecución que a Bob le

pareció interminable, Florence accedió a ir a su hotel. Se hospedaba en uno de esos palacios empalagosos de la Croisette. La habitación era demasiado ruidosa y estaba demasiado iluminada, y al final quien pareció estar más cómoda fue Flor, que reguló la persiana para que las franjas de sombra cubriesen las paredes y colocó cuidadosamente su ropa en una silla. A él le parecía exclusiva, todo un tesoro, aunque ambos eran, a todas luces, ratas de verano. La había conocido una tarde en un café; vio su propia sombra cerniéndose sobre la mesa de ella y a él mismo, furtivo como una rata, como si buscara problemas. Pero ya se le estaba olvidando esa imagen, y la ligera decepción que le habían supuesto ella y aquella brusca tarde. Estaba creando un personaje evasivo que solo era Flor en parte; recordaba una habitación en penumbra y una relación secreta que pertenecían a otro plano de ese mismo día. Se percató de que Flor besó a su madre con efusividad, como si hubieran pasado días sin verse, o como si él se la hubiese llevado a otro país. Le agradó el cariño que existía entre las dos mujeres, y es que su madre, al morir, había elevado su noción de la maternidad. Le gustaba la gente que se llevaba bien con sus padres y sospechaba de los que no.

Wishart permitió que Bob zarandeara su mano arriba y abajo, como si quisiera demostrar que sabía reconocer los buenos modales. El huraño «Hola Wishart» de Flor había sido peor que un desaire, pero decidió que Bob no representaba un problema para él: su astucia no era del tipo que pudiese amenazar a Wishart. Además, mantendría ocupada a Flor, dejándole a Bonnie todo el tiempo del mundo para escuchar su cháchara. Wishart no la quería toda para sí como haría un amante, pero sí deseaba poder contarle sus anécdotas sin continuas interrupciones.

A partir de ese día, los cuatro quedaban todas las mañanas en la playa de Bonnie y almorzaban en un restaurante que le gustaba a Bonnie. El desdén de Wishart hacia esa playa no era nada en comparación con lo que opinaba del restaurante, que estaba repleto de los nuevos amigos de la mujer. El vino —rosado argelino— era de barril, había banderitas de papel clavadas en la mantequilla, los camareros eran maleducados e iban descalzos y el menú estaba escrito en una pizarra repleta de juegos de palabras obscenos. Todos se conocían; Wishart tenía ganas de matar a Bonnie. Lo horrorizaba que ella

creyese que a él podía gustarle un local así, pero recordó que su actitud era consecuencia de años de camaradería asexual. No pasaba nada: el 10 de julio lo esperaban en Venecia. Aquello no sería de por vida.

A Wishart le pareció que Bonnie se estaba alelando con los años. Ahora tenía una risa punzante, y su pronunciación lenta, otrora afectada, se estaba volviendo real. Sus provocaciones a Bob Harris eran demasiado directas para resultar divertidas, y ese antagonismo empezó a crear un vínculo entre ambos, lo último que ella quería. Bob compartía con muchos estadounidenses la costumbre de repetir constantemente el nombre de la persona a la que se dirigía. Bonnie contraatacaba llamándolo por nombre y apellido —Bob Harris— cada vez que le hablaba, y eso, sumado a su voz un tanto artificial, le hacía preguntar:

—¿Es posible que tenga usted acento sureño, señora McCarthy?

—Pues podría ser, Bob Harris —exclamaba Bonnie, provocadora.

Pero era un acento de película que no le salía bien y que ponía a Wishart de los nervios. «Qué airecillo más agradable se ha levantado», decía, alargando las vocales. «Formamos un grupito muy apañado, ¿a que sí? Me gusta que seamos cuatro.» ¿Que le gustaba que fuesen cuatro? ¿Y qué pasaba con Wishart, trovador adorado y anhelado de Europa? ¿Le gustaba a él? Wishart apretaba los párpados y pensaba en la señora Sebastian, en Venecia, en los postigos cerrados de la habitación, en los canales verdes. Entonces, de buenas a primeras, Florence soltaba un exabrupto. Wishart era el único que intuía que esas impertinencias, propias de una chiquilla de doce años, eran inocentes intentos de conversar. Como su madre siempre la había llevado de aquí para allá, como nunca había formado parte de una sociedad determinada, no sabía cómo hablaba la gente, ignoraba todas las reglas de la conversación sosegada. En aquella ocasión, dijo emocionada:

—El Zorro, el Simio y la Abeja alada, como eran tres, no emparejaban; llegó la Oca y, después de un rato, unos con otros sumaron cuatro. Nosotros somos iguales. Mamá es una preciosa abeja alada y yo tengo el color de un zorro.

Eso dejaba a Wishart la irritante disyuntiva de ser una oca o un simio, pero su angustia se acentuó al oír a Bob decir plácidamente que no era la

primera vez que lo llamaban simio enorme. De repente, a Wishart le pareció preferible ser un simio a ser una oca.

—¿Tiene muchos amigos en París, Bob Harris?

—preguntó Bonnie, fingiendo no haber visto la expresión fruncida de Wishart.

—El año pasado tuve que enviar ciento sesenta y nueve tarjetas de Navidad —se limitó a responder Bob—. Y no me refiero a tarjetas de empresa.

—¿El Niño Jesús de la Torre Eiffel? ¿O algo parisino de verdad? —Cuando Bonnie sacó el tema, Wishart supo que se estaba colando. Bob bajó la mirada, sonriendo. Parecía sentirse mal por la señora McCarthy, que ignoraba que ahora se enviaban tarjetas aconfesionales, divertidas o artísticas, dependiendo del destinatario.

Cuando estaban a solas, Bonnie era la persona que le gustaba a Wishart. Se divertían en la playa, como en los viejos tiempos, cuando ella parecía tan superior, encantadora y radiante. Vivían esa fantasía tan esencial para Wishart, que se sentía como cuando, estando en Londres, decía y pensaba: «Cannes». Desarrollaron su código de bromas privadas de la temporada: llamaban a los jóvenes amigos de Bonnie *les fleurs et couronnes*, y se burlaban de la jerga francesa, con su énfasis nervioso en las palabras *moderne* y *dynamique*. Cuando Bonnie describía a Wishart como *un homme du vingtième siècle, moderne et dynamique*, simplemente se desternillaban. Flor y Bob, un poco alejados, los miraban con sobriedad, como si fueran un par de cotorras.

—Wishart es uno de los mejores amigos de mamá —dijo Flor, disculpándose por aquella estupidez senil—. Nunca me ha gustado, se cree que son como Oberón y Titania, rebosando malicia y jactándose de todo, ¿me explico? A Wishart le encantaría tener alas y poder y que la gente cumpliera sus órdenes. Siempre me ha parecido un gusano. ¿Te has dado cuenta de que mi madre lo paga todo?

A decir verdad, ahora era Bob quien lo pagaba todo. Y era de esperar, pues eso formaba parte de su naturaleza, al igual que las risitas y las burlas eran intrínsecas a la de Wishart. Para entretener a Bonnie, Wishart se había



mofado de Bob.

—A Wishart no le gusta mi aspecto porque a Wishart le gustaría no tener absolutamente ningún aspecto. Puede irse al infierno —dijo Bob con tono sosegado.

En realidad, estaba muy satisfecho consigo mismo, y Flor, tumbada boca arriba en la arena, entrecerró los ojos para verlo bien. Estaba de perfil, luciendo un aire relajado, indiferente, pero Flor sabía que se había quedado en Cannes por ella. Sus vacaciones habían acabado, y su padre, con la cabeza en la familia y los negocios, lo esperaba en París. El descubrimiento de Flor lo había trastornado. Hasta entonces le habían gustado chicas mucho más jóvenes, con el pelo liso y la mirada dulce e inquieta; chicas retratadas en la sala de estar familiar, con prendas de seda estampada y las perlas de su madre. Su mujer ideal era la imagen de una princesa germánica secundaria, cuyo apodo podría ser «Mousie», y que parecía querer conservar el mismo traje, el mismo pelo y la misma expresión de súplica paciente hasta que encontrase un marido. Dicha imagen, en la que había intentado encajar a muchísimas mujeres, se mostraba ahora adaptable: la melena se volvía pelirroja, los rasgos se endurecían, las manos eran pequeñas y morenas. Lo miraba fijamente, con una angustia menos desesperada. Al final, esa joven anodina se convirtió en Flor, y Bob ya no recordaba haber tenido en su imaginación otro rostro que no fuera el suyo, como jamás esperaría mirarse en el espejo una mañana y ver la cara de otro.

A Wishart esas dos personas le parecían objetos corrientes, llevados hasta la orilla por una marea de estupidez mutua y simple deseo. Para complacer a Bonnie, fingía ver en Flor a una joven encantadora y cortejada, y a Bob como un eslabón de una cadena de víctimas.

—Bob es un joven profundo y creativo que busca a una chica con un sentido trágico de la vida —le dijo a Bonnie, a la que se le saltaron las lágrimas de la risa porque, tras haber intentado, sin éxito, pillar a Bob en un renuncio, la mujer necesitaba que le confirmasen lo absurdo que era ese chico.

Si alguno podía aguzar el oído para escuchar la conversación de los dos tortolitos, exenta de todo rastro de humor, la repetía. «¿Sabes de qué están

hablando ahora?» era la nueva forma de empezar una conversación, asombrarse y acabar soltando una carcajada irreprimible.

—Hoy hablan de pájaros —dijo Wishart, adoptando deliberadamente una expresión solemne.

—¿De pájaros?

—De pájaros. —Y se desternillaban de risa, como si les diese un ataque. Los *fleurs et couronnes*, solidarios, se les sumaban.

—¿Sabes qué fue lo que más me molestó cuando llegué aquí? —Wishart había oído decir a Flor—. Estábamos en Inglaterra, y no reconocía ni un solo árbol o pájaro cantor. Eran distintos, y los pájaros cantaban otras canciones. Un petirrojo ya no era un petirrojo. Fue horrible, lo que más me asustó, con diferencia. Y eran colores muy apagados. Todo marrón y gris. Aquí no hay mirlos de alas rojas, ¿sabes? No hay nada con un destello de color.

—¿Ah, no? —El joven urbanita intentó sonar sorprendido. Wishart empatizó con él, pues lo único que compartían era la ignorancia sobre la naturaleza.

—¿No lo sabías? Eso es lo que falta aquí, por doquier. Hay bastante color, pero no te haces una idea de cuánto echo de menos esos destellos luminosos.

Él vio el reflejo del sol en una lancha, y dondequiera que mirase veía colores y luz. Los coches que circulaban por la Croisette ya eran coloridos de por sí.

—¿De ahora en adelante vivirás siempre aquí? —preguntó Flor—. ¿No volverás a casa nunca?

—Depende de mi padre. Vine aquí para aprender, y podría decirse que dirijo toda la parte parisina de la empresa.

—¿Te gustan los negocios?

—¿Me preguntas si me gustaría ser actor o algo por el estilo? —Le lanzó una mirada resentida, y la sombra de su primera posible diferencia se cernió sobre la conversación.

—Mi padre nunca hizo gran cosa —continuó ella. Tenía los ojos cerrados y le hablaba al sol, que desteñía sus palabras: cualquier revelación era mera charla—. Dicen que ahora bebe mucho, pero eso ni me va ni me viene. Dicen

que se casó con una mujer sosísima. Mamá y él son católicos, así que no creen en su divorcio, al menos mamá. Supongo que él cree que no debería vivir con su segunda mujer, si es que sigue siendo creyente.

—¿Y tú qué?

—Yo creería en cualquier cosa que nos beneficiase a mí o a mamá.

A él le pareció insuficiente. Esperaba que las mujeres fuesen religiosas y donaba dinero a las monjas de buena gana.

Esas conversaciones de la pareja, que Wishart espiaba aguzando el oído mientras fingía concentrarse en tomar el sol y que le resultaban tan anodinas y desalentadoras que tenía a los dos por deficientes mentales, eran en realidad intentos de amueblar el pasado. Flor se sintió desconcertada por las diferencias que existían entre sus pasados. Veía a Bob como Bonnie, pero ella poseía además una lealtad innata que era casi tan fuerte como un vínculo familiar. Se tenía por una joven objetiva y despegada, pero luego descubrió que Bob había viajado de París a Cannes con una chica sueca, la estudiante de la que había heredado su gorra. Sabiendo que, en Europa, «estudiante» es un término generoso, que abarca un rango ilimitado de edad y actividad, sintió los celos resignados que toda mujer siente hacia otra a la que considera inferior. Para la hija de Bonnie era imposible alcanzar esa inferioridad, y dio por hecho que ya había perdido a ese hombre. Bob y la chica habían vivido juntos en su habitación, la misma a la que ahora Flor iba por las tardes, mientras Bonnie dormía la siesta. La mente rencorosa de Flor se imaginaba a una chica mona y sueca, divirtiéndose y haciendo payasadas en pijama. Halagado en su fuero interno, Bob respondió que no, que era más bien enclenque y discreta. Se llamaba Eva, viajaba en autobús y enviaba postales con la marca pegajosa de sus labios, una costumbre asquerosa. Temblando y fingiendo indiferencia, Flor cogió el gorro y lo tiró por la ventana. Aterrizó en el balcón de la habitación de abajo.

Bob fue a buscarlo para conservarlo, pero dejó su hotel y se trasladó al de Flor. La habitación nueva era mejor: tranquila, oscura y exenta de recuerdos. Estaba en un semisótano, con una ventana en la parte superior de una de las paredes, que eran blancas. Había arena por todas partes, en las baldosas rojas y resquebrajadas, en los resquicios del maltrecho sillón, pegada a las

suelas de sogas de sus sandalias. Para Flor, allí fue donde el crujido de la arena y la sal llegó a sus vidas, donde comenzó su existencia como pareja. Cuando abrían los postigos, a última hora de la tarde, se colaba la intensa fragancia de los geranios y veían un camino de grava rastrillado. Debía de haber una acacia plateada en las inmediaciones, pues el viento dejaba diminutos pompones amarillos en el alféizar y con el crepúsculo solían llegar ráfagas de un aroma dulzón.

Flor no había mencionado el cambio a su madre, pero Bonnie —era inevitable— se topó en recepción con su enemigo, amigable y arrogante, mientras pedía su llave.

—¿El chico ese lleva aquí desde el principio? —le gritó, presa de la desesperación, e insistió en ver su habitación. No sabía qué esperaba encontrar, pero, como le dijo a Wishart, tenía derecho a saberlo.

Bob cursó una invitación formal, y Bonnie acudió con Flor una tarde. Ambas iban vestidas de blanco, con faldas que parecían pantallas de lámpara, y Bonnie generosamente rociada de *Femme*. Bob se dio cuenta por primera vez de que las dos eran iguales y quizá inseparables. En la intimidad, compartían la forma de hablar y se reían de las mismas cosas. Era como ver a un amigo de la universidad en su contexto, comparándolo con sus padres, sus hermanas, los gustos literarios de su madre. Le ofreció a Bonnie cacahuetses en lata y brandy servido en el vaso del cepillo de dientes. Bob lo vio todo de Bonnie, salvo que era atractiva, pues lo impedía su diferencia de edad. Bob y Florence evitaron sentarse en la colcha irregular de la cama, cubierta de periódicos y fotografías. Esa fue la respuesta que obtuvo Bonnie. Sabían que ella lo sabía, y la mujer se marchó con una expresión triunfante que pronto tendría motivos para borrar. Ahora que Bonnie lo sabía, los amantes pasaban más tiempo juntos. Ya no se escabullían durante la siesta de Bonnie, sino que quedaban a su antojo y se pasaban por ahí todo el tiempo que les venía en gana. Y si fingían mostrar cierta discreción, era porque a Bob le parecía necesaria una fachada de decencia. No se había olvidado por completo de la princesa suplicante en cuya silueta había desaparecido Flor.

Cuando Flor y él estaban separados, veía motivos para dudar. Ella le había

dicho que los pájaros europeos no eran como los de casa, pero ¿qué pasaba con los seres humanos? Nunca los había mencionado. Para él, el soplo de la vida lo representaban las relaciones, sus amistades, donde no distinguía entre fortuitas e intensas. Todas sus relaciones tenían la misma naturaleza. Flor le había contado que esa habitación era como un lugar que ella se había imaginado. La única diferencia radicaba en que su habitación imaginaria estaba cubierta de lentejuelas brillantes, sumida en un completo silencio y adornada con espejos. Varios años después, él podría decirse «Cannes» y evocar aquel período de su vida, con todos los sonidos, los olores, la luz y la oscuridad presentes en él. Sin embargo, nunca recordaría con exactitud cómo empezó o cómo había sido. Primero llegó su intimidad, luego el amor, y algunos momentos diáfanos. Como la mayoría de los amantes, creía que los comienzos estaban formados solo por esos momentos y recordaba la habitación de Flor, silenciosa y cubierta de espejos, y creía que esa era su habitación de Cannes y que él también había estado allí.

Una tarde de principios de julio se durmieron en esa habitación, en la habitación real, y, cuando Flor se despertó, estaba oscuro. Supo que había empezado a llover por la ligereza del ambiente. Se levantó con sumo cuidado y abrió los postigos. Un coche enfiló el camino de grava del hotel y una franja de luz barrió el techo y las paredes. Creyó que lo que sentía en ese momento estaba motivado por el paso de la luz: una sensación concreta de felicidad, como si la felicidad pudiera tocarse, cargarse, transportarse de aquí para allá. No había sentido nada parecido en su vida. Se hallaba en el mundo líquido de las percepciones, donde los impulsos, las dudas y las intenciones, separados de sus raíces, flotaban hasta la superficie y se expandían. La diferencia entre Bob y ella era que él no tenía ningún vínculo con el pasado, y eso era precisamente lo que le hacía parecer inferior a ojos de su madre, según su concepción de la vida. Les había contado sin inmutarse que su padre era autodidacta y que sus abuelos maternos no sabían leer ni escribir. Las crónicas de su familia solo se remontaban a la generación anterior, mientras que a Flor le habían enseñado a respaldarse en la continuidad y el pasado. Ahora comprendía que esa cadena de padres e hijas y madres e hijos era igual de ineficaz que un talismán. En los

momentos difíciles, cuando desconfiaba de su capacidad para pensar, moverse o disfrutar de la vida, estaba sola. Comprendió que tener unas cuantas certezas —que era estadounidense, guapa, cristiana, la hija de Bonnie— no le había ayudado. Bob Harris no se sabía el apellido de soltera de su madre, y el padre de su padre había salido de un gueto polaco, pero en realidad no era menos estadounidense que Florence, ni menos orgulloso. Se mostraba, si acaso, más resuelto y seguro de sí mismo. La joven cerró los postigos y se acercó a él sin hacer ruido para que no se despertase y malinterpretara su proximidad. Quien carece de un país emocional puede considerar a otra persona su casa. Apretó su cara contra el brazo inmóvil del hombre, aceptando todas sus imperfecciones, como quien acepta un país defectuoso pero amado, o la lengua en la que elabora sus pensamientos. Ese «solo tú puedes salvarme» era una idea verdaderamente peligrosa, pero su necesidad de creerla le resultaba tan abrumadora que se preguntó si eso sería lo que habían intentado decirle otros hombres, en su día, cuando le habían hablado de amor.

La tormenta de aquella tarde no fue suficiente. Todos coincidían en que tenía que llover más. Se necesitaba lluvia para despejar la arena, limpiar el mar, enfriar los estados de ánimo y desempolvar los tejados de las casetas de baño que se repartían a lo largo de la playa. Ahora, cuando Wishart pensaba «Cannes», no veía luz, oscuridad y un azul intenso, sino arena, colillas y manchas de aceite. Por las noches, el calor y el tráfico le impedían conciliar el sueño. Se quedaba tumbado en la cama, paciente e inmóvil, con ojos de búho. Bonnie y él comparaban sus respectivos dolores de cabeza durante el desayuno: el de Bonnie era como si algo se hinchase dentro de su cerebro, como un montón de globos, mientras que el de Wishart era exterior, como una correa de cuero.

Era incapaz de explicarse qué hacía Bonnie en un lugar como aquel. Se había mostrado muy quisquillosa e incluso había rechazado un resort cuando estaban tan en boga, así que Wishart supuso que en la ciudad tendría amigos secretos y lugares misteriosos a los que ir. Sin embargo,

seguía convencido de que Bonnie no estaría allí, abriéndose paso entre multitudes de extranjeros sudorosos cada vez que quería una taza de café derramado o unos pocos centímetros de arena, si no tuviera un motivo, si no esperara algo real.

Pasado un tiempo, se dio cuenta de que Bonnie no esperaba que sucediese nada y de que el aire expectante de aquel primer día era falso. Si había esperado algo entonces, debía de creer que llegaría con él. Ahora Bonnie le hablaba de la futilidad de los viajes. Abandonó la imagen de Venus de Flor y le comentó que su hija era fría y superficial y que le había roto el corazón. No le dio ninguna explicación al respecto, salvo que Flor no estaba cumpliendo con las expectativas y los planes de su madre. Entonces llegó la autocompasión, y Bonnie le dijo que pasaría el resto de su vida como un viejo trozo de papel en la orilla de la playa, zarandeado por las olas, y cosas así. Ya no le importaba decir una sandez tras otra y ni siquiera intentaba estar alegre. En una ocasión, le dijo:

—No está bien, Wishart, nunca ha sido una mujer. ¿Cómo podrá sentir lo que yo siento? Ni siquiera ha tenido el periodo. Y sabe Dios que lo hemos intentado todo, hormonas y demás. La llevé a Zúrich, pero se comportaba con tal pasividad... No parecía consciente de lo importante que era. A veces me da la sensación de que es tonta. Está con esos hombres... No sé hasta dónde llega. Creo que es muy inocente. Sí, estoy convencida. Prefiero no pensar demasiado en eso. Es repugnante empezar a pensar así de tu hija. Pero es fría, sé que es fría, por eso ahora apenas tenemos relación. Por eso ya no tenemos relación. Yo nunca he dejado de ser una mujer, a Dios gracias. Si no he vuelto a casarme, no ha sido por falta de pretendientes. ¡Wishart, me resulta trágico ver a mi propia hija! Tengo cincuenta años y sigo siendo una mujer, y ella tiene veinticuatro y es un trozo de hielo.

Estaba tumbado junto a ella en la arena y se cubrió la cara con su sombrero de paja, horrorizado. Fue una reacción instintiva, no planeada. Cuando permitía a su mente vagar sin restricciones por el mundo de las mujeres, descubría una zona con una iluminación tenue, un tanto asquerosa, como la cocina de un tugurio. Era un mundo de jaquecas, abortos, trastornos y lágrimas.

Otro día, quejándose de lo miserable que había sido su vida en Europa, Bonnie dijo:

—Dejé de ser consciente del cambio de estaciones. De repente, alguien me decía que los árboles estaban floreciendo, y yo ni siquiera me había dado cuenta de que las hojas se habían caído. Dejé de prestar atención a todo lo que me rodeaba, me concentré única y exclusivamente en Flor.

También le habló de dinero, una novedad. Cuando Wishart se enteró de que era pobre, Bonnie quedó reducida a la nada, pues no tenía nada que la hiciese distinta o mejor que el resto. Siempre había vigilado cada penique, pero él lo achacaba a la apasionada tacañería de los ricos. Sin embargo, no era mejor que Wishart: ella también dependía de la generosidad ajena.

—No recibo ningún ingreso, salvo lo que me envían mis hermanos. Y Stanley no está obligado a ayudarme, aunque debería, pues yo cargo con todos los gastos de la chiquilla. Además, el dinero de Flor está congelado de no sé qué forma enrevesada hasta que cumpla treinta años. Mi padre lo hizo así por el divorcio, jamás volvió a confiar en mí. Pero lo pagó caro, créeme. No volví a enviarle ni una mísera postal hasta que murió. ¡La familia, Wishart! ¡Dios santo! Gente fantástica, pero cuando sale el tema del dinero... —dijo, recalcando cada sílaba—. Stanley solo colaboró con la manutención de Flor hasta la mayoría de edad y ahora casi nunca le envía nada, se le olvida. Ese no hacer nada forma parte de su naturaleza, y ahora ella tendrá que esperar a que se muera su padre. Aunque me dicen que, con el tren de vida que lleva, no quedará nada. Wishart, mi cerebro resuena como una caja registradora cada vez que lo pienso. Nunca me había preocupado lo más mínimo, pero ahora no dejo de darle vueltas.

—Pensabas que estaría casada para cuando acabase la manutención de Stanley. —Ningún tono de voz podría hacer esa frase menos odiosa. Se dijo que se había pasado de la raya, y ya la estaba empezando a culpar por haber sacado el tema cuando Bonnie lo alivió, limitándose a mostrarse enfadada.

—¿Te crees que es fácil? Las pedidas de mano no caen del cielo. No lo entiendo, yo tenía muchísimas.

Ese era el principio de la conversación que habían tenido en la Croisette, muestra del desgaste de su amistad. Estaba raída, apenas le quedaban unos



hilillos; ya no se toleraban y no tenían nada nuevo que ofrecerse. Habían intimado más de lo necesario, y Wishart culpaba a Bonnie. Él había intentado mantener la alegría. En una ocasión, Bob preguntó por qué Bonnie vivía en Europa, y Wishart respondió:

—Bonnie tuvo a Flor y luego, exhausta por la maternidad, se retiró a una playa donde siempre luce el sol.

Era una versión halagadora del divorcio de Bonnie y su huida de Estados Unidos.

—No le hagas caso —dijo la mujer, complacida a más no poder. (Pero lo que la complacía era otra cosa: estaban sentados en el extremo de la terraza de un café y el gentío golpeaba continuamente a Bob al pasar. Una vez, el joven había dicho que le gustaba la gente y no le importaba el ruido, y Bonnie se aseguraba, siempre que podía, de proporcionarle ambas cosas en abundancia). Wishart quería que sus vacaciones fuesen como habían sonado en Londres cuando dijo: «Voy a quedarme en Cannes con una encantadora amiga estadounidense». Ahora, la amiga estadounidense le preguntaba a Wishart por sus planes, y él percibió con pavor que esperaba una sugerencia. Podría haberle halagado que Bonnie se pegase a él, pero Wishart era en la amistad como el amante que solo sabe adorar durante la seducción. Dentro de unos días, estaría en Venecia con la señora Sebastian; la bendita señora Sebastian, rica de verdad. Desdeñando a Bonnie, les habló de Venecia a los *fleurs et couronnes*. Rechazada por Wishart y abandonada por Flor, Bonnie adoptó una nueva expresión: ahora parecía, aún más que Wishart, un cómico fracasado atribulado por sus sueños. Él lo sabía y le gustaba, como si al transmitir esa enfermedad se hubiesen reducido sus poderes malignos. Entonces, justo a tiempo para bajarle los humos, Wishart recibió una carta de la señora Sebastian en la que aplazaba su encuentro hasta agosto. Sin disculpas ni explicaciones. Le dijo que no fuera, así de sencillo. Wishart recordó entonces que era una mujer fría y vulgar, que empinaba el codo más de la cuenta y que, a pesar de su complexión robusta, la apodaban «Pequeñina» y ella misma insistía en que la llamasen así. Era avariciosa y había obligado a Wishart a reembolsarle un bote de ddt y un spray un verano en que se lo estaban comiendo los mosquitos. Recordó que, según la

expresión estadounidense, Bonnie era alguien y la señora Sebastian no era absolutamente nadie. Bonnie se volvió generosa, decente, elegante y esencial para la vida de Wishart. Regresó a ella como si se hubiese marchado. Pero es que, para Bonnie, Wishart se había marchado de verdad, y en consecuencia había perdido terreno. Ahora se arrepentía de no haber alabado a Venus Flor, de no haberse tomado en serio la sincera preocupación de Bonnie por Bob Harris, por el tipo de Turquía, por todos los borrachines y cantamañanas que los precedieron. Ahora, las gafas de sol que parecían reducir la larga curva de la playa a una imagen diminuta lo evitaban. Ni siquiera un Wishart ínfimo y penitente era capaz de encontrar su reflejo.

En cuanto a Bonnie, su Marchbanks[1] particular empezaba a resultarle abrumador y tedioso, y sus enormes prejuicios ya no le parecían reflejo de un humor exquisito. Wishart cometió el error de contarle una larga historia, salpicada de nombres, sobre política educativa y sobre alguien que quería quitarle el trabajo. Una historia que lo situaba en la realidad —un maestro que temía perder su miserable puesto de trabajo—, y la realidad no era lo que Bonnie necesitaba, pues ya tenía bastante entre manos: en otoño, la chiquilla cumpliría veinticinco años.

Wishart intentó regresar a su antigua dimensión.

—Distráela —dijo perezosamente—. Cambiad de destino, entreténla con la cultura, visitad catedrales y museos. Llévala al Museo del Hombre.

—No se conocen hombres en los museos —respondió Bonnie, como si se tratara de un asunto doloroso—. Además, ¿de qué serviría? Solo muestra interés por los holgazanes. —Tras unos segundos, añadió con voz sosegada —: No es eso lo que quiero para Flor, ¿no lo entiendes? No quiero que se case con un cualquiera. A lo mejor te resulta curioso, pero ni siquiera me conformo con un estadounidense. Siempre me han decepcionado. Mis hermanos, sin ir más lejos... En fin, prefiero no volver al tema. Quiero a un europeo, pero no latino; a alguien que haya vivido en Estados Unidos, que tenga lo mejor de cada lado. Quiero a alguien mucho mayor que Flor porque eso es lo que necesita; a alguien en quien yo pueda confiar. Eso es lo que quiero para mi hija y eso es a lo que me refería con que las pedidas de mano

no caen del cielo. Los hombres tampoco.

Pero ¿qué sabría Wishart sobre hombres? Siempre estaba en compañía de mujeres, era el mejor amigo de las féminas. Bonnie se puso las gafas de sol para ocultar su exasperación hacia él, porque era un hombre, pero no el hombre apropiado.

Estaba completamente inexpresiva. Ya no cabía ninguna duda, no había otra forma de interpretarlo: a pesar de la indiferencia con la que recientemente la había tratado Wishart, Bonnie no había cambiado de opinión. Le estaba ofreciendo a Flor.

Nunca había sido lo bastante ingenuo como para soñar con un matrimonio de conveniencia. Sabía que las decisiones que tomaba en una estación podrían condenarlo para la siguiente. Alguna que otra vez se había imaginado a una chiquilla campesina, encantadora, pero ignorante, a la que adiestrar —tenía esa visión borrosa, propia de un chico de ciudad, sobre la gente del campo—. Lamentablemente, nunca había conocido a nadie por el estilo. Sin duda, su esposa campesina, de la que esperaba que combinase una belleza excepcional con una buena disposición para limpiarle los zapatos, no era Flor.

Aquel no era un buen momento para dar un paso en falso. Se imaginó volviendo a Estados Unidos con una esposa boba pero perfecta. Esas absurdas ideas lo llevaron a explicar, en conversaciones imaginarias: «La madre era un encanto, y me casé con la hija».

Se olvidó del peligro que supondría tener a Bonnie de suegra. Una esperanza secreta se desplegó en su interior. Se levantó y, con una actitud ciega y resuelta, se puso a caminar por la playa. No muy lejos de allí, los amantes estaban tumbados en la arena, con las caras muy juntas, medio dormidos. Flor tenía la cabeza apoyada sobre el brazo. Wishart vio la espalda de Bob, casi negra por el sol, y el rostro de Flor. Estaban tan cerca que su aliento debía de mezclarse. La belleza de Flor disminuyó, se volvió menos canónica. Ahora no la habría llamado «Venus». A Wishart le pareció que su intimidad ya se había consolidado: contenía una lealtad implícita, una suerte de vínculo familiar, con todo el antagonismo que aquello también podía acarrear. Se acercaron un poco más. Wishart vio que Flor estaba al

borde del beso, pero no daba el paso. «Dos laureles con una sola raíz», ¿dónde lo había oído? Cada uno era la parte que le faltaba a la personalidad del otro, y juntos, fundidos en el beso, serían perfectos.

Flor se preguntaba qué sentiría un hombre al besarla, y recordaba las palabras de los hombres a los que no había amado. Se trataba de un narcisismo tan sumamente vergonzoso que abrió los ojos, y vio a Wishart. Era como el insecto enemigo con el que uno se encuentra en un túnel, un observador pequeño y grimoso, el testigo invertebrado de un universo de insectos; un universo diminuto y escurridizo del que formaban parte su madre, el corso de ojos saltones dueño de esa playa, los *fleurs et couronnes* y la procesión de los mejores y muy íntimos amigos de su madre —a Wishart lo había precedido una condesa bestial con la que Flor, de pequeña, había tenido que ser amable—. En un arrebato de terror que Bob confundió con rendición, Flor se aferró a él, que no pertenecía a ese universo, que provenía de un lugar mejor.

Wishart volvió junto a Bonnie y se desplomó en la arena, doblando sus delgaduchas piernas como si fueran paraguas plegables. Si seguía equivocándose era por culpa de Bonnie; ella retomó el tema de los hombres, del hombre apropiado y Flor. El viento dejó de soplar y Cannes se sumió en una tarde estancada. Los *fleurs et couronnes* se habían despertado de la siesta y hablaban como cotorras. Bonnie se puso a limpiar sus gafas de sol con el borde de la toalla. Se detuvo y, mirándolas fijamente, dijo:

—Esta noche he soñado que mi hija era una sirena. ¿Qué significa? Wishart, tú sabes del tema, ¿qué significa?

—*Ravissant* —dijo uno de los miembros de su corte—. Veo el mar azul, las grutas, todo coral y azul. Verde coral y azul coral.

—El azul coral no existe —respondió Wishart de forma mecánica.

—Y Florence, *la belle* Florence, flotando a la deriva, con su pelo radiante extendido cual...

—Cantaba y flotaba, flotaba y cantaba —intervino un personaje secundario con cara de guppy. Bastó una mirada de Bonnie para que soltase un grito ahogado y se callara en el acto.

—No era así, ni muchísimo menos —dijo Bonnie, con tono irritado—. Era

una cola de pez fea, como la de una carpa, idéntica a la de una carpa, y representaba un auténtico obstáculo. La chiquilla no podía caminar. Estaba ahí tumbada en el suelo, sin poder hacer nada. Todo el mundo nos miraba. Ha sido un sueño nefasto, me he despertado invadida por una angustia atroz.

El beso había trastornado hasta tal punto a Wishart que lo había dejado en blanco. Era incapaz de elaborar una reflexión coherente. La conclusión a la que llegó, al fin, fue que Flor era una *poseuse*. Qué presuntuosa, ahí tumbada, explorando sus sensaciones con la misma distracción con que los turistas se pasan arena de una mano a otra. Recordó la expresión de sus ojos —unos taimados ojos de rata, no de diosa— y supo que lo temía y lo despreciaba, que podría desenmascararlo. «No funcionará», le dijo a Bonnie, o «Un matrimonio con Flor no funcionaría». También oyó las palabras «Tiene una grieta en el cerebro», pero nunca supo con certeza si las había pronunciado en voz alta. Bonnie giró su cara rosa y sombreada con una expresión de puro asombro. Se percató de que en los ojos de Wishart había tal desconcierto y desesperación que casi trascendían las emociones, como si fueran insensibles como los de un pájaro. Entonces Bonnie miró al cielo, donde el avión seguía escribiendo eterna y silenciosamente el nombre de una bebida, y dijo: «Ojalá escribiese algo para nosotros. Algo útil».

El error de Wishart había sido mucho más grave que la metedura de pata con Flor. Todo se estremeció y cambió; incluso el color del cielo parecía extraordinario. Wishart estaba inmóvil, paralizado en medio de aquel nuevo paisaje, preguntándose si estaría haciendo o diciendo algo raro, incapaz de verse o detenerse. Habían pasado muchos años desde la última vez que lo atenazara un miedo así. Creía que Bonnie lo aceptaba por su apariencia, que la miniatura que veía reflejada en sus gafas de sol era el Wishart que ella aceptaba, ese caballero que él había entrevisto en el escaparate aquel primer día. Pensaba que su acento, el uso de determinadas palabras, los definía como miembros de una misma clase. Pero Bonnie nunca lo vio así. Siempre lo había considerado un presumido, nada más. Ahora caía en la cuenta de que nunca le había presentado a su familia en Estados Unidos, ni le había sugerido que conociese a sus hermanos.

Cuando Bonnie se atrevió a mirar de nuevo, Wishart ya estaba esquivando turistas, adentrándose en el agua. Iba con su sombrero. Le traía sin cuidado parecer tonto, pues estaba convencido de que la excentricidad le confería cierto aire de importancia. Tras permanecer unos segundos inmóvil, con el agua por las rodillas, mirando con la expresión de un camello taciturno primero al horizonte y luego a la orilla, salió del mar zigzagueando de nuevo. El agua estaba demasiado sucia para darse un chapuzón, aunque los demás bañistas le hubiesen dejado espacio. «Sobre mi cabeza, o contra ella, volaban enormes pelotas de colores y otros objetos —componía, describiendo para su futuro público el verano de Cannes—. Los carniceros enseñaban a nadar a sus estridentes hijos.»

Un poco más allá, Bob Harris volvía hacia Flor con dos botellas de cerveza coronadas con vasos invertidos. Bonnie los observaba sin ninguna emoción. Esas figuras inmóviles quedarían grabadas a fuego en su memoria, atrapadas por el calor y el ruido insoportable.

Alrededor de Bonnie, todos dormían. El siroco, cambiante, zarandeaba su sombrilla. Sentada con las rodillas encogidas, se agarraba sus pies blancos. No tenían ni una mancha, los dedos eran rectos y los talones rosados. Había cuidado de sus pies como si fueran gemelos recién nacidos, para dar ejemplo. Una vez, exasperada por la desidia de Flor, se arrodilló, puso los pies de su hija en su regazo y le enseñó cómo se hacía. Le echó crema, le cortó las uñas y le pasó la piedra pómez, pero Flor, apática, intentando discretamente seguir leyendo su libro, se limitó a decir:

—Ay, mamá, si sé hacerlo.

—Pero no lo haces, cariño. No te cuidas lo más mínimo si no estoy yo.

Había pulido y cuidado a su pequeño ídolo y ¿para quién? Para un turco que no llegaba al metro sesenta. Para Bob Harris, embutido en su bañador de tartán. No había servido de nada, los minutos y las horas pasaron demasiado rápidos. Se quedó asombrada por una realidad que la había inquietado toda su vida: no hay distancia entre el tiempo y los hechos. Todo acababa fuera de su vista y de su alcance. Todos se le escabullían: su marido, su hija, sus amigos. Se abandonó sobre la arena. Su campo de visión se estrechó, y por el lado izquierdo llegó nadando la primera molécula de

dolor.

Wishart, tras salir del mar infestado de gente y dar un rodeo para no meterse en un partido de vóleibol y llevarse un pelotazo, se acercó a Bonnie sin ser visto. Mientras se secaba la piel amarillenta con una toalla, observó la evolución del ataque de su amiga. Bonnie tenía la mitad de la cara al sol, y se giró en busca de la protección de la sombrilla revoltosa. Él, resentido, retraído, ya se estaba cubriendo con los harapos del Wishart imaginario: su padre hacendado, la señora Sebastian nadando en dinero junto al Gran Canal. Bonnie creyó que esta vez se moriría de verdad, y se preguntó si Flor la estaría viendo.

—Creo que a mamá le ha dado una de sus jaquecas —dijo Flor.

—Os cuidáis muchísimo la una a la otra, ¿verdad? —También le había preguntado por qué la llamaba «mamá», y Flor había respondido que era una costumbre de los Fairlie, la familia de su madre. Lo dijo con el mismo tono de quien explica: «Todos los miembros de nuestra familia usamos el mismo cepillo de dientes desde 1912».

Una ligera neblina había cubierto el cielo. Flor se acabó la cerveza, extendió su toalla de rayas, un poco apartada de Bob, y se tumbó. Él le había dicho que su padre había llamado desde París y que esta vez era una orden. Se marcharía pronto, quizá al día siguiente. Corría el mes de julio. El verano, una fruta que las avispas ya habían vaciado, seguía colgando de su árbol. Bob se marchaba. Cuando lo hiciese, Flor oiría la pregunta de esa voz fantasmal que habla a todos los viajeros: «¿Por qué viniste aquí?». Hasta ahora, lo sabía: iba de acá para allá con su madre porque ella no podía echar raíces en ningún sitio, pues cada villa o apartamento alquilado era una horrible parodia de su hogar o del hogar que debería haber dado a Flor. Cuando Bob se marchase, Flor sabría, perdida ya la ilusión, que estaba en Cannes, en una estación podrida. Sabría que la podredumbre era la realidad y que debía abandonar toda esperanza de volver a la habitación con espejos.

—¿Vendréis a París más adelante? —Su padre estaba esperándolo y había cierto apremio en su voz, como si estuviera hablando por teléfono y, ya con

la mirada perdida, quisiera colgar.

—No lo sé. No sé dónde iremos después, ni cuánto se quedará aquí mamá. Wishart y ella siempre acaban peleándose, mamá pierde la cabeza y salimos pitando. Todos nuestros amigos estadounidenses creen que llevamos una vida de lo más glamurosa. ¿Has encontrado alguna mañana, al salir de casa, una telaraña con gotas de rocío? —preguntó Flor de repente—. Aquí jamás verás algo así. O el clima es demasiado seco y caluroso, o llueve tanto que las arañas se ahogan. Cuando me quedaba en casa de mi abuela, en verano, solía montar en poni, muy muy temprano, con mis primos. Todos eran chicos. —Su voz se perdió cuando giró la cabeza.

—Flor, ¿por qué no vuelves a casa?

—No puedo abandonar a mi madre, y ella no quiere volver. O a lo mejor es que no me atrevo. Antes me necesitaba, quizá ahora la necesite yo a ella. Además, ¿qué haría yo en Estados Unidos? Mi abuela está muerta, no tengo un hogar. Sé que parece que me estoy compadeciendo de mí misma, pero es que no tengo nada.

—Tienes a tu madre —respondió él—. Y a mí.

Ahí estaba, el momento que repugnaba a Bonnie y que a la vez deseaba. Bob se acercó y le habló pegando los labios a su oído, jugando con su pelo, como si estuvieran solos en la playa o en su habitación. Recordó la habitación del semisótano como si jamás fueran a volver a ella. Recordó su pelo largo, las sábanas arrugadas, la colcha apartada por el calor. Era el instante profético, con esa compresión de sentimientos que solo se produce durante la infancia y en los sueños. Wishart pasó por su lado y sintieron su sombra en los pies. Se vieron obligados a levantar la mirada y toparse con su piel de cebolla y sus ojos encurtidos. Fueron educados. Nadie habría dicho que acababan de decidir cambiar el rumbo de cuatro vidas, desviando las esperanzas, los deseos y la ambición de Bonnie y del padre de Bob, guías que de repente habían fallado en su labor de orientadores. Wishart regresó a su hotel. Era la hora en que la gente que se alojaba en las pensiones empezaba la fatigosa vuelta de la playa. Wishart se cruzó con familias enteras. Estaban chamuscados, olían a Ambre Solaire y a Skol y parecían incapaces de soportar un día más la presencia de los demás. Wishart se dio



un baño y se cambió. Fue a la oficina de correos dando un paseo, y luego a la estación para consultar el horario de un autobús. Respondía con tono indulgente y frío cuando alguien le daba un pisotón, pero daba la impresión de que no volvería a aceptar una disculpa en su vida. Envío un telegrama a una pareja estadounidense que conocía y que tenía una casa cerca de Grasse. Había pensado en saltárselos ese año, pues el marido no le gustaba —los únicos maridos con que Wishart se sentía cómodo eran los pedazos de pan bien masticados—. Sin embargo, ya no podía quedarse con Bonnie, y la señora Sebastian había pospuesto su visita. Condensó toda su aversión por Cannes en un mensaje desgarrador que comenzaba diciendo «Muy deprimido», pero no firmó con un nombre ocurrente por miedo a irritar al marido. Firmó con su nombre, se metió el cambio en el bolsillo y se dirigió a la estación. Esta vez, Bonnie y él se separarían sin discutir.

Esa noche había luna llena. Bonnie se despertó de repente, como si hubiese detectado la presencia de un ladrón en su habitación. Pero solo era Flor, vestida con el albornoz raído que tenía desde los catorce años y que Bonnie nunca había podido tirar. Llevaba un vaso de agua en la mano y estaba observando a su madre dormida.

—Flor, ¿pasa algo?

—Tenía sed. —Dejó el vaso en la mesilla y se sentó junto a su madre, en el suelo.

—Ese Wishart... —dijo Bonnie, ya del todo despierta, empezando a acariciar la melena de Flor—. De verdad se cree que es alguien importante.

—¿Y quién se cree que es?

Bonnie continuó acariciando el pelo de su hija, pensando: «Mi sirena, mi tesoro». La carpa había desaparecido de su sueño, y solo quedaba una Flor iridiscente. No había nadie lo bastante bueno para Florence. Ese era el significado del sueño.

—Tienes el pelo muy duro, cariño, está lleno de sal. Me gustaría que te pusieses un gorro de baño. Flor, ¿tienes fiebre, te pasa algo?

«Quiere decirme algo —se dijo Bonnie—. Que sea cualquier cosa menos ese chico. Cualquier cosa menos esa.»

Al amanecer, tras pasar casi toda la noche en vela, Wishart cerró las hebillas de su maleta. A esa hora no se veían porteadores por ninguna parte. Caminó hasta la estación por calles donde aún no había indicios del horror diurno. El aroma sureño, esa sutil destilación de limones y geranios, descendía desde las colinas. Luego el calor empezó a temblar, mientras las vespas atravesaban el puerto a la carrera y los turistas de piernas pálidas comenzaban a bajar del primer tren como larvas. Wishart pensó en su nueva anfitriona, una intelectual anodina que había escogido el campo junto a Grasse por la reminiscencia de Gide y Saint-Exupéry, fantasmas que se cuidarían muy mucho de acercarse a ella si supiesen lo que les convenía. Subió al autobús y se sentó entre obreros que iban a trabajar a Grasse, y el mar desapareció a sus espaldas mientras el vehículo se alejaba.

Con el bamboleo del autobús se echó una cabezadita. Sabía que estaba en un autobús de camino a Grasse, pero vio a Glad, con doce años, marchándose de casa al amanecer, con el almuerzo envuelto en un delantal. ¿Quién era ese niño mugriento y mocososo que se aferraba a su vestido y cuyos dedos ella iba soltando uno a uno hasta que la mano se cerraba de nuevo, con más fuerza que antes? ¿Sería Wishart, agarrándose, gimoteando, gritando «Quédate conmigo»? Sin embargo, Wishart estaba despierto y no iba a caer en la trampa. Evitó soñar a toda costa y, cuando el autobús se detuvo en Grasse, bajo los árboles, y Wishart vio a su nueva anfitriona — delgada cual brizna de paja, con moño, alpargatas y sombrero de jardinera, como si de una campesina se tratara—, no parecía un actor fracasado atribulado por sus pesadillas, sino un tranquilo y agradable maestro de escuela que dormía tan profundamente que jamás soñaba.

[1]\* Samuel Marchbanks es el heterónimo con el que Robertson Davies, el famoso novelista, dramaturgo y profesor canadiense, firmaba sus columnas en el *Peterborough Examiner*, haciéndose pasar por este personaje ingenioso, cascarrabias e individualista. (N. del T.)

A juzgar por las reacciones que se estaban sucediendo a su alrededor, se diría que estaba solo. Cuando hablaba, no obtenía respuesta. Hasta el momento, nadie le había dicho: «Qué detalle por tu parte, George», aunque había sido él quien había escogido la mesa del bar, donde estarían tranquilos y a solas, lejos del abarrotado comedor. Habían acabado de cenar. El camarero se inclinó sobre la barra, calculando la cuenta, contando, como si no pudiera creerse el resultado de la suma, las botellas de vino y las rondas de brandy. El barman había abierto un periódico y leía. La tía Bonnie se estaba poniendo con esfuerzo su chaquetilla de piel de mono, tras rechazar con un irritado gesto de la mano la ayuda de George. Había una tercera persona en la mesa, el yerno de su tía, Bob Harris. Harris no podía ver a la tía Bonnie bregando con la chaquetilla, pues tenía los codos sobre la mesa y las manos en la cara. George observó, sin formarse todavía una opinión, que Harris llevaba dos anillos, uno de oro, moderno, a juego con sus gemelos, y un pequeño ónice en el meñique de la mano izquierda. Parecía un anillo de mujer. Quizá había pertenecido a su esposa.

—Es cu... curioso —comentó George, retomando la conversación. Intentaba explicar que sobre el Louvre caía una luz curiosa, como si desde detrás del museo, desde la Rue de Rivoli, por ejemplo, proyectasen rayos de un color cálido y teatral. Podía verse esta imagen desde los ventanales del bar del margen izquierdo en el que habían cenado, pero solo se trataba del último resplandor del día. George había estado buscando temas de conversación y ahora lo intentaba con eso. Nadie le hizo caso.

—Invito yo —dijo, mirando desconsolado la cara de Harris, que permanecía oculta.

Justo entonces, el camarero se acercó con premura para ayudar a la tía de George, que contorsionaba, estiraba y agitaba unos brazos enclenques, luchando contra la chaquetilla, que ahora estaba del revés. El camarero le ayudó a quitársela, la sacudió y guio las manos de la tía Bonnie, que palpaban la prenda sin parar.

—*Merci*. ¿Qué decías, Georgie, cariño?

Pero ya era de noche y solo quedaba una nube azafrán a punto de desvanecerse.

Harris se repantigó en la silla y puso las manos sobre la mesa, esbozando una ligera sonrisa, tan pagado de sí mismo, tan tranquilo, que George se preguntó si su gesto afligido habría sido una especie de sueño. Cuando era pequeño, más de una vez le habían asegurado que un momento dramático que había visto y oído con total claridad jamás se había producido. Harris asintió al camarero y dijo:

—Aquí está tu cuenta, querido.

El hombre se inclinó junto a George con el papelito doblado en un platillo y un lápiz para que firmase. A Harris parecía divertirse usar expresiones pomposas como «querido». La ropa oscura que llevaba le confería un aspecto serio, de extranjero, y aparentaba más años de los veintiséis o veintisiete que tenía. La piel de su cara era morena y suave, y podría haber pasado por un griego o un persa educado en Inglaterra si se consideraban en su conjunto el rostro, los modales, los anillos y el atuendo. En una carta enviada a Estados Unidos, la tía Bonnie les había dicho que su yerno parecía un gánster provinciano. Para George, Harris no era ni un extranjero ni un gánster, ni provinciano ni del todo respetable. Tenía esa familiaridad típicamente americana, pero no era de esos estadounidenses que George, merced a su educación, conocía a la perfección. En la desconocida París, su familiaridad era tan completa como lo sería la de cualquier miembro del mundo de George, aunque de una naturaleza distinta: urbana, intensa. Harris observó las dificultades del joven sin ofrecerle ningún tipo de ayuda, cosa que él agradeció. El caudal de seguridad que le había hecho exigir una

mesa en el bar e insistir en que la cena se sirviese ahí se había secado. Su tartamudeo había vuelto y no confiaba en su francés. Durante un minuto se mostró resuelto, como representante masculino de la familia de la tía Bonnie. Acabado ese minuto, volvía a ser George, con todo lo que ser George implicaba, al menos para él. Tuvo que explicarle al camarero que no se alojaba en el hotel y que por tanto no podía firmar la cuenta; que quería pagar con un cheque de viaje y que le devolviesen el cambio en francos. Resolvió la situación como si llevara toda la vida cenando en restaurantes extranjeros, a lo que Harris contribuyó manteniéndose al margen, a diferencia de la tía Bonnie, que exclamó:

—No iremos a dejar que el chiquillo pague la cena, ¿verdad?

La pobre tía Bonnie se había puesto un disfraz tan grotesco que todo lo que dijese carecía de dignidad. Debía de haber sacado las prendas de un baúl, pues olían a alcanfor y oscuridad —la piel de mono, el vestido holgado de raso negro, los lacitos ámbar y azabache, los zapatos puntiagudos de satén, el bolso con asa de cadena y broche de ámbar—. A George le pareció que se había teñido el pelo, pero no lograba recordar si su tía ya llevaba esa melena cuando la había visto dos años antes. La distancia entre tener diecisiete años y estar en casa y tener diecinueve estando fuera no podía medirse con ningún sistema que conociese, ni siquiera a través de los cambios que se iban produciendo en sus allegados.

La tía Bonnie se retocó el pintalabios con un pañuelo bordado.

—Tú sí que eres un auténtico Fairlie, George

—dijo—. Ha sido una cena muy agradable.

A pesar de su tristeza, había comido melón, pollo, ensalada, queso y helado. Tras rechazar los cigarrillos de todo el mundo, mandó ir a comprar los de su marca preferida y se quejó de los vinos. A veces dejaba caer la cabeza como si se le hubiera partido el cuello, pero de repente la incorporaba y le hablaba a George, mirándolo fijamente con los mismos ojos azules de su padre. Harris, por su parte, se comportaba como si estuviese solo.

George no se percató de que Harris había abandonado la mesa —tal era la ligereza con que se movía— hasta que la tía Bonnie acercó su cara

empolvada a la de su sobrino y dijo:

—Ha ido a pagar la cuenta y devolverte el cheque. Eso sí, no digas nada cuando vuelva, no le des las gracias. Le gusta hacer estas cosas. George, no sé lo que haría ahora sin Bob. Se portó extremadamente bien con ella. Siempre fue buenísimo con ella, todo el tiempo. Florence podría haberlo intentado. Sí, era un ángel, pero también podría haberlo intentado. Sé que tú no lo ves así, tú solo viste el lado bueno porque ella te quería mucho. Pero ese chico se casó con ella, tuvo que convivir con ella, exactamente igual que yo, y se portó bien con ella todo el tiempo.

—Tú no tenías por qué vivir con ella —dijo George.

Era una de esas frases que le salían de la boca antes de pasar por el cerebro; era solo una intención, ni siquiera un pensamiento. Miró a su tía verdaderamente consternado, como si ella hubiese dicho algo raro, pero la tía Bonnie respondió, en tono afable:

—Cariño, Flor y yo estábamos muy unidas, ya lo sabes. Habría vivido tristísima sin mí, siempre preocupada. Y yo también me habría preocupado por ella. No habría sido justo dejar solo a Bob con una joven tan atormentada. Yo era muy pero que muy importante en su matrimonio, cariño. Solía imaginarme a mí misma como una especie de pararrayos.

«Nadie, absolutamente nadie, derrota a Bonnie —había dicho el padre de George en una ocasión—. Es amable, está indefensa, ha pasado por momentos difícilísimos, pero nadie la derrota, jamás. Más le vale a ese tal Harris ser un tipo duro.» Entonces no sabían mucho de Harris, salvo que a la tía Bonnie no le gustaba. Florence lo conoció en una playa o en un hotel, y se casó con él de inmediato. No le importaba lo que dijese la gente, y se ventiló de un solo gesto todo el cariño, el amor y la organización —esas fueron las palabras que usó la tía Bonnie—. La pobre tía Bonnie lo había pasado mal, pues su única hija se había arruinado la vida. Al menos así lo veía ella.

Ahora, a la tía Bonnie parecían habersele olvidado sus antiguas objeciones.

—Flor lo quería —decía con voz suave—. Sí, lo quería de verdad. Y él era muy bueno con ella, ¿sabes? Flor llevaba dentro muchísimo amor. —Luego

cambió el tono de manera abrupta, adoptando un aspecto impasible—: Bob ha ido a verla hoy, sin mí. No nos permiten verla juntos, no sé por qué. Dice que estaba todo lo cariñosa que puede estar. No sabe cómo se llama, no recuerda nada, pero Flor ha puesto la cabeza sobre su hombro y le ha acariciado la cara y ha compartido con Bob unos trocitos de pan de su bandeja. Incluso ahora, ¿ves?, sigue siendo puro amor. —Entonces la tía Bonnie se repantigó en la silla y gritó—: Le estaba diciendo a Georgie que ojalá conociese en París a alguien más divertido que nosotros. Dice que no se lo está pasando bien.

Harris había vuelto y se había detenido junto a la mesa. George no tuvo buenos reflejos. La falsedad, el ultraje y la impertinencia de su tía le hicieron tartamudear mentalmente. ¡Ni que se hubiera quejado! Ni que hubiera tenido alguna oportunidad para decirle nada a esa gente afligida que parodiaba el luto. Ojalá Harris lo mirase para poder indicarle con un gesto que lo que había dicho Bonnie era mentira.

—Luego podemos hacer algo —dijo Harris con voz impasible—. Lo que él quiera.

—Haced algo, sí —respondió la tía Bonnie, afable—. Haced algo. A Florence le habría gustado que os divirtieseis.

La estupidez del comentario no lo hacía menos cruel. George se puso en el lugar de Harris y se sintió fatal. Se refugió en la contemplación de las paredes del bar, empapeladas con mapas de París, intentando encontrar los nombres de las calles. Cuando volvió a fijarse en su tía y en Harris, comprobó que cada uno miraba a un lado. Parecían desconcertados. Cada cual era testigo del sufrimiento del otro, algo que debería resultar insoportable. Lo más probable era que Harris no entendiese ni la mitad de los disparates que ella decía. Parecía un hombre que, al llegar a una estación conocida, se había encontrado con que todos los trenes iban donde no correspondía o salían a horas descabelladas; armado de una paciencia infinita, esperaba a que reajustaran los horarios.

—Voy a pa... pagar la cuenta —dijo George, por decir algo.

—Ya has pagado —apuntó Harris—. ¿No te acuerdas?

—Georgie creía que ibas a pagar tú; como te has alejado tan

discretamente... —dijo la tía Bonnie. Luego se levantó, cogió la bufanda, el bolso, el abanico y los guantes y se dirigió, tambaleándose, hacia la puerta. Caminaba como una vieja bruja. Parecía haber tomado la resolución de comportarse como una arpía insensible y vestirse como la loca de Chaillot—. Quiero volver a casa dando un paseo —dijo desde la puerta—. Quiero caminar como solía hacer Florence. A Florence le encantaba la noche parisina.

La noche que le encantaba a Florence los recibió con el estruendo del tráfico. El Sena estaba aceitoso y en calma. Estaban a finales de verano y la ciudad parecía exhausta por la estación que acababa de soportar. El corazón de París había sido succionado por el sinfín de extranjeros que abarrotaban las calles, por el movimiento de los coches y los barcos, por los focos figones que apuntaban hacia los monumentos, por la presión de manos, pies, cámaras y ojos. George lo había sentido al instante, en cuanto llegó de Londres aquella tarde. Si Londres se podía describir como demasiado densa, París era demasiado tenue. Se alegraba de que esas vacaciones desdichadas estuvieran tocando a su fin. Se alegraba de pensar que pronto pondría rumbo a casa y ya no se vería obligado a pensar, comparar y reflexionar sobre la calidad del aire que respiraba.

—¡Qué bonito! —gritó la tía Bonnie, apuntando al cielo con su nariz puntiaguda.

Ofreció un brazo a cada hombre. George cogió el abanico y los guantes, Harris la bufanda y el bolso. Él tenía un aspecto relajado, pero a George le parecía que estaba cargando con veinte abanicos y ocho pares de guantes. Pensó en el Conejo Blanco, sospechando que se le daría un aire. Su tía andaba a pasitos rápidos, George se tropezaba; solo Harris conseguía caminar de manera normal. Se detuvieron junto al Sena, en el Quai Voltaire, y los hombres se quedaron a la espera de una orden. Lo habían dejado todo en manos de la tía Bonnie.

—Quiero pasear por los muelles —decretó— y cruzar al margen derecho por el Pont de l'Alma, subir por la Avenue Montaigne y volver a casa. Es un paseo largo, pero Georgie debería ver París.

George esperó a que Harris pusiera alguna objeción, pues le parecía una



caminata increíblemente larga. Sin embargo, el hombre asintió y siguieron andando. Formaban el trío más peculiar que se pueda imaginar, pensó George, poco acostumbrado a la peculiaridad. Nada lo había preparado para aquella situación, en la que seguía buscando tierra firme. «George tiene una suerte enorme —había dicho su madre una vez—. Posee todas las desventajas favorables.» Su educación estaba más orientada a la vida social que al desmoronamiento humano. Ahora, esa juventud que había dejado atrás le parecía una montaña de alucinaciones, cosas que había oído y visto y que eran falsas o carecían de utilidad para él. Era una persona alta, con manos y pies grandes, ojos azul claro y cejas, pestañas y pelo rubio. Tenía una expresión sincera y amable, la voz y los modales de la familia de su padre, y portaba el semblante familiar: un rostro corriente y dulce que solía triunfar sobre las mezclas. Una de las hermanas de la tía Bonnie, la tía Louise, se había casado con un hombre apellidado Reed. Los primos Reed —cuatro— eran tan violentamente Fairlie, de pelo rubio lino y manos gigantes, que bien podría pensarse que el tío Reed —flacucho y moreno— no tenía ni un triste cromosoma, con lo que la tía Louise había tenido que duplicar los suyos para compensar. George lo consideraba derecho natural: sus rasgos eran una herencia concreta, como los anillos, los broches y las copas que se legaban, sin fricción aparente, de una generación a otra. Existía una personalidad familiar —respetable, generosa y engreída—, y llevaban su educación como un grano de arena en el corazón.

Ahora caminaban con lentitud, los tres al mismo paso, entrando y saliendo de los conos de luz de las farolas y las sombras de las hojas.

—Creo que ha sido muy valiente por tu parte, Georgie, venir a Europa solo —dijo su tía—. ¡Has estado tú solito en Inglaterra! Flor nunca fue a ningún sitio sin mí. ¿Te sientes valiente?

—La verdad es que me he sentido bastante solo —respondió George. Confiaba en que su tono de voz no delatase hasta dónde había llegado su sensación de soledad, pues resultaría un tanto humillante confesar el fracaso de sus vacaciones—. No volvería a hacerlo así. Ha habido cosas de Inglaterra que me han gustado. Escocia me gustó más. Pero cuando he llegado aquí esta tarde, me sentía tan solo que no sabía qué hacer. He ido a vuestro

apartamento, pero no me ha abierto nadie. He llamado varias veces, pero...

¿Sonaba a autocompasión? Había decidido acercarse a verlos, pero no había nadie en casa, algo perfectamente natural. Al volver al hotel, había llamado por teléfono, y después del décimo tono había oído la voz de Bob, educada, sorprendida: «¿George? Tu tía no está ahora mismo, George, pero la estoy esperando. Florence no está muy bien. La hemos tenido que llevar a..., a una especie de residencia. Tu tía te lo explicará. ¿No recibiste el telegrama? Supongo que no. Pensamos que quizá fuese mejor que no vinieras». Su voz era suave para tratarse de un hombre, llena de sonidos y ritmos que equivalían a Nueva York. Cuando cayó en la cuenta, George sintió una familiaridad salvaje. En París, esa voz transmitía la existencia de estaciones, mañanas, tardes. Sin embargo, aquella voz no sonaba, ni muchísimo menos, como la suya propia, pues las desventajas favorables a las que se había visto sometido se encargarían de que jamás sonase como Bob. «¿Dónde estás, George? —le había dicho la voz—. ¿Tienes un lápiz a mano?» Le había dado el nombre del restaurante de un hotel, no muy lejos del suyo, y le había dicho que iría un rato después con su tía. Todo lo que pudiera derivar del peligro y la aflicción fluyó e impregnó aquella conversación, así que ahora George podía pasear tranquilamente junto al Sena con su tía, llevando su abanico y sus guantes.

—Pues claro que Georgie se siente solo —comentó su tía—. No sienta nada bien venir a París si no estás enamorado, ¿eh? —dijo, pellizcando la manga oscura de su yerno.

Ya no sabía ni lo que decía, esa era la única explicación. Se había vuelto loca por la conmoción. George oyó a Bob decir «No te preocupes», como si llevase años sin escucharla pero siempre tuviera una respuesta para todos sus comentarios y quejas.

—Tienes que enamorarte —dijo su tía, con tanta malicia que, aunque su mano no hubiese pasado al brazo de George, el joven habría sabido que le hablaba a él. Eso significaba que su madre le había escrito hablándole de Barbara Sim. La historia se había alargado durante cuatro veranos, pero acabó cuando cumplió dieciocho años. Acabó para él, se entiende, no para ella, que seguía indecorosamente enamorada. Un día, el recuerdo de Barbara

quedó ensombrecido por el de Flor. Su prima no tenía nada que ver con Barbara, ni sabía de su existencia. Sin embargo, George recordó cómo había sido estar con Flor, como quien, a través de un agujero en el tiempo, regresa a un lago, o a una habitación en una ciudad, o al sur. Probablemente fuese por la cuenta de cristal. La había cogido por costumbre y la tenía en la palma de la mano. Era la cuenta de cristal barato del collar que su prima había roto con catorce años. Vio las manos de Flor lanzando los cristales, que salpicaron el aire como gotas de agua. Cuando pensaba en su prima, era eso lo que le venía a la cabeza: una niña delgada, roja como un cangrejo, intentando ponerse un collar de cuentas y rompiéndolo. En aquella época, su prima le daba miedo, pero era un niño de siete años. Flor tenía lo que Bonnie denominaba «un mal genio frío». Daba igual lo que hubiera ocurrido desde entonces —la escena de los «trocititos de pan» representaba un terror cenagoso en el que su cerebro se negaba a detenerse—, la imagen de Flor había quedado fijada para el resto de su vida: una niña salvaje rompiendo un collar, el ciclo de la vida cerrándose a los catorce años; la familia, la madre, el marido que estaba por llegar.

George conservó la cuenta como si con siete años ya supiese que era un poco cobarde y que a lo largo de su vida necesitaría talismanes que poder palpar. Había perdido la cuenta poco después de escribir la clásica carta final a Barbara. Se llevó la mano al bolsillo, pero ya no estaba allí. Se le había quedado la costumbre de agarrar el aire. Seguía siendo un cobarde y demasiado respetuoso.

Los padres de George habían seguido atentamente su historia de amor con Barbara, primero con indulgencia y luego con inquietud. Pero ahora podían sonreír, pues George no iba a arruinarse la vida por esa chica. Él pensó que deberían haberlo sabido de sobra: jamás se arruinaría la vida por nadie. Había pasado tantos años acostumbrado a Barbara, a escribirle y a contárselo casi todo, que fue a Barbara a quien ahora confió que sus padres se habían equivocado y que su madre lo había traicionado al escribir a la tía Bonnie. Al cabo de un rato, sus ojos se cruzaron con los de una chica que se dirigía hacia ellos. La joven surgió de la forma más poética que se pueda imaginar, emergiendo de la noche parisina. Esa era la forma en que George

quería que ocurriese algo, era eso para lo que estaba preparado ahora. La chica le mantuvo la mirada hasta que llegó a su altura, y luego giró la cabeza. Era rubia, tenía los pómulos muy marcados y llevaba una ceñida falda gris y un abrigo de ante.

—Una niñera —le dijo la tía Bonnie a la oscuridad—. Cada año llegan millones de Escandinavia. Cariñosas y encantadoras. Se supone que vienen a aprender francés.

Seguro que siempre había sido así, una gata esmirriada lista para atacar. George decidió recordar, por si alguna vez fuese relevante, que había visto a esa chica en el Quai Anatole France. La tía Bonnie avanzaba a saltitos rápidos, como un pajarillo, y parecía estar disfrutando del paseo. Siempre había sido la afligida, la débil, pero había sobrevivido, y ahí estaba, balanceándose, enredada como una vid en los brazos de dos hombres, disfrutando de la noche. En el muelle reinaba el silencio propio de una carretera rural. Entonces llegaron al Pont de la Concorde y el silencio se acabó. Un río de coches más rápido que el Sena pasaba junto a ellos, y George vio, al otro lado del puente, las tiras de luces irregulares de la Place de la Concorde, evocadoras y titilantes como el recuerdo de unas luces en la otra orilla de un lago, y el obelisco, un inmenso mástil iluminado.

—Es fantástico —dijo George con diligencia—. Pero es como si en realidad no fuese una ciudad.

Debería haber contestado Harris, pero fue la tía Bonnie quien le dio una respuesta. La pronunció como si se la hubiese arrancado del corazón:

—Nueva York es la única ciudad. —Sin embargo, su voz retomó al punto ese tonillo artificial. Por un instante se le había olvidado que debía comportarse como una anciana, pero volvió a acordarse—: Si había algo que mi Florence odiaba era que iluminaran todos los monumentos para los turistas. Decía que hace que la ciudad parezca una vieja prostituta. Nunca miraba. De hecho, casi nunca salía por las noches.

Media hora antes había dicho que a Florence le encantaba la noche de París, pero la contradicción parecía ser un rasgo típico de su tía. Le había dicho a George que Harris era generoso y amable, mientras que en las cartas que enviaba a casa se quejaba de que era tacaño y desconsiderado, y de que

nunca les había comprado un coche a ellas. George no iba a preguntarle «¿Eres un agarrado?» aunque Harris estuviese ahí, capacitado para defenderse, a diferencia de Flor, que ya no podía elegir. En ese momento fue físicamente consciente de la ausencia de Flor. Se preguntó dónde estaba: en una especie de sanatorio, supuso. En un hospital disfrazado de hotel donde se daba importancia, aunque él no lo comprendiera, al sonido de un grifo al abrirse o al color azul. Al preguntarse dónde estaba de verdad, sospechó que en ningún lugar especial. No estaba en ningún sitio. Sería bonito creer que estaba más feliz, tranquila y cariñosa que nunca, pero George pensó que en realidad no estaba en ningún sitio.

En cuanto fue demasiado lejos con sus especulaciones, George perdió la noción de la realidad. Podía ver a tres personas caminando, deteniéndose con el tráfico, retomando la marcha; podía oír sus voces, pero no entendía nada de lo que decían. Era normal, pues había pasado un día horrible: primero el viaje desde Londres, la transición, la idea de llegar a París —«ignorándolo absolutamente todo...», como se decía una y otra vez—, y luego ese teléfono sonando en la habitación invisible, y la voz de Bob diciendo: «Tu tía no está». Su tía tenía una mano apoyada en el brazo de George, aunque con la mano izquierda agarraba la manga de su yerno, que le acarició el brazo, murmurando con tono ausente «No te preocupes», la respuesta invariable para tranquilizar a su familia femenina. Parecían unidos de por vida y, antes de pensárselo dos veces y decidir ahorrárselo, George soltó otro de sus famosos comentarios:

—Dios santo, lo siento mucho por ti, Bob.

—No tienes por qué —respondió Bob tras unos segundos—. Cuando conocí a Flor supe que no había nadie como ella. Nunca fue excesiva, en ningún sentido. Tenía lo suficiente, lo justo. El atractivo justo, la inteligencia justa y la educación, como diría Bonnie, justa.

La tía Bonnie empezó a mirar en todas direcciones, e incluso George pensó que se estaba infravalorando a su prima, y por extensión a toda la familia. Habría querido decir «Flor no es rara por nuestra parte», ¡como si Bob tuviese algo que ver! En realidad, Bob se mostraba ahora frío y objetivo, a diferencia de como se había comportado dos años antes, en su luna de miel,

pues George había estado allí y lo había observado y lo recordaba. Probablemente, ese distante «lo justo» fuera una forma de no herirse a sí mismo más de la cuenta, pero George lo sabía. De pronto comprendió que las palabras de Bob no tenían nada que ver con su infeliz comentario. Eran una mera afirmación entregada a la noche.

—Yo creo que Flor sí tenía un exceso: un exceso de pureza —dijo la tía Bonnie con tristeza—. Cuando era pequeña, Georgie, jamás me hizo una pregunta incómoda, tú ya me entiendes. Y como no era de esas niñas a las que las otras le dirían algo feo, se ahorró todos los traumas. Tuvo suerte —continuó la tía Bonnie— de crecer sin traumas. Supongo que no fue tu caso —comentó, pellizcando la manga de George.

Había abandonado a Bob. Ahora Georgie era su predilecto. George comprendió que él —que había crecido sano y salvo, en un hogar repleto de un cariño y un mimo excesivos— iba a desempeñar ahora el papel de su prima —una joven de padres divorciados, criada aquí y allá, que rompió años de silencio para enviarle a su padre cartas de lo más despiadadas, que reñía en público con su madre y en público se arrepentía—. Estaban creando a una Florence indemne y, a través de ella, a una Bonnie inmaculada. Nadie sería culpable de nada.

—No habría querido tener un hijo —comentó la tía Bonnie—. Tu hija es tu hija toda la vida. ¿Sabes lo que me escribió tu madre la primavera pasada, Georgie? Me dijo: «Cuesta asimilarlo, pero pronto dejará de necesitarnos». ¿Y cuántos años tenías, dieciocho? Madre mía, a los dieciocho años Flor era una chiquilla. Me necesitaba en todo momento.

«Ya no te necesita», pensó George.

Y huelga decir que lo dijo. Esta vez, más que el sonrojo, su reacción fue de rabia contra los demás. Estaba harto de equivocarse. Estaba harto de la tía Bonnie y harto de Flor. Si aún tuviese la cuenta, se habría deshecho de ella en ese mismo momento. Extendería la mano y la dejaría en el parapeto que había junto al muelle. Estaba hasta la coronilla de su tía, no le gustaba. Era estúpida y malvada, no le gustaba lo más mínimo. Aquello estaba mal, porque ella estaba pasando por un momento difícil y él formaba parte de la familia, pero los gustos no entienden de justicia. Quería a sus padres, pero

ahí estaba, en París, sin ellos. Lo que había dicho su madre en la carta era cierto: pronto dejaría de necesitarlos. Había querido a Barbara, pero cuando empezó la universidad se deshizo de ella; le faltó tiempo para deshacerse de ella. Quizá el odio fuese más fácil que el amor, pero nunca había odiado a nadie y, hasta donde sabía, solo una persona lo había odiado a él, y esa era Flor. Lo comprendió cuando tenía siete años y ella catorce, y le bastó la forma en que la chica giró la cabeza y le clavó los ojos. Quizá lo odiase porque era engreído y rollizo y sus padres lo adoraban, o puede que George estuviera malinterpretando aquel recuerdo y Flor solo se comportase como se comportaría una chica impaciente de catorce años con cualquier primo pequeño, plasta y mimado. Su vanidad se veía claramente afectada, pues resultaba difícil de digerir, incluso ahora, pasados doce años, que Flor hubiera odiado a Georgie Fairlie, al que se suponía que todo el mundo quería.

La tía Bonnie lo bajó de las nubes con una de sus transiciones desde el sinsentido a la verdad, en las que su voz se alteraba y se volvía dura, pragmática, un tanto divertida y un pelín áspera, como si fuese una de esas mujeres que llamaría «cariño» a una camarera. Tenía distintos niveles de voz para sus distintos niveles de verdad. Ahora había puesto los pies en la realidad, con lo que su voz se endureció y adquirió un tono grave. Pareció más unida a George, quien tuvo la sensación de estar caminando con alguien que conocía, en lugar de ver a tres desconocidos paseando en una noche extranjera.

—¿Sabes qué, Georgie? —dijo su tía, girándose hacia él y soltando una risita, como una chiquilla—. Una vez, Flor se juntó con un tipo de Egipto. Él decía que, en su momento, había sido alguien importante. O él o su padre. No he conocido a ninguna joven como Flor, con la habilidad de juntarse con gente que había sido importante y ya no lo era. Dijo que, cuando acabaran todos los altercados en Oriente Medio, llevaría a Flor a Egipto y le enseñaría el club nocturno que frecuentaba el rey Faruq, al que él también solía ir cuando era un joven soltero. Me permito añadir que de «joven soltero» ya no tenía nada, aunque esa era otra de las especialidades de Flor: siempre los conocía demasiado tarde, en varios sentidos. Flor le preguntó qué pasaba en

ese club nocturno, y él dijo: «Ah, ves chicas preciosas. En ese club ves a *toutes les Miss de l'Europe*». Pues bien, para Flor, *une Miss* era una institutriz, pero resulta que él no se refería a eso. Él hablaba de Miss Oslo, Miss Agua de Vichy, Miss Baden-Baden. Eso era lo que quería enseñarle a mi Flor, Georgie, a *toutes les Miss de l'Europe*.

George se echó a reír, pero después pensó en Harris y se contuvo. Parecía que llevaban toda la noche paseando, deteniéndose, esperando al verde, retomando la marcha. Harris hacía de cicerone. A George le daba vergüenza mirarlo a la cara después de la historia de su tía, pero cuando llegaron al Pont de l'Alma y obedecieron la orden de la tía Bonnie de detenerse a ver lo bonitos que estaban los puentes iluminados, Bob se inclinó un poco hacia delante, con lo que George pudo observar disimuladamente su perfil. No era el joven elegante y entusiasta que recordaba de la luna de miel de dos años antes, sino alguien amable y paciente, con el perfil vacío de los ciegos. George oyó a Harris decir:

—En mi fuero interno, solía desear que fuéramos una familia sencilla, pero ella no podía ser sencilla con la vida que había llevado.

El Sena se movía rápidamente, y el reflejo de los puentes se fragmentaba y se agitaba. Bonnie no reaccionó ante esa clara provocación por parte de Bob, y George supuso que no lo había oído. Pero se equivocaba, pues, escogiendo el momento idóneo, su tía dijo, con voz desvalida:

—No te haces una idea de lo buena que era Florence, George. Buena y sencilla. Era una chica atractiva y llena de vida, que podría haber elegido entre una docena de hombres extraordinarios. Un hombre intentó ahogarse por ella, cuando Flor solo tenía dieciséis años. Allí... —Y levantó el brazo de George para señalar el lugar por el que habían venido.

—No te preocupes —dijo el marido de Flor con voz suave—. No te preocupes por nada. —Y volvió a poner en marcha al pequeño grupo.

Estaban cruzando al otro lado de la ciudad y Bob parecía reavivarse con cada paso que daban. Ese era su territorio: tiendas, clubes nocturnos, chicas arregladas. Estaba desembarazándose del papel que le habían impuesto, y dejó de ser amable y paciente, neutral y ciego. Había sido culpa de ellos, lo habían excluido. A fin de cuentas, él era el marido. George habría querido



decirle: «Ya sabes cómo es la tía Bonnie. Es porque soy de la familia, porque uso palabras familiares y le recuerdo a su hogar». ¿Cómo iba a explicar que, cuando ella había dicho «Tú sí que eres un auténtico Fairlie», excluía a Bob e incluía a Flor? ¿Y de qué le servía ahora a George, en el Pont de l'Alma, cuando todo lo que decían era un error o hería a alguien, saber que sus rasgos representaban una armadura y su comportamiento un escudo? Intentó recordar a Flor para ubicarla en las filas de la familia, pero su cara se le escapaba, como la chica que habían visto esa noche, ya perdida. Supuso que Flor era guapa, pues la gente lo decía. Se le olvidaba que, en una ocasión, él también lo había dicho. Ahora pensaba: «Tenía demasiado de McCarthy, sus ojos eran demasiado verdes». Entonces apareció la cara, girándose bruscamente hacia él, y pudo verle los ojos, la boca y la raya del pelo. Recordó que Flor era muy guapa y orgullosa, y la recordó levantándose la espesa melena con las manos y mirando a su alrededor —«sabiéndolo», como decía la madre de George—. Era imposible que no lo supiera, pues probablemente se miraría en los espejos. «Flor era una Fairlie de pura cepa», había dicho la tía Bonnie durante la cena, como si Florence estuviese muerta. Si seguía así, no tardaría en estar convencida, y convencería a George, de que su hija tenía el pelo rubio y los ojos azules. Flor ya no estaba en ningún sitio, así que quizá no importase. Quizá fuera una muestra de cortesía aceptar los errores de la madre. Sin embargo, él era tozudo y sabía que esos recuerdos aislados de Flor eran ciertos y las fantasías de la tía Bonnie falsas. Sabía que Flor era pelirroja y que tenía un mal genio frío y que quizá solo le importase, o solo pudiese importarle, la flexibilidad del collar. Bob, sumido en el silencio y en una falsa tranquilidad, sabía aún más cosas, pero era mejor no explorar ese territorio.

—He estado pensando en Flor —apuntó George, queriendo decir que había estado pensando en ella todo el tiempo, y casi era verdad, pero nadie lo oyó. Habían bordeado la Place de l'Alma y ya enfilaban la Avenue Montaigne. Bob iba volviendo a la vida mientras que la tía Bonnie iba menguando, hundiéndose. Las palabras de George recordaban a las de su tía, intrascendentes. Cuando los tres se separasen esa noche, Flor se perdería. Su conversación y sus reflexiones eran lo último que quedaba de la antigua

Flor. Si acababa curándose, sería distinta. Estaba convencido.

—Chicos, vais a tener que volver a por el coche —dijo la tía Bonnie—. George, has sido un auténtico bálsamo para nosotros.

—Me alegro de que hayas venido —añadió Bob, en voz baja.

Lo decían en serio. Les habría alegrado cualquier cosa. Estaban parados en una calle tranquila y oscura. Ahí era donde vivían Bob y la tía Bonnie. Reconoció la puerta doble que daba al patio interior. Había estado allí esa tarde, buscándolos.

—No subas —dijo la tía Bonnie—. Puedo subir las escaleras y entrar en el apartamento yo sola. Puedo desvestirme y meterme en la cama sin ayuda, y eso es lo que voy a hacer. Voy a hacer cada vez menos y menos. Menos y menos.

—No te preocupes, durarás más que todos nosotros —comentó Bob, con voz amable.

—¿Te ha sentado bien el paseo, George? —preguntó la tía Bonnie, antes de girarse.

—¿Sentarme bien?

—Me ha dado la impresión de que habías bebido más de la cuenta, cariño. He pensado que el aire de la noche te vendría bien, por eso he propuesto que diésemos el paseo. —De repente, soltó una tremenda carcajada y dijo—: He de admitir que antes me encantaban los borrachos. Los borrachos ingeniosos, me refiero. No en vano, me casé con uno. Dios santo, cuando pienso en Stanley hablando sin parar, a veces subido a una silla, otras debajo...

Se despidió de George con un beso y desapareció tras la puerta doble. Harris y él se quedaron solos, y George no supo muy bien cómo actuar. Podría haber dicho «No estoy borracho, ¿eh?», pero temía que Bob respondiese «No te preocupes». George estaba de visita en París y Bob se veía obligado a entretenerlo, así de sencillo. Toda su familia se elevó y dijo: «Este hombre está viviendo un infierno, sé considerado, sé respetuoso». Por debajo se oía otra frase, también nítida: «No era quién para casarse con ella. Ponlo en su sitio». George ignoró el susurro, aunque lo había oído. Le pareció que el único acto de redención que estaba en su mano consistía en

devolver a Florence a su marido, entregársela. Harris le dio una oportunidad. Regresaron por la Avenue Montaigne y se detuvieron en la acera. Harris estaba buscando un taxi, y de repente dijo:

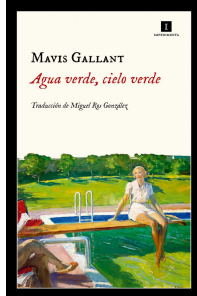
—A lo mejor te dejan ver a Flor. Puedo preguntar. Quizá te reconozca. Sería bueno para ella. Teníais una relación bastante estrecha, ¿no?

Ahí estaba la oportunidad de George, y dijo la frase más considerada que se le ocurrió:

—A decir verdad, apenas la conocía. Habré visto a mi prima seis veces en toda mi vida.

Al devolvérsela, George renunció a toda reivindicación sobre ella. Flor ya no pertenecía a la familia. Harris no pareció ser consciente de la relevancia del gesto. Levantó la mano para llamar a un taxi, que no tardó en acercarse, y montaron. George guardaba silencio, algo había salido mal. Deshicieron el camino andado y, mientras cruzaban el puente, George tuvo una auténtica alucinación. Vio a la tía Bonnie, a Flor y a la chica del Quai Anatole France fundidas en una sola persona. Era la imagen de una mujer cambiante, ora amenazadora, ora entrañable, que un minuto después se comportaba como una reina en el exilio, quejumbrosa y altanera, excéntrica de nacimiento, y que ignoraba, o a la que no le importaba lo más mínimo, que los demás se estuvieran riendo tapándose la boca.

## Agua verde, cielo verde



Venecia, Cannes y París componen el falsamente glamouroso escenario de la vida de Florence McCarthy Harris, una muchacha americana que pasa su juventud viajando por Europa y viviendo de la caridad de los familiares de la mano de su madre, Bonnie, que, a causa de su divorcio, no podía soportar ya seguir viviendo en América. Mientras asistimos al atribulado descenso a la locura de Flor, serán cuatro las voces que, a modo de un cuadro cubista, se superpondrán y revelarán la realidad fracturada de una joven que es arrastrada por su madre a una vida de movimiento constante en un continente desconocido. Una novela sobre la naturaleza humana que, enmarcada en una enfermiza relación maternofilial, trata con gran delicadeza sobre la necesidad de un hogar y la fragilidad que supone el desarraigo.

**Mavis Gallant.** Nació en 1922 en Montreal. Cuando tenía diez años, su madre la dejó con un tutor tras la muerte de su padre. Comenzó su carrera como reportera en los años 40, y durante aquella época publicó sus primeros relatos cortos en las revistas *Preview* y *Northern Review*. En 1950 se consagró enteramente a la escritura, y se mudó a París, donde viviría el resto de su vida. Durante su vida escribió dos novelas, «*Agua verde, cielo verde*» (1959) y «*A Fairly Good Time*» (1970), amén de varias colecciones de historias, estas últimas especialmente aclamadas por la crítica. Falleció en 2014 en París.

Título original: *Green Water, Green Sky*

Edición en ebook: mayo de 2018

Copyright © The Estate of Mavis Gallant, 1959

Copyright de la traducción © Miguel Ros González, 2018

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2018

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

[www.impedimenta.es](http://www.impedimenta.es)

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Gabriel Regueiro

Corrección: Virginia de Castro y Ane Zulaika

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 9788417115692

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## Índice

PORTADA

AGUA VERDE, CIELO VERDE

1

2

3

4

ÍNDICE

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE MAVIS GALLANT

CRÉDITOS